ASESINATO EN HOLLYWOOD BOULEVARD

UN THRILLER DE DAVID RIBAS

ALFREDO
DE BRAGANZA

ASESINATO EN HOLLYWOOD BOULEVARD



ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *Asesinato en Hollywood Boulevard*

Maquetación: Autopublicamos.com

Web del autor:
https://alfredodebraganza.com/

Redes sociales del autor:



A Dino y Ariam
Para Noya, Carmela, Ruth y Eric

«Ningún árbol puede crecer hasta el cielo a menos que sus raíces hayan llegado al infierno».
Carl Jung.

«Es mejor mantenerse peleando. Si corres, solo morirás cansado».
Proverbio Vikingo.

«¡Yo os maldigo a todos! ¡Maldigo las guerras! ¡Os maldigo!».
Charlton Heston, como Taylor, en *El Planeta de los Simios*.

PREFACIO

David Ribas dormía sobre la cama de su habitación con el torso desnudo bajo un ventilador de techo que traqueteaba a alta potencia.

Siempre optaba por alquilar apartamentos precarios y muy baratos en zonas congestionadas. Cambiaba de lugar cada dos o tres meses para evitar ser localizado por sicarios de bandas rivales o por asesinos profesionales extranjeros que pudieran descubrir dónde vivía en Bombay.

El mobiliario era escasamente una cama y una silla; en algún otro apartamento quizá había incluso una mesa. Carecía de electrodomésticos y consistía de dos habitaciones: el dormitorio y el cuarto de baño, con un retrete estilo indio y una ducha. Solía poner un cubo de plástico debajo del lavabo con una pastilla de jabón para lavar la escasa ropa que tenía.

Además de su moto Royal Enfield Bullet 500 Classic, no poseía más propiedad que la ropa que llevaba. Solía comprar muda con frecuencia, y solo camisetas y pantalones cuando los que tenía se rompían o se ensuciaban, lo que sucedía a menudo.

No usaba tarjetas de crédito. Siempre pagaba en efectivo. No utilizaba teléfonos móviles, pero cuando lo hacía, eran de prepago y se deshacía del aparato con rapidez. Si viajaba al extranjero, le proporcionaban documentación de identidad falsa. Y en la India se movía con carné internacional de conducir, usando nombres ficticios.

El único complemento caro eran sus zapatos, que solían ser de buena calidad, transpirables y absorbentes, de suela de goma, muy parecidos a zapatillas de deporte, ya que siempre cuidaba de sus articulaciones y porque se mantenía la mayor parte del día de pie, además de ser el mejor calzado para moverse con rapidez. Él era un asesino.

Como le sucedía habitualmente en sus sueños sentía la oscuridad reptando sobre él como un eclipse. Oía en su mente los gritos tiritantes de quienes había matado y sus alientos contra su rostro.

Pero él se negaba a unirse a ellos.

Él aún tardaría en irse al lugar de los muertos.

De repente, Cristina aparecía. Él se sentía contento de volver a verla. Para él, era un imán, una especie de imán que le pesaba en su interior, y sabía que no conseguiría conciliar el sueño hasta que volviera a ver a su esposa en su imaginación.

El corazón le latía violentamente al tenerla a su lado.

Pero entonces, como solía suceder, ella se giraba, alejándose de

él. David deseaba derribar el muro que Cristina levantaba entre los dos, pero no podía. Sentía como si las paredes se cerraran sobre él, le faltaba el aire.

Claustrofobia.

Se despertó sobresaltado.

El ruido de la calle, con las bocinas de los vehículos, iba y venía a través de la ventana abierta como una marea.

Se quedó mirando a las aspas del ventilador del techo, pero en realidad tenía la mirada fija en su interior. ¿Hasta cuándo llevaría clavaba como una espina en el corazón el dolor por la muerte de su esposa?

Como un reloj detenido en el momento de un terrible accidente, la muerte de Cristina, embarazada de su primer hijo, lo había destrozado. Se sentía responsable. Como si él pudiera haber cambiado las cosas. Cuando más intentaba controlarse, más frecuentes se volvían aquellos pensamientos.

Fue al cuarto de baño. Se desnudó. Se metió debajo de la ducha. El agua tibia le caía encima como una cascada. Mantuvo el rostro hacia arriba. La presión de las tuberías era muy buena. Por un momento pensó qué fácil sería que sus pesadillas se desprendieran de su mente precipitándose hacia la losa del suelo, siguiendo la caída del agua en su piel. Se movió de un lado a otro bajo el chorro del agua. Respiró hondo y movió la cabeza a ambos lados.

Envuelto en la toalla se afeitó.

Observó en el espejo facciones llenas de intensidad, un cuello fuerte y recio, un torso musculado y fibroso. Pero vio unos ojos que le devolvían la mirada con expresión de rabia y dolor.

Se enderezó, desafió la mirada. En dos horas tenía que estar presente en el funeral de un amigo muy especial. Golpeó el cristal con el puño derecho, haciéndose añicos el espejo.

Un dolor le recorrió el brazo. La sangre borboteaba de sus nudillos sobre el lavabo. Estaba mal lo que había hecho. No debía dejarse llevar por sus impulsos. Pero sabía que aquello le hacía sentirse mejor; no mucho, pero mejor.

Sameer, un adolescente sordomudo al que había ayudado desde hacía muchos años para prosperar en la vida a pesar de su minusvalía, había muerto.

El informe de la autopsia confirmaba el fallecimiento por intoxicación al consumir una droga hasta entonces desconocida en las calles de Bombay, llamada fentanilo.

Llegó el triste momento. Aquella mañana se celebró la ceremonia de la cremación, según los rituales hindúes.

No había mujeres, solo hombres, vestidos con *kurta* de color blanco; unos cuantos jóvenes amigos de Sameer y Manjit, su profesor

del colegio: un hombre de unos sesenta años que aparentaba ochenta, conocido por su labor altruista, sobre todo en su completa dedicación a la educación gratuita para niños.

David Ribas había financiado a Sameer las clases para aprender la lengua de signos, además de la compra de material escolar para que terminase los estudios primarios, que tenía atrasados. También había ayudado en la construcción del colegio Fairyland, donde hacía unos días, como todos los años por esas fechas, había realizado trabajos de mantenimiento en el tejado para prevenir daños durante la época del monzón.

David pensó que se le caía el cielo encima. Tenía una gran presión en el pecho, un sentimiento tan fuerte que lo llevó al que había experimentado cuando su esposa murió asesinada por terroristas en el hotel Taj Mahal Palace de Bombay.

Desde entonces, vivía en la India con un objetivo: venganza. Solo había un inconveniente, que nunca parecía tener fin.

Escuchando recitar en sánscrito al sacerdote hindú sintió que se ahogaba. Intentó repetir la misma frase que los demás pronunciaban como bendición al difunto, pero la emoción le obstruyó la garganta. Cerró los ojos e intentó controlar sus impulsos.

De pronto, como a través de una espesa niebla, oyó la voz grave del profesor Manjit.

—Ya ha terminado todo, David —le murmuró al oído.

Él negó con la cabeza. Luego se giró y lo miró a los ojos.

—Te equivocas. Solo acaba de comenzar.

PARTE UNO

UN ASUNTO PERSONAL

1

Jennifer Ortega y Katrina Khan eran amigas. Una era estadounidense de origen hispano, y la otra de nacionalidad india. Estudiaban arte dramático en Los Ángeles. Las dos querían llegar a ser estrellas de Hollywood, como tantos otros jóvenes. Mientras, asistían a numerosos *castings* y se conformaban con cualquier papel pequeño y aparición corta que les ofrecieran, tanto en anuncios publicitarios, de extras en series de televisión o en películas independientes de bajo presupuesto.

Hacía tres años que la madre de Jennifer había fallecido a causa de un cáncer. Ella vivía con su padre, un agente de policía. Se costeaba sus gastos gracias a trabajos temporales, como la mayoría de aspirantes a la industria del cine, de camareros en cafeterías y restaurantes.

Por su parte, Katrina era hija de una familia muy rica de Nueva Delhi cuyo padre era dueño de un conglomerado empresarial con negocios en diversos y lucrativos sectores. A diferencia de su amiga, ella vivía en un cómodo apartamento situado en un barrio muy caro de Los Ángeles, y no necesitaba trabajar para costear sus gastos de manutención.

Era un viernes por la tarde y las dos habían quedado con tres amigos para salir a divertirse por la noche. Uno de ellos era Michael, un chico atractivo y vivaz con aspecto de un joven Patrick Swayze en *Le llaman Bodhi*. Parecía estar muy interesado por Jennifer, así lo había demostrado haciendo preguntas a Katrina sobre ella. Los otros dos amigos eran compañeros de clase, Bettie y Adam.

Michael era también un aspirante a actor, aunque estudiaba actuación en otra escuela privada. Jennifer y Katrina habían coincidido con él durante un *casting* para una película independiente e intercambiaron los números de teléfono.

Jennifer se encontraba en su habitación. Sonrió ante su imagen en el espejo: el pantalón le quedaba bien y la blusa blanca estampada hacía juego. Sí, quizá podría entablar amistad con Michael. Volvió a sonreír.

Se quitó la medalla de la Virgen de Guadalupe que llevaba colgada al cuello, la besó y la dejó en la estantería. Luego se sentó frente al espejo y cepilló su cabello negro y rizado. Cuando terminó, se retocó el rímel de las largas pestañas que enmarcaban sus grandes ojos negros.

Al apartarse del espejo, sonrió de nuevo, satisfecha.

Cuando apretó los labios para asentar mejor el carmín, su móvil emitió el sonido que hacía al recibir un nuevo mensaje. Katrina, siempre tan puntual, acababa de llegar y la estaba esperando dentro de un taxi frente a su casa.

Se puso de pie y, antes de salir de su habitación, cogió su perfume favorito. Rápidamente se roció cierta cantidad sobre su ropa.

Todos habían quedado en casa de Adam. Era una vivienda situada al final de la avenida Hollywood Boulevard, a la altura de Fairfax Avenue.

Adam era consultor inmobiliario a la vez que asistía a clases de actuación. Sin embargo, él no quería ser actor de profesión. Lo hacía por terapia, siguiendo la recomendación de su psicólogo de hacer una actividad que le entretuviera, mantuviera su mente activa y le causara satisfacción personal. Había estado en una clínica de desintoxicación debido a su adicción a las drogas. Probó primero en apuntarse a un gimnasio y ponerse musculoso con un programa de ejercicios de fuerza acompañado de caros suplementos proteínicos. Desistió al poco tiempo. No lo disfrutaba. Acabó en la actuación.

Bettie era fotógrafa de profesión, vecina de Adam, y la que le animó a matricularse en las clases de actuación por las tardes.

Estaban reunidos en el jardín de atrás. La música de los Beach Boys sonaba en el estéreo. Adam daba vueltas a la carne en la barbacoa mientras cantaba en voz alta *Good Vibrations*, haciendo reír a los demás con sus movimientos cómicos.

—Los actores somos distintos de las demás personas. ¿No os dais cuenta? —comentó Michael, estando todos reunidos en un círculo, bebiendo y picando carne de la barbacoa, dispuesta en platos. Bettie le ofreció una cerveza Bud, pero él la rechazó—. Tengo que llevaros en mi minibús. Si me pillan con un mínimo grado de alcohol, me quitan la licencia de guía turístico.

Michael era la quintaesencia del chico joven de California. Su cabello era rubio, tenía el cuerpo delgado y atlético, anchos hombros y ojos azules, chispeantes de vivacidad e impaciencia. Compaginaba sus estudios de actuación con el trabajo de guía turístico por las casas de los famosos y a pie por Hollywood, como el Paseo de la Fama y otros lugares de atracción emblemáticos de la meca del cine. A veces, cuando hablaba, parecía hacerlo como si sus interlocutores fueran los pasajeros del minibús turístico que manejaba. Había sido conductor privado para artistas extranjeros, como Chris Martin y su grupo Coldplay cuando tocaron en un concierto en Los Ángeles. El colorido vehículo se encontraba aparcado frente a la casa de Adam para llevar a todos a una conocida discoteca después de la barbacoa.

—¿Quieres decir por qué ensayamos y descartamos identidades? —preguntó fugazmente Jennifer.

—Y emociones —añadió Katrina.

—Y emociones —repitió Jennifer sonriendo a su amiga.

—Sí, por eso mismo —prosiguió Michael señalando a ambas chicas—. Y nosotros los actores lo hacemos con la misma facilidad que los simples mortales se cambian de ropa.

—Visto desde esa perspectiva… estoy de acuerdo —dijo Adam.

—Yo también —afirmó Bettie, algo achispada por la bebida, y soltando un fuerte hipo que causó la carcajada general.

Tras un instante, Katrina añadió:

—Pero el problema es que nosotros los actores quizá no dejamos de actuar en nuestra vida personal. ¿Tenéis vosotros esta misma sensación?

—Hay que tener cuidado con eso —comentó Jennifer—. Hay que saber cuándo distinguir entre la realidad y la ficción.

—Contéstame a esta pregunta, Jennifer. —Michael hizo una pausa, para continuar luego con una sonrisa pícara—. Ahora mismo, en este mismo instante, ¿estás actuando o pretendiendo ser otra persona?

—Yo soy como soy —afirmó, encogiéndose de hombros—. Me muestro tal y como soy yo. Aunque de forma inconsciente quizá pueda provocar una emoción…

Michael amplió su sonrisa, cogiendo unas patatas fritas de una bolsa.

—¡Ves! Nosotros los actores somos como un perro con su hueso —aseveró metiéndose las patatas en la boca, haciéndolas crujir. Señaló a Katrina con el índice y luego a cada uno de los demás—. No dejamos nunca de actuar. Solo que cambiamos el registro, dependiendo de las circunstancias.

—Y tú, ¿estás pretendiendo ser otra persona distinta? —preguntó Jennifer.

Michael se sacudió las manos del aceite y sal de las patatas fritas y agarró un trozo de *pizza*; de camino a su boca, respondió, lanzándole una mirada fugaz, alzando las cejas a lo Roger Moore cuando lanzaba sus cómicos diálogos encarnando a James Bond.

—Por lo pronto… voy a dejar de pretender que estoy a dieta —respondió riéndose.

Ella también se rio. A Michael le gustó su risa contagiosa. Le resultaba una chica muy agradable, desprendida con sus amigos e inteligente.

—Los famosos actores de Hollywood llevan sus vidas privadas en paralelo a sus carreras profesionales —comentó Bettie; el alcohol brillaba en sus ojos—. Ellos incluso se llevan el papel a casa, rompiendo la armonía familiar. Y por otra parte, sus estrellas brillan gracias a los cotilleos que pregonan la prensa rosa y los chismes que

circulan por las redes sociales.

—Solo hasta que el público se canse de ellos —intervino Adam—, o los productores no vean la necesidad de seguir invirtiendo en sus proyectos, o las habladurías sobre sus aventuras amorosas, dónde pasan las vacaciones, qué visten, etcétera, dejen de ser de interés.

Mientras bebían y picaban la comida, continuaron conversando de un amplio registro de temas, saltando de uno a otro, aun sin tener relación. Michael mencionaba el sentido de la vida de Woody Allen, Adam sobre la fotografía de Gregg Toland en *Ciudadano Kane* y la posterior carrera en Hollywood de Orson Welles, para luego comentar sobre lo que significaban las películas de Stanley Kubrick, como *Eyes Wide Shut*. La actuación de Meryl Streep en *La decisión de Sophie*, le había entusiasmado a Bettie desde muy joven. En cambio, Katrina argumentaba que prefería a Diane Keaton en *Interiores* y en *Annie Hall*, ambas de Woody Allen. Jennifer compartió su adoración por Barbara Stanwyck y, especialmente, por "la primera dama del cine americano", Bette Davis, y su película favorita, *Eva al desnudo*:

—Era una mujer liberada de la opinión ajena y de las cadenas de la imagen glamurosa en una industria dominada por los hombres —Michael y Adam la abuchearon de manera cómica: «¡Buu...!»—. Fue la primera mujer en ser presidente de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas. Podía interpretar una variedad de papeles poderosos y difíciles, y por eso estableció un nuevo estándar para las mujeres en la gran pantalla. Tenía un carácter tan independiente, que sus batallas con los peces gordos de los estudios fueron legendarias.

Luego saltaron a comentar la carrera de Kim Novac, lo que enlazó a hablar sobre Alfred Hitchcock. Todo era espontáneo y acompañado de comentarios ingeniosos.

En un momento dado, Jennifer se fue a un rincón del jardín y se sentó sobre un escalón.

—¿Te importa la compañía? —preguntó Michael a su espalda.

Ella se giró y sonrió.

—Por favor… siéntate.

Michael tomó asiento sobre la baldosa de piedra, se inclinó poco a poco hacia ella, acercando sus labios. Jennifer cerró los ojos y notó el contacto suave y tibio de los labios de él. Entonces, al aceptarlo, Michael acompañó el beso, ahora profundo y apasionado, con una caricia en el pelo.

—¡Eh!, ¡pero bueno! —gritó Adam, sonriendo al sorprenderlos juntos—. Que la noche acaba de empezar.

Decidieron que era hora de ir a la conocida discoteca, conducidos por Michael en su minibús, como previamente habían planeado.

Katrina comentó lo cansada que estaba y preguntó a Adam si tenía una lata de Red Bull o un café soluble.

—Tengo algo mejor —susurró él.

Los dos se fueron a la cocina. Mientras, los demás iban saliendo, pero Jennifer siguió a su amiga.

—Esto es nuevo —dijo Adam mostrando a Katrina un pequeño bote.

—¿Y qué es?

—Pues es así como un analgésico.

Katrina se rio.

—Mentiroso. ¿Qué es? ¿Éxtasis?

—Algo mucho mejor —respondió y le puso en la palma de la mano una pequeña pastilla.

Jennifer tiró del brazo de su amiga.

—Venga, déjate de tonterías.

Pero ella no se movió.

—La tomo si tú también lo haces —dijo mirando a Jennifer.

—¿Estás tonta?

—La tonta eres tú.

—Has bebido demasiado.

—Ya te has enrollado con Michael, es eso lo que querías, ¿no?

Adam sonrió.

—Creo que va a haber pelea.

—Katrina, ¿qué te pasa? —preguntó Jennifer poniendo cara de sorpresa—. Ya lo habíamos hablado.

Ella, sin responder, se llevó la pastilla a la boca y se la tragó.

—Ahora tú —indicó a Jennifer.

Jennifer tomó una de la mano de Adam e hizo lo mismo.

—¿Satisfecha? Ahora vámonos.

—Y yo también —afirmó Adam, tragándose otra pastilla—. Los tres.

Michael les esperaba sentado frente al volante del minibús. Tocó una antigua bocina instalada junto a su ventana, produciendo un alegre sonido.

Al verlos salir de la casa, Bettie les apremió riéndose desde la ventana de pasajeros.

—Vamos, subir. Esto parece el coche de *Chitty Chitty Bang Bang* versión minibús —Y comenzó a cantar en voz alta, uniéndose los demás a coro mientras Michael arrancaba y se incorporaban a la carretera—: «*Chitty bang bang, chitty chitty bang bang. Con el Chitty chitty Bang bang vuelas tú, pues el Chitty chitty bang bang corre norte y sur. En él vamos de paseo, ir de viaje es un placer. Bang bang, chitty chitty bang bang, en él tenemos fe. Bang bang, chitty chitty bang bang, será tu amigo fiel…*».

Poco después sucedió la tragedia. Fue durante el recorrido por Hollywood Boulevard, cruzando el Paseo de la Fama con la canción

Clocks de Coldplay sonando a alto volumen por los altavoces cuando Bettie, al girarse y ver el aspecto de sus amigos, gritó pidiendo ayuda a Michael.

2

Como la mayoría de los jóvenes de su edad, a Sameer le gustaba mucho jugar al críquet. Era un adolescente sordomudo de pelo negro azabache, piel color miel intenso, ojos como el ónice, y que siempre tenía una ligera sonrisa en los labios.

Fue durante un partido en una zona descampada, junto a un frondoso parque público de Bombay, cuando uno de sus amigos anunció a gritos que había una cobra.

No era la primera vez que habían tenido contacto con serpientes. Sameer se adelantó, ya que tenía experiencia. Rodeado de sus compañeros, vio la cabeza del reptil asomando entre la hojarasca.

Cogió un palo y lo movió frente a la serpiente para llamarle la atención.

Todos mostraron su asombro. Uno de ellos pidió a Sameer dejarla, pero él, con destreza, paciencia y tranquilidad, parecía estar encantado. Además, como era sordomudo, no podía leer sus labios, ya que le daba la espalda.

Poco a poco, consiguió que el cuerpo del reptil ondulara por el palo e iniciara su ascenso hacia el brazo que lo sostenía.

El revuelo llamó la atención de otros jóvenes más mayores que estaban en el parque, y guardando la distancia, admiraron la valentía del chico.

La cobra miraba a Sameer con sus ojos fijos mientras él movía su brazo para que ella subiera un poco más y más por el palo. Con su piel fría, primero llegó a la mano de Sameer, ante la cara de perplejidad y desasosiego de la gente que le rodeaba. Él seguía balanceándola ligeramente hasta que continuó ascendiendo por el brazo.

Entonces, sin abrir la boca, la cobra mostró su lengua bífida, entrando y saliendo. El reptil se enroscó alrededor del cuello de Sameer, que mantenía sus ojos abiertos como platos, porque el cerrarlos implicaría una mordedura en ese momento.

Sentía el frío de la serpiente en su piel, así que mantuvo el aliento. Cuando vio que la cobra en un movimiento lanzaba la testa hacia atrás, con la otra mano, que había mantenido pegada a su costado, la agarró por la cabeza, cerrándole la boca. Aquel fue el momento en el que comenzó a desenroscarla muy despacio de su cuello.

Todos los jóvenes gritaron de alegría. Él no los oía, pero ahora sí leía sus labios. Uno de los mayores que había llegado del parque lo

miró con envidia por el valor mostrado.

Llegó corriendo un empleado municipal, encargado del mantenimiento del parque, con una bolsa de tela gruesa. Sameer la metió en su interior y el hombre la cerró con las cuerdas de los lados.

Cuando el grupo se dispersó, la persona celosa que le había estado observando le propuso que, si era tan valiente, tomara una de sus pastillas. Se la regalaba. No tenía que pagar nada por ella.

Sameer conocía los efectos de las drogas, y aunque había fumado en una ocasión caladas de marihuana, se mantenía alejado de ellas y de las personas que las ofrecían por las calles.

Los demás chicos le incitaron a probarla. Coreaban: «Sameer, Sameer, Sameer». Él sonrió. Era su gran momento, había causado admiración con la cobra y no quería que dejaran de pensar que era una persona valiente.

Sin dejar de sonreír alargó la palma de su mano, y cuando vio la insignificante pastilla, se la tragó de inmediato.

Sus amigos del críquet le vitoreaban. Cuando se dispuso a retomar el juego, falleció de manera súbita.

Horas más tarde localizaron al joven que le había ofrecido la pastilla. Se la había dado un tercero y este, a su vez, obtuvo varias de esas pastillas escasos días atrás de un proveedor.

Tras el análisis, se supo que era fentanilo fabricado ilegalmente, combinado con otras sustancias como heroína, pastillas falsificadas, cocaína y metanfetamina.

Cuatro chicos fallecieron al día siguiente y se esperaba que otros más tuvieran el mismo trágico desenlace si nadie paraba la distribución en las calles de Bombay de aquella potente droga, cincuenta veces más fuerte que la heroína y cien veces más fuerte que la morfina.

Tras la muerte de su amigo Sameer, David Ribas se prometió a sí mismo destruir la producción y distribución de aquella potente droga sintética y sus derivados, que comenzaban a proliferar en la India.

3

En un principio pensaron que Jennifer Ortega había muerto por un ataque cardíaco, pero luego, tras el informe del forense, resultó que había sido debido al consumo de un derivado de fentanilo mezclado en el organismo con el alcohol. El mismo trágico destino que Katrina y Adam.

El padre de Jennifer, Roberto Ortega, sintió como si le hubieran golpeado las costillas con un bate de béisbol cuando le dieron la noticia.

De unos cuarenta y pocos años, pelo negro azabache, pómulos marcados y ojos en forma de almendra, en numerosas ocasiones le habían comentado lo mucho que se parecía a Benicio del Toro.

Al ver en el hospital a su hija tumbada sin vida, todo para él se volvió lejano, moviéndose a cámara lenta. Pidió al laboratorio analizar las pruebas varias veces para comprobar con certidumbre que su muerte había sucedido como confirmaba el informe oficial. No había duda.

La muerte de los jóvenes agravó la situación que ya estaba padeciendo la ciudad de Los Ángeles desde hacía tiempo. Por un motivo u otro, los medios de comunicación se habían negado a darle la cobertura que merecía. Todo cambió de la noche a la mañana en el condado más poblado de California.

Los Angeles Daily News publicó en su cabecera: «*Asesinato en Hollywood Boulevard: El fentanilo causa estragos en las calles de Los Ángeles*». En Los Angeles Times, se pudo leer: «*En el área metropolitana estamos viendo la xilazina como un aditivo dentro de las píldoras falsas de fentanilo*». Otro titular en negrita de un diario digital, decía: «*Esto no es un accidente. Esto es un asesinato a gran escala*».

El departamento encargado de la salud pública recomendó incluir dosis de naloxona, el antídoto contra los efectos de fentanilo, en cada botiquín de primeros auxilios en escuelas, vehículos y hogares para enfrentar la epidemia de muertes, cada vez más rampante, por sobredosis de opioides sintéticos.

El Gobierno comenzó a repartir algunas dosis gratis y en las farmacias lo vendían sin receta a cuarenta y cinco dólares, motivo por el cual algunas ONGs iniciaron el proceso de elaborar su propia versión mucho más barata.

Entrevistada por una cadena de televisión durante la hora de noticias de máxima audiencia, una reputada doctora dijo ante las

cámaras:

—El fentanilo ilícito está afectando a todas nuestras comunidades y provocando la trágica muerte de miles de nuestros amigos, familiares y seres queridos. Se trata de la crisis de drogas más mortífera que nuestro país haya visto jamás.

Roberto se encontraba en la sala de espera de la empresa funeraria. Tenía una expresión torturada en el rostro. Había llorado mucho y no había dormido nada desde el día anterior. Cerró los ojos rojos e hinchados y respiró hondo varias veces, preparándose mentalmente para el arduo camino que se extendía ante él.

Alzó la mirada. Le llamó la atención las noticias en el televisor de pantalla plana que colgaba en lo alto de un rincón de la pared. En ese momento, el *sheriff* del condado de Los Ángeles afirmaba en una rueda de prensa:

—Cada persona de nuestra comunidad tiene la responsabilidad compartida de ser parte de la solución.

La investigación policial rechazó cualquier cargo contra Michael y Bettie, quienes desconocían que sus tres amigos hubieran consumido la droga, ya que las cámaras de seguridad de la casa así lo confirmaban. Se vio la grabación en la parte trasera durante la barbacoa en el jardín, en la cocina, y cuando Bettie y Michael esperaban en el minibús.

La DEA (la Administración de Control de Drogas; entidad federal que se encarga de combatir el tráfico y el consumo de sustancias) registró la casa de Adam. Se llegó a la conclusión de que él confundió unas pastillas por otras. Tal vez quiso ofrecer alguna pastilla de anfetamina, pero el bote era igual al que contenía fentanilo, entregando esta última droga a sus amigas, y consumiéndola él. La mezcla con el alcohol en el cuerpo fue mortal para los tres.

Roberto era un agente de policía de la ciudad de Los Ángeles. Debido a los altos índices de criminalidad, su Departamento requería tipos étnicos apropiados, como hispanos, negros o asiáticos, para las patrullas policiales. Y él había destacado en su trabajo desde el principio por su profesionalidad, seriedad y sentido de la responsabilidad.

Para Roberto, transgredir la ley era dar cabida al caos. Era como permitir que tocaran las trompetas de la anarquía y dejar las puertas abiertas al crimen, poniendo en peligro todo lo que la sociedad americana llevaba años perfeccionando.

Sin embargo, aquel mundo se le había venido abajo tras la muerte de su hija.

Con el tiempo, había adquirido una dilatada experiencia en terrorismo urbano, lucha callejera y en guerra entre bandas. Pero el fentanilo era algo que se le había escapado de las manos, un tema de

preocupación principal para el Departamento Antinarcóticos, hasta el momento. Además de ser una sustancia más potente que la heroína, era más económica para el consumidor, lo que aumentaba el riesgo de sobredosis.

El empleado de la empresa funeraria entró en la sala de espera y le informó que estaba todo listo para el velatorio, previsto para el mediodía. Roberto le dio las gracias y se marchó a su casa para cambiarse de ropa.

Al cabo de una hora y media, Roberto estaba sentado en el borde de la cama de su hija, sobre un edredón de estampados florales.

La luz de la mañana entraba por la ventana de la habitación. Fuera, el cielo estaba despejado y el sol era radiante.

Llevaba puesto traje y corbata para el funeral. En sus manos sostenía una fotografía enmarcada, en la que Jennifer salía junto con él en el día de graduación de su colegio.

Durante la fiesta de celebración que le dieron en casa, con amigos, vecinos y familiares, ella le dijo que quería asistir a clases de interpretación. Aquel recuerdo le trajo a la memoria otro más reciente: las palabras de Jennifer cuando le pilló, hacía unas semanas, fumándose un porro con su amiga Katrina en el garaje.

Él las dejó seguir a regañadientes. Pero al día siguiente le dijo que no convirtiera el fumar marihuana en un hábito. Ella se rio, mostrando sus grandes y blancos dientes. «Su alegría siempre era contagiosa», pensó sonriendo, observando la fotografía de su hija.

Al preguntarle de dónde había conseguido la droga, ella volvió a reírse, y le dijo que no pusiera esa cara de preocupación, que ella solo la había probado ocasionalmente, que no iba a hacer de ello un hábito y que conocía estudiantes enganchados a drogas más fuertes. Le hizo mención del fentanilo que había consumido un compañero, cuyos efectos le hicieron dejar la escuela de interpretación.

Volvió a preguntarle:

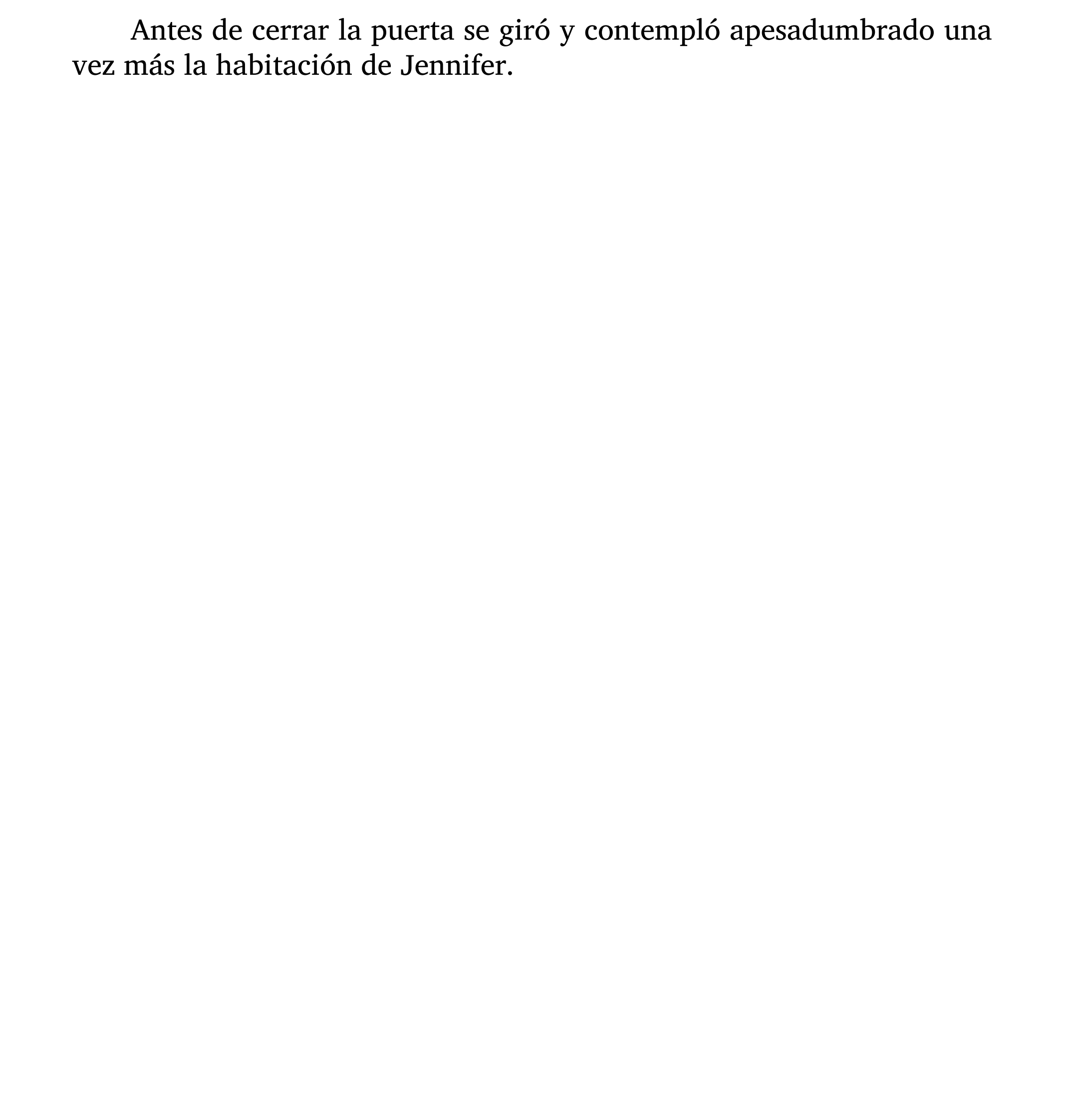
—¿Quién te la ha suministrado?.

Ella le contestó que un profesor de arte dramático llamado Colin Harrelson.

En ese momento, sentado en la cama de su hija, Roberto abrió los ojos. ¿Y si a través de él pudiera averiguar cómo llegó el fentanilo a Adam y de este modo causar la muerte de su hija? «Si Adam era compañero de Jennifer en las clases de interpretación…».

En ese instante recibió un mensaje en su móvil. Era el momento de salir para el funeral.

Dejó la fotografía sobre la estantería. En un lateral vio la medalla de la Virgen de Guadalupe que en su día le regaló a su hija. La cogió, la besó y se la puso alrededor del cuello; la acarició y se la guardó bajo la camisa.



Antes de cerrar la puerta se giró y contempló apesadumbrado una vez más la habitación de Jennifer.

4

Eran las cuatro de la tarde.

El sol se negaba a salir y el cielo permanecía encapotado con nubes negras.

Comenzó a llover a cántaros: la lluvia, cuando llegaba, solía caer a grandes chorros. Según la información meteorológica, continuaría así durante todo el día. A partir del día siguiente volverían las altas temperaturas y el calor sofocante habitual, previo a la época del monzón, que estaba previsto que llegara a Bombay al cabo de unas semanas.

La monotonía del clima lluvioso e incesante había acabado siendo deprimente y agobiante, pero al menos constituía un alivio porque refrescaba.

David Ribas corrió para situarse bajo la cornisa de un edificio y resguardarse de la lluvia. Dos ratas cruzaron entre sus pies, intentando escapar del agua. Era evidente que las casas de la vecindad necesitaban urgentes reparaciones. Desde su posición, escuchó chillar a una mujer detrás de las paredes. Pasó revista mental a los datos principales de la situación.

Tres minutos antes, para ser exactos, se encontraba sentado sobre el taburete de un popular puesto de comida callejera cuando en el momento de servirle un plato de momos calientes y una humeante taza de té masala, apareció una mujer suplicando ayuda. Habían secuestrado a su hija de dieciséis años.

—¿Quién se la ha llevado? —preguntó en hindi, y luego en inglés.

La mujer, migrante de Nepal, lloraba y temblaba tanto que tardó unos segundos en responder.

—Puru Banga —exclamó entre sollozos.

Aquel era el hombre que estaba buscando en la periferia de Bombay. Le habían informado que se encontraba en Srinagar y que de un día a otro regresaría. David optó por esperar durante días y noches por los lugares donde le habían dicho que Puru aparecería.

—Tú quédate aquí. No te muevas. Te traeré a tu hija sana y salva.

David le había prometido que haría todo lo necesario por liberarla, y así sería.

Puru era el jefe de una vasta red de tráfico de drogas. David se daba perfectamente cuenta de que aquel hombre estaría dispuesto a cometer un asesinato sin la menor contemplación. A la Policía Local de aquel suburbio la tenía comprada, por eso no se atrevían a

entrometerse en sus actividades ni en los problemas en los que se pudiera meter: tenían miedo a las represalias del temido criminal.

David pegó un empujón a la puerta con el hombro derecho y entró en el edificio.

Procurando no hacer ruido subió corriendo hacia la última planta. Afuera, el cielo retumbaba sordamente.

Desde una vivienda, alguien cambiaba los canales en su televisión hasta sintonizarlo en la estridente música de una popular canción de Bollywood, haciendo eco por todas las escaleras.

Continuó avanzando hacia arriba.

Llegó al descansillo de la última planta. Puso un pie muy despacio en el último escalón, luego el otro. Podía escuchar los chillidos agudos de la joven secuestrada a través de la puerta de la vivienda. Escrutó las sombras y se deslizó a lo largo del vestíbulo. Respiró hondo y sacó la pistola de su espalda.

Cuando tuvo el picaporte de la puerta a su alcance, la abrió hacia dentro y entró al apartamento. Una intensa luz amarilla iluminaba el pasillo de la entrada. Otra vez escuchó el chillido de la joven, seguido de una andanada de insultos en maratí. David caminó muy despacio con la pistola por delante. La fuerte lluvia accedía por las ventanas y las gotas caían sobre las losas de mármol blanco.

Se oyó una siniestra risa. David asomó la cabeza por la esquina del pasillo y vio a la joven, tumbada en el sofá, sollozando. Vio a Puru de pie, vertiendo *whisky* de una botella en una taza de cerámica.

Estaba decidido a enfrentarse con la situación cuando de forma inesperada se abrió la puerta de una habitación anexa y apareció un hombre con una pronunciada cicatriz en la cara. David tuvo una fracción de segundo para darse cuenta de que tenía una pistola en el cinto del pantalón y hacía amago de sacarla. Pero él disparó primero, y la bala impactó en la cabeza del hombre, cayendo este contra la pared y luego al suelo.

Cuando David se echó a un lado y apuntó hacia Puru, él había sacado una navaja y agarraba a la joven contra sí mismo.

—¡Tira la pistola! —ordenó Puru, mientras sostenía la fina hoja de la navaja contra el cuello de la joven aterrorizada.

La voz profunda del criminal llamó la atención a David; era una voz grave. Aquel hombre estaría bajo los efectos de alguna droga. Por tanto, tendría que estar prevenido ante cualquier movimiento súbito, irracional y violento por su parte. Se quedó inmóvil como la penumbra que le rodeaba, como si formara parte de la escueta y miserable decoración de la vivienda.

—Deja a la chica y vivirás.

—¿Quién diablos eres tú? ¿De dónde has salido?

—Me interrumpieron cuando estaba comiendo tranquilamente

unos momos con un delicioso chutney mientras bebía un té masala. Ahora, por tu culpa, se me ha quedado la comida fría.

Puru rio.

—Hablas muy bien el idioma. —Apretó la navaja contra la piel de la joven—. Pero a mí no me engañas. Tú eres el extranjero que trabaja para Hassena *madame*. Si no haces lo que te he dicho, le cortaré el cuello.

—Si le haces daño, te mataré. Así de sencillo.

-¿A ti qué te importa si esta putilla vive o muere?

—Me importa mucho porque tengo hambre y ganas de volver a Singham Café, y comer los momos de pollo. Y para serte sincero, tengo muy mal temperamento cuando estoy con el estómago vacío.

—He oído hablar de ti —replicó Puru—. Tú te has dedicado a buscarme desde hace días. Me informaron de que un extranjero con extraño acento preguntaba por mí. No podía ser otro que el famoso asesino que trabaja para Hassena *madame*.

Esta era la oportunidad que David buscaba. Conocía que Puru era adicto al juego y al riesgo, dos cosas que nunca las desdeñaba y le entusiasmaban. El proponerle una alternativa le causaría deliberadamente una pérdida de concentración.

—Sí, tienes razón —dijo asintiendo a la vez que bajaba el arma—. Hagamos un trato.

La lluvia continuaba golpeando las ventanas abiertas, chorreando agua por el suelo.

—Me gustan los tratos… si soy yo el que va a ganar.

—Por supuesto. Mires como lo mires, eres un ganador.

—Habla rápido —gritó.

—Vamos a hacer un cambio. Yo en lugar de la chica.

—¿Y por qué haría eso?

—Míralo desde este punto de vista. Ella es una víctima, si la matas, será una pérdida inocente, mientras que a mí me matarías por defensa propia. Llevas razón, te he estado buscando desde los últimos días. Eres muy escurridizo. Sabía que vendrías a este barrio. Te he estado esperando.

—Tú estás loco. Si la dejo ir, te mataré, ¿es eso lo que pretendes? ¿Quieres acabar muerto? Bien. Si es así, pon tu pistola en el suelo, que la vea yo. Ah, no creas que soy tonto, quiero que además me des la espalda.

Puru hacía preguntas y se comportaba como un drogadicto, sin ser capaz de analizar propiamente su estado, carente de tomar una decisión óptima, sin advertir de que estaba siendo víctima al mismo tiempo de un cambio en la situación.

David se inclinó despacio y colocó su pistola sobre la húmeda baldosa, de modo que Puru la viera. En un rincón había una rata,

esperando, quieta, observando. Una vez que dejó el arma en el suelo, se reclinó con igual ritmo, de forma lenta, sin quitarle un ojo al rostro de Puru.

—Ahora te toca a ti —dijo David—. Tienes que dejarla marchar.

Una sonrisa lupina iluminó el rostro del criminal.

—Antes tienes que girarte y darme la espalda —dijo Puru.

David trató de no hacer contacto visual con la joven, ya que eso indicaría flaqueza, pero su visión periférica le mostraba que estaba a punto de caer desmayada.

—Hicimos un trato.

De nuevo, la risa maligna de Puru.

—Yo no hago tratos con extranjeros, aunque sepan hablar el idioma —afirmó, escupiendo en dirección a David—. Te dije que me dieras la espalda.

En ese momento empujó a un lado a la joven, que cayó tendida y en estado de inconsciencia sobre el sofá, dio un brinco hacia adelante, blandiendo la navaja. El filo de la cuchilla rozó por escasos centímetros la garganta de David, que le había sorprendido con su rapidez. Cuando volvió a asestar otra cuchillada, David le agarró la muñeca, se la torció tan fuerte hacia atrás que se oyó el crujido del hueso al romperse, y con el brazo cogido le puso el zapato en el trasero, proyectándolo con tal violencia hacia adelante que traspasó la ventana y cayó al vacío.

En la calle, continuaba lloviendo en cascadas torrenciales, tamborileando en la carrocería de los vehículos aparcados y formando cascadas de agua calle abajo. La rata huyó del lugar, perdiéndose por el pasillo del apartamento.

David recogió su arma, se la guardó a la espalda y corrió al sofá, arrodillándose junto a la joven. Tenía un corte superficial en el cuello, no era nada grave.

Esta fue la primera vez que observaba su cara. Era una adolescente delgada y con los rasgos típicos indios de Nepal; un rostro dulce y bonito. La levantó suavemente por las piernas y los hombros.

Ella abrió sus hermosos ojos negros, sorprendida. Todo su campo visual lo cubría aquel hombre fuerte de aspecto extranjero. No importaba de quién se trataba. Era su héroe, su salvador. Lo miraba como si la joven fuera hija suya.

—No me dejes —dijo ella en un suspiro.

—No te preocupes —murmuró él—. Estás a salvo. Te voy a llevar con tu madre.

La joven sonrió y hundió la cabeza sobre el regazo de David.

5

Una vez finalizado el funeral y la posterior breve ceremonia del entierro de su hija, Roberto terminaba de agradecer a los asistentes cuando Stella Robbins se le acercó.

Tenía un cuerpo atlético y el pelo rubio, su aspecto era elegante. Los dos eran compañeros en el Departamento de Policía. Ella era detective de rango menor, pero todos sabían que pronto ocuparía un cargo más importante. Como policía, tenía un instinto muy agudo, era observadora, analítica y racional; además, sabía escuchar y tenía un don especial para manejar a la gente.

Los compañeros la admiraban por el modo en el que se enfrentaba a cada caso: solía ir a trabajar metida dentro de una armadura psicológica que la distanciaba emocionalmente de las víctimas.

Era una de las personas más leales y competentes que Roberto había conocido. Desde que él enviudó, Stella había ocupado su corazón.

Habían estado saliendo juntos hasta hacía muy poco, cuando Roberto le confesó que no se encontraba preparado para dar el siguiente paso por miedo a dañar la relación con su hija, con la que vivía. Le pidió tiempo. A Jennifer le quedaba un año de estudios y aún no tenía un trabajo estable para mantenerse por sí sola.

Stella, que mostraba siempre un carácter comprensivo, estuvo de acuerdo en su decisión. Ella lo hacía sentirse joven, lo hacía feliz, era buena para él.

—Me destroza el corazón tener que verte en estas circunstancias, Rob —dijo Stella con voz vacilante, cogiéndole de la mano con cariño.

Él asintió y dijo con expresión afligida, llevándose una mano a los labios:

—A mí también, Stella. —Las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Rob, lo siento tanto —dijo Stella dándole un cariñoso abrazo.

—No sé cómo no pude prevenirlo.

—No es culpa tuya —repuso ella, meneando la cabeza, con un tono de voz consolador, mostrándose contrariada y componiendo una expresión de tristeza—. Has sido el mejor padre que Jennifer pudo tener.

Se abrazaron de nuevo. Ambos fueron caminando juntos hacia el *parking*.

—Encontraré al culpable y pagará por ello.

—Rob, ni se te ocurra —le advirtió Stella—. Ha sido un trágico

accidente.

Él se giró y la miró fríamente a la cara.

—¿Accidente? Quien haya puesto en las calles esa droga ha asesinado a mi hija.

—Déjalo en mano de los compañeros del Departamento Antinarcóticos. No te involucres, por favor. No quiero perderte. Las cosas ya están bastante mal cuando los traficantes sobornan a políticos y otros funcionarios, convirtiéndolos en cómplices. Pero ahora ha aparecido un elemento nuevo, el fentanilo, y para la ciudad de Los Ángeles, las implicaciones son escalofriantes. Deja que avance la investigación y averigüemos cómo acabaron esas pastillas adulteradas en casa del amigo de tu hija. Hazme caso.

—¿Investigación? Lo más importante que hay que saber sobre un asesinato no es quién disparó, sino quién pagó por la bala.

—Rob, a un drogadicto enganchado al crack o al fentanilo lo puedes interrogar por sospechoso, pero si tu intención es ir más arriba, te advierto que sin el apoyo de tus compañeros podrías pasar mucho tiempo defendiéndote de abogados y de la prensa en lugar de trabajar para limpiar las calles de esa terrible droga.

—Los de Antinarcóticos se pasan el tiempo en los muelles y aduanas de los puertos, y en los aeropuertos. Y nuestro Departamento no hará nada al respecto. No es su prioridad. Ahora están desbordados debido al crimen que hay en las calles. Robos… Peleas callejeras... Pero el tráfico de drogas parece no importarle a nadie a pesar del ruido mediático. Yo no voy a descansar hasta arrancar de raíz este mal.

—No digas eso. Claro que nos importa. Te recuerdo que si vas en plan justiciero, un día u otro te enfrentarás con tus compañeros. ¿Es así como quieres acabar? ¿Es así como tu hija querría ver a su padre? Te necesitamos. Mucho más de lo que estás dispuesto a admitir. —Los ojos de Stella sostuvieron su mirada sin pestañear—. Ir en plan Russell Crowe en *L.A. Confidential*, comportándote de manera violenta e impulsiva, no es lo mejor que puedes hacer. —Él guardó silencio. Ella prosiguió—: Maldita sea, Rob, sabes que lo que digo es verdad.

Stella y Roberto intercambiaron una mirada. Él vaciló. Entonces, le dio un beso en la mejilla y se marchó sin decir nada.

Quería estar solo. Condujo su Chevrolet 1970 Chevelle SS azul oscuro hacia la zona costera. Estuvo dando vueltas durante todo el día por carreteras talladas en acantilados, serpenteantes vías con largas curvas en forma de ese, y rectas autopistas que discurrían junto al mar y algunos cambios de altitud.

Sabía que algún niño rico paseaba su potente coche a sorprendente velocidad por aquellas carreteras. También había leído sobre las carreras ilegales que hacían grupos de jóvenes con vehículos

de alta gama, Audis, BMWs, Porches… Por ahí se encontraría a algún lunático de estos de frente y moriría estrellando su Chevrolet. O quizá se estrellaría contra algún desgraciado ya entrado en años que chupaba del erario: Hacienda le habría pillado con las manos en la masa y, conduciendo su Mercedes, quisiera precipitarse por algún acantilado. O tal vez algún productor de Hollywood caído en desgracia quisiera suicidarse por aquella zona costera tras perder todo su dinero y ser vilipendiado por la industria del cine, la crítica y el público.

Las posibilidades eran muchas. Sin embargo, pasaron las horas y no se topó de frente con ningún tipo de gente obsesionada con esas carreteras.

A media tarde tomó un desvío y aparcó el coche en un terraplén. Se sentó sobre una roca a contemplar el ocaso. El promontorio dominaba una playa donde el mar golpeaba con fuerza sobre las rocas. Se escuchaba el rumor de las olas y el graznido de las gaviotas. En pocos minutos el sol empezaría a ocultarse en el océano Pacífico.

Al cabo de un tiempo, cuando ya era de noche y con la luna llena en lo alto, se levantó. Vengaría la muerte de su hija. «Cueste lo que cueste», se dijo a sí mismo en voz alta y con decisión.

6

Harish Rai era conocido por sus clientes como Hari. Aquella mañana había recibido un mensaje de uno de sus compradores habituales llamado Abhijeet Manjrekar, pidiéndole que fuera a la iglesia de San Antonio en Andheri, un suburbio en la parte occidental de Bombay, a reunirse con Sanjeev Dutt, un amigo suyo que quería comprarle mercancía.

Como medida de seguridad, Hari le llamó para confirmar la información, y aquella persona le comentó que su amigo era un empresario que iba a celebrar la gran boda de su única hija y quería distribuir droga de calidad suprema entre sus invitados.

Hari se encontraba conduciendo su BMW X1 blanco a la altura del complejo comercial en Natwar Nagar cuando un policía, por encima de la disonancia de cláxones del tráfico, le dio el alto, señalándole el arcén. Él soltó improperios e hizo lo que se le ordenó. Unos metros más atrás, otro vehículo, un Toyota blanco, hizo lo mismo guardando las distancias.

Bajó la ventanilla, mostrando el pelo negro y liso que enmarcaba su cara ovalada. Cuando vio al policía de tráfico de barriga hinchada y gafas negras de aviador, a punto estuvo de soltar la risa por lo mal que le quedaban.

—Ha pasado usted el límite de velocidad.

—Venga ya —dijo Hari. Sacó una serie de billetes de cien rupias y se los ofreció—. Creo que esto le puede ayudar a ver mejor.

El policía tosió, incrédulo ante la cantidad de dinero ofrecida. Inmediatamente pensó que si lo amenazaba, le ofrecerían el doble. Además, vestía ropa de ejecutivo y conducía un coche de alta gama, señales de que debería tener dinero de sobra.

—No, eso no es suficiente. Mi vista se arreglaría por el doble.

A Hari eso no le gustó.

—Muy bien —dijo echando la mano debajo del asiento—. Acérquese usted más para que no nos vean.

El policía introdujo la cabeza al interior del vehículo, momento en el que Hari le agarró de la pechera con una mano mientras que con la otra le disparó exactamente en la cuenca del ojo derecho. Hari tuvo que abrir la puerta y empujar hacia atrás la cabeza del cuerpo que se sostenía sobre la ventanilla, haciendo que el policía cayera al asfalto.

Hari hizo una señal al aire con la mano desde su ventanilla hacia el Toyota blanco, en cuyo interior estaban cuatro de sus hombres, y

enseguida se incorporaron al tráfico.

Minutos después, Hari se detuvo en una gasolinera y ordenó a un empleado que le limpiara el coche de la sangre derramada. El diligente hombre no hizo preguntas y cumplió con lo que se le pidió. Hari, satisfecho, le dio quinientas rupias. Cuando iba a arrancar, hizo un ademán al conductor del Toyota blanco, aparcado fuera de la estación, para que continuara siguiéndolo.

Tenía prisa por llegar a la cita con su nuevo cliente. Lo que desconocía era que su nombre real no era Sanjeev Dutt, sino David Ribas.

7

Roberto recorrió las calles de Los Ángeles. Decidió buscar a un conocido proxeneta llamado Jimmy. De él obtendría una pista para encontrar a quien distribuía fentanilo adulterado en la ciudad.

En un momento dado, al salir de una carretera e incorporarse al tráfico de una avenida, se topó con la consabida caravana de hileras de vehículos con sus luces rojas brillando en la noche.

Era lo habitual en Los Ángeles a aquella hora. Roberto, impaciente, observó por la ventanilla. En sentido contrario, el movimiento era más fluido; soltó entonces un resoplido de disgusto.

Cuando tuvo la oportunidad, tomó el siguiente desvío y circuló por calles adyacentes, zigzagueando por los barrios bajos de la ciudad.

Tras más de una hora dando vueltas, vio a la persona que buscaba. La mirada de Roberto estaba concentrada, fija, cuando el semáforo en rojo lo detuvo, momento que aprovechó para observar a Jimmy con detenimiento y pensar cómo abordarlo. Mientras, las luces rojas intensas iluminaban su cara. El semáforo cambió de color y él dobló la esquina en la siguiente calle.

Jimmy estaba hablando con un grupo de prostitutas cuando, sin que pudiera prevenirlo, sintió que lo agarraban por detrás y lo empujaban hacia un Chevrolet Chevelle SS azul oscuro.

—Pero ¿qué haces? —preguntó Jimmy girando el cuello, dándose cuenta de que era Roberto. Una vez en el interior del vehículo, le volvió a preguntar—. ¿Es esto absolutamente necesario?

—¡Cállate! —replicó Roberto.

Llegaron bajo un puente, en un canal de desagüe del Valle de San Fernando. Era un lugar cercano a donde se había rodado la escena de persecución en moto de *Terminator 2*. Roberto paró el coche, salió y abrió la puerta.

—Sal.

—Pero ¿qué se supone que es esto?

Roberto lo agarró de la solapa y lo tiró al suelo.

—¿Te suena Colin Harrelson?

—No, no sé de qué hablas.

Roberto le dio una patada en la cara, rompiéndole la nariz.

Jimmy se llevó las manos a la cara. La sangre le salía con profusión.

—No hagas que tenga que volver a preguntártelo.

—Me la has roto, cabrón. Esto es ilegal.

Roberto sacó su pistola y le puso el cañón en la cabeza.

—Yo te pregunto y tú hablas.

Jimmy alzó las manos al aire.

—Vale, vale. Sí, lo conozco. Es un guaperas, profesor de actuación en alguna academia. Lo sé porque me compró algo blando para sus fiestas. Siempre va alardeando frente a sus estudiantes.

—Quiero saber quién está metiendo fentanilo en la ciudad. Quién lo ha estado distribuyendo entre los jóvenes.

—No creo que…

Roberto lo interrumpió disparando en el suelo a escasos centímetros de Jimmy.

—Pero ¿te has vuelto loco?

—El nombre o te vuelo la tapa de los sesos aquí mismo.

—Yo no vendo esa mierda, joder. Si te lo ha dicho Colin, te ha mentido.

—¿Cómo la consigue Colin?

—Un amigo suyo productor de cine se la vende.

Roberto bajó el arma y se la guardó en el cinto. Estaba claro que de Jimmy no iba a sacar más información. Su nueva pista se centraba ahora en el profesor Colin Harrelson.

En ese momento, Jimmy pegó un salto y salió corriendo.

—¡Te voy a denunciar, hijo de puta! —chilló.

Roberto pegó un respingo, pero enseguida se puso a buscar el casquillo de la bala, ya que si alguien lo encontraba, podrían identificar el arma. Intentó encender la linterna del móvil, pero con las prisas, se le cayó al suelo. Lo recogió inmediatamente.

Pasó la luz de la linterna por alrededor mientras alzaba una y otra vez la cabeza y veía a Jimmy alejarse cada vez más. «Mierda. Mierda. Mierda». Por fin lo encontró.

Guardó el casquillo en el bolsillo, se sentó en su coche, arrancó y pisó el acelerador a fondo. Jimmy era más veloz de lo que había imaginado; iba por delante en dirección a la carretera general. Si lograba saltar la valla, podría pedir ayuda y acabar denunciándolo. Entonces su vida personal y profesional se iría al garete. Tenía que alcanzarlo, inmovilizarlo y amenazarlo, como tan bien sabía él, para que mantuviera la boca cerrada. Tal vez podría sobornarlo con dinero en efectivo.

Estuvo a punto de cortarle el paso, pero Jimmy se lanzó a la valla. Roberto frenó, salió del coche e intentó agarrarlo de una pierna, pero él fue más rápido, pegó un brinco al otro lado y cayó sobre la cuneta de la carretera general. La visibilidad era poca y los vehículos pasaban a alta velocidad.

Comenzó a reírse, viendo la cara de angustia y preocupación del policía.

—Te voy a denunciar por lo que me has hecho, cabrón —gritó caminando hacia atrás, sin darse cuenta de que invadía la calzada.

En ese momento, un camión que circulaba deprisa, ya que la ciudad de Los Ángeles era muy grande y llevaba tiempo alcanzar algunos destinos, golpeó a Jimmy, impulsándolo por el aire hasta caer brutalmente en el asfalto. Un segundo camión pasó por encima de su enjuto cuerpo. El conductor creyó haber pasado sobre el cadáver de algún animal, ya que siguió sin detenerse como el primero.

Roberto agachó la cabeza con horror.

—¡Joder! —espetó.

Volvió al coche, arrancó y se fue del lugar.

A las pocas horas se encontraba borracho, sentado en una mesa de un rincón del Bar McGoohan, un local que solía frecuentar cuando salía con Stella. Era un lugar tranquilo y pequeño. El gerente, que trabajaba de barman, conocido de ambos, le avisó a ella del estado en el que se encontraba Roberto.

Stella entró en el local. A aquella hora ya no quedaba mucha gente. Algunos clientes hablaban sobre béisbol. Saludó al gerente y este, limpiando vasos detrás de la barra, le devolvió el saludo, señalando con un gesto de cabeza el sitio donde se encontraba Roberto.

Entre los dos consiguieron meterlo dentro del vehículo de Stella.

—Menuda ha cogido Rob —dijo él.

—Tensiones en el trabajo… Es como un niño… Por cierto, ¿dónde aparcó su coche?

El hombre señaló hacia el otro lado de la calle.

Stella lo llevó a casa de él. Cuando llegaron, Roberto se encontraba algo más despejado, aun así, ella lo ayudó a subir las escaleras y lo acostó en la cama.

Él la abrazó al despedirse. A Stella eso le gustó a pesar del tufo a alcohol que desprendía. Lo mantuvo pegado a su cuerpo hasta que se dio cuenta de que se había quedado dormido. De un bolsillo del pantalón le cogió las llaves del Chevrolet. Apagó la luz y bajó a la cocina. Pidió un taxi, volvió a las cercanías del Bar McGoohan, donde recogió el coche de Roberto.

Cuando regresó, entró en la cocina y le escribió una nota que dejó sobre la mesa, bajo la taza de café con el emblema amarillo y azul de Los Angeles Lakers. «La próxima vez que te encuentres con los ánimos por los suelos, nos vemos y hablamos. Pero no vuelvas a beber solo. Llámame cuando te encuentres mejor. Te quiero. Stella».

Al día siguiente, Roberto leyó la nota cuando se preparó su café negro cargado. Sonrió ante la audacia de Stella, una mujer de armas tomar. Le gustaba, pero ahora no era el momento de pensar en ella.

Dejó la taza sobre la mesa, abrió su ordenador portátil y averiguó

la dirección de Colin Harrelson a través de una cuenta oficial del Departamento de Policía. También surfeó en las redes sociales y pudo ver su foto de perfil al cliquear en sus cuentas de Facebook e Instagram. También tenía una cuenta en TikTok, donde hablaba brevemente de interpretación. Era un hombre maduro que se vestía y se cuidaba como un veinteañero: pelo rubio teñido, corto y en punta con gomina, retoques estéticos y una mirada forzada, pretendiendo ser cautivadora. «Qué pinta de hijo de puta que tiene el tipo», se dijo a sí mismo.

Bajó al desván. Abrió un armario y de un cajón interior sacó una caja de zapatillas. En el fondo había una pistola automática sin número de serie ni registro, que por tanto no podría ser rastreada ni identificada. La tenía guardada desde hacía unos años tras la detención de una banda callejera latina. La desarmó y la limpió. Luego se la guardó bajo la camisa y salió. No quería cometer el mismo error que con Jimmy, utilizando su pistola reglamentaria cuyos casquillos podrían incriminarlo.

Al poco tiempo llegó. Era un bloque de viviendas muy bien cuidadas. Llamó a la puerta, pero nadie contestó. Miró alrededor por la zona común de la urbanización. Se percató de que el jardinero no quería que notara su presencia. Conforme se aproximaba, lo vio alejarse mientras empujaba deprisa un cubo con ruedas con la escoba y el recogedor dentro.

—Eh, amigo —le dijo en español. El jardinero de aspecto hispano se detuvo—. Busco al señor Colin.

El jardinero intentaba evitar el contacto visual. Roberto ya sabía la razón: no estaba legalmente en el país, o bien se encontraba trabajando de manera irregular a jornada completa, o quizá sustituyendo al jardinero habitual de la urbanización, que podía ser conocido suyo o algún familiar, sin que el presidente de la comunidad de propietarios fuera informado. Esto último era lo más probable, aunque de una u otra forma, el delito seguía siendo muy grave.

—El señor Colin se fue a pasar el fin de semana fuera.

—¿Dónde suele ir?

El jardinero dio muestra de reticencia para dar la información. Roberto echó mano a su cartera y le mostró la placa.

—Amigo, no quiero ponerte en un problema.

—Tengo familia —dijo en tono de súplica.

—Muy bien. Yo no voy a interferir en la situación irregular en la que te encuentras. Aunque te aconsejo que agilices todo el proceso cuanto antes, porque no te encontrarás a otro agente tan benevolente como yo. ¿Me entiendes?

—Sí, señor.

—Ahora dime, ¿dónde ha ido el señor Colin?

El jardinero le contestó que había viajado a Tijuana. Que solía ir allí muy a menudo. Estaba tan asustado de la presencia de Roberto que le dijo que Colin era habitual de un bar llamado La Revolución, donde había música en vivo. Le confesó además que personalmente no le gustaba el americano porque una vez le preguntó si conocía gente metida en la droga, ya que quería consumir cocaína.

No había nada más que hablar, Roberto se puso en marcha.

Highway to Hell de AC/DC sonaba en la emisora de radio del Chevrolet mientras se dirigía a San Diego para cruzar la frontera de los Estados Unidos a México por San Ysidro. De la guantera sacó unas gafas de sol de aviador y se las puso.

8

David Ribas caminaba a grandes zancadas. Los cuervos se dispersaron ante él, cruzando el aire del parque público de Andheri. Una pelota de críquet, lanzada por unos críos, rebotó sobre la hierba acercándose a sus pies. David la cogió y, a su vez, la lanzó de vuelta a ellos.

Pensó en Sameer y lo mucho que le gustaba jugar al críquet, esto le hizo enfurecerse aún más. Enseguida pasó por un portal de piedra, saliendo fuera del parque. Delante de él serpenteaban calles angostas cuesta abajo. Tomó ese atajo.

Luego, al pasar junto a una zona histórica con edificios de arquitectura victoriana, se cruzó con un grupo de turistas absortos en las pantallas de sus teléfonos, que utilizaban tanto de guías como de cámaras fotográficas. Hacía unos años que el móvil había sustituido al voluminoso *Lonely Planet* que los extranjeros solían llevar consigo cuando viajaban a la India.

David entró en el santuario principal de la iglesia de San Antonio. Las leyes anticonversión de varios estados en la India solían avivar la persecución, y a menudo era un pretexto para los ataques contra los cristianos, a los que se les acusaba de intentar convertir a los hindúes al cristianismo. Muchos indios se cambiaban de religión como único recurso para salir del régimen de castas, y así evitar ser estigmatizados en la sociedad de clases represivas.

Sin embargo era indudable la huella histórica del cristianismo en Bombay. Y aunque no era tan practicado como el hinduismo, el islam, el sijismo u otra de las muchas religiones de la India, tenía una historia rica e intrigante que se remontaba a casi dos mil años.

Los misioneros cristianos no solo difundieron su fe en la India, lucharon activamente contra malas prácticas sociales como el sistema de castas, la intocabilidad, el matrimonio infantil y el satí, el ritual por el que una viuda se autoinmolaba en la pira funeraria de su marido. También transformaron las lenguas autóctonas. Y en sus esfuerzos por traducir la Biblia a varias lenguas de la India, condujeron a la estandarización del vocabulario y de la gramática, contribuyendo de modo eficiente a moldear estos idiomas.

En la actualidad, el cristianismo en la India se ha adaptado a las culturas y tradiciones locales, dando lugar a una mezcla única y singular de prácticas cristianas e hindúes. De hecho, las universidades y colegios que eligen las clases más pudientes de la India para que sus

hijos estudien son en su mayoría instituciones académicas fundadas en su día por misioneros cristianos, y continúan siendo reconocidas por su excelencia académica. Esta integración es evidente incluso en las costumbres locales y en la arquitectura de las iglesias, como en la que había entrado David Ribas.

Sus ojos escrutaron el sombrío interior. En verdad, a David no le gustaba entrar en iglesias, ya que encontraba el ambiente agobiante, debido a la exagerada encarnación del sacrificio de Cristo y sus discípulos, representándolos de una forma que a la psique india le resultara dolorosa y cargada de dolor, con el fin de causar empatía. Permaneció alerta para detectar la presencia de peligro o algún movimiento sospechoso. Había varios devotos indios sentados, de rodillas y encendiendo velas.

Al pasar por la nave central, junto a una hilera de bancos de madera, David escuchó varias palabras en tamil y malabar que murmuraban y hablaban en voz baja varias feligresas vestidas con coloridos saris.

Un grupo de turistas extranjeros con sus mochilas, pantalones cortos y sandalias caminaban mientras admiraban la decoración de las paredes, con sus frescos y estatuas antiguas. De repente, se pararon todos en grupo para admirar un enorme relieve de madera de Cristo crucificado.

Desde el lugar en el que estaba situado en la penumbra, David vio a un hombre que desentonaba por su vestimenta y movimiento corporal, no era ningún devoto y menos un creyente. Estaba sentado en el tercer banco del lado izquierdo de la nave.

—¿Hari? —susurró David a su espalda.

El hombre dio un respingo. Se dio la vuelta y vio a un sujeto sentado en la hilera de atrás. Lo miró atentamente, pero la luz tenue le daba la impresión de formar parte de la sombra misma.

—¿Eres Sanjeev Dutt, amigo de Abhijeet Manjrekar? —Su voz sonaba apagada, intentando confirmar una vez más que se trataba de un comprador y no de un señuelo de la Policía.

—Dejémonos de mencionar nombres, ¿quieres?

—Sí, sí, claro —asintió Hari aún con el cuello hacia atrás. Señaló hacia un lateral de la nave—. Si te parece bien, hablamos en la sacristía, que no hay nadie.

—Me parece bien. Pero antes quiero saber si has traído lo que pedí.

—¿Has traído tú el dinero?

David sacó del bolsillo de su pantalón un sobre, lo abrió y le mostró un grueso fajo de billetes de dólares americanos.

—Lo suficiente y algo extra.

—Déjame contarlos.

—Muéstrame tú primero la mercancía.

—Entonces, vayamos a la sacristía.

Los dos se levantaron y caminaron hacia la habitación situada en el lateral izquierdo de la nave. Una vez dentro, Hari cerró la puerta y observó con atención a David.

—No tienes aspecto de padre indio que vaya a celebrar la gran boda de su hija.

David lo encaró.

—Y tú no tienes el aspecto de un camello indio que ofrece droga a jóvenes para que se vuelvan adictos.

Hari se echó para atrás.

—No sé de qué hablas.

David le dio un empujón contra la pared.

—Sameer, un niño sordomudo, ¿te suena?

En aquel instante, la puerta anexa se abrió y entraron cuatro fornidos hombres, advertidos por el ruido.

Hari sonrió mientras David miraba a los ojos de cada uno de ellos

—¿Crees que voy a reunirme con clientes sin protección? —preguntó Hari. Pretendió reflexionar—. Sameer… Sameer… Sí, me parece que alguien me habló de un chico sordomudo con ese nombre y lo leí en la prensa local. Creo que el chico no tuvo un final feliz, ¿y qué? ¿A ti qué te importa? ¿Quién eres, su padre? También me han hablado de alguien con tu descripción que eliminó a Puru Banga, uno de mis distribuidores. ¿Te suena? ¿Eh?

—Quien te lo haya dicho, no se equivoca.

David le asestó un puñetazo en la cara que lo tambaleó hacia atrás contra la pared. Antes de que sus esbirros pudieran reaccionar, cogió a Hari por el cuello de la camisa, lo levantó del suelo y lo estrelló contra un espejo. El cristal se rompió y el cuerpo de Hari cayó al suelo.

En la nave, los turistas y feligreses se miraron sorprendidos entre ellos por aquel ruido.

—Creo que están ampliando la sacristía —susurró una señora a su acompañante; ambas rezaban el rosario de rodillas frente al altar.

Un hombre hizo amago de sacar una pistola, pero David agarró un candelabro y dando unos rápidos pasos hacia adelante se lo estampó en la cara. Otro se abalanzó sobre él y recibió el mismo golpe en pleno rostro, un tercero sacó una navaja y el cuarto hizo lo mismo.

David lanzó el candelabro a uno, al tiempo que golpeaba al otro la mano que sujetaba la navaja y le lanzaba un puño hundiéndole el tabique nasal. Luego propinó una patada en la entrepierna al otro y, agarrándolo del pelo, le dio un golpe con la rodilla en pleno rostro, cayendo este al suelo.

Tras la pelea, paseó la mirada por la sacristía. Los cuatro hombres

permanecían en el suelo, doloridos y sangrando. Al que le había golpeado con el candelabro en la cabeza sufría movimientos espasmódicos. Otro, con sangre chorreándole de la nariz, salpicaba el suelo de granito gastado.

David se acercó a Hari y, sujetándolo del cuello de la camisa, lo arrastró por el suelo. El traficante avanzaba a gatas, ahogándose.

—Te puedo dar mucho dinero —pronunció a duras penas—. Y, además, te puedes llevar la mercancía.

—Esto no es por el dinero.

—¿Quién coño eres tú?

David abrió la puerta anexa, por donde habían accedido y arrastró al exterior de la sacristía a Hari, entonces se agachó hasta quedar cerca de su rostro.

—Sameer era mi amigo.

—Te juro que lo siento —gimoteó Hari.

David cogió una cuerda atada en la pared, la enrolló alrededor del cuello de Hari, fijándola para que no se desprendiera. Entonces, agarró con la mano izquierda el otro lado de la cuerda sujeta a un gancho de la pared.

—Claro que lo vas a sentir —dijo cogiéndole la barbilla entre el pulgar y el índice con la mano derecha—. Yo he venido para ocuparme de ello.

Se enderezó y le pegó una patada a Hari, desplazándolo hacia la nave central, ante el asombro de los devotos sentados en los bancos de madera y de los turistas extranjeros. Al mismo tiempo, con las dos manos, David tiró con fuerza de la cuerda hacia abajo, como si estuviera tocando las pesadas campanas de una catedral, impulsando hacia arriba súbitamente el cuerpo de Hari quince metros del suelo. Entonces, ató la cuerda al gancho y se fue. De camino al exterior, metió los fajos de billetes de dólares americanos en la hucha de donaciones.

Semejante a un ángel caído, Hari movía los brazos al aire como si fueran alas y sus pies se balanceaban hacia delante y hacia atrás como en un columpio hasta perder toda energía y quedar dispuestas a la corriente de aire que entraba por la nave central.

Conforme David salía de la iglesia, se oyeron gritos de horror y muchos «¡Dios mío!». Antes de que pudieran acudir al auxilio del ahorcado y bajarlo al suelo, su cabeza colgaba sin apoyo, como la de un títere, con el cuello roto.

Más tarde, durante la investigación, se halló en el bolsillo del fallecido una gran cantidad de pastillas conocidas como «drogas de diseño». La Policía cerró el caso aludiendo que había sido un ajuste de cuentas entre bandas criminales.

Y así, para que el suceso no se hiciera viral y dañara los intereses

del Gobierno, creando mala imagen a la ciudad de Bombay, se cerró el caso a cal y canto.

9

Al llegar a Tijuana, Roberto dejó el coche en el *parking* del motel donde había alquilado una habitación por una noche. Se dio una ducha, se vistió con la misma ropa que traía, ya que no portaba equipaje, se tomó un café soluble del sobre que había junto al calentador de agua, y salió a la calle en busca de Colin Harrelson.

Estuvo andando por la zona centro hasta que, al doblar la esquina a la altura del hotel Lafayette, se internó en la avenida Revolución. Había muchísima gente. Aquello le produjo un sentimiento de ser una oveja más del rebaño.

¿Conseguiría identificar a la persona que buscaba? ¿Y si estaba yendo demasiado lejos? Sintió temor. Buscando sosiego y protección, se metió la mano dentro de la camiseta y acarició la medalla de la Virgen de Guadalupe que llevaba colgada al cuello.

Su móvil sonó. Al sacarlo del bolsillo vio en la pantalla el nombre de Stella. Contestó. Ella le recriminó que no le hubiera llamado como le dijo en su nota escrita en la cocina. Roberto se disculpó y le comentó que estaba bien y que había salido por unos días a visitar a sus padres, que necesitaba un tiempo para despejarse.

—Te entiendo, Rob —aseveró ella—. Me tienes a tu lado.

—Por cierto, te debo una… por lo de anoche.

—No me debes nada.

Hubo un silencio. Los viandantes pasaban a su lado, rubios, morenos, oscuros y blancos, los que buscaban diversión o los que hacían turismo y disfrutaban de un paseo por la noche que ya cubría la ciudad.

—Me comprometo a invitarte a cenar la semana que viene.

—Umm, no sé si podré esperar tanto.

Él se rio ante el tono lleno de sarcasmo de su voz.

—Seguro que sí.

Tras colgar, una mujer se le acercó ofreciéndole artículos que vendía como suvenires. Él movió la cabeza de un lado a otro. La vendedora al darse cuenta de su aspecto hispano se fue de inmediato hacia un grupo de turistas americanos que se habían parado a contemplar sus coloridos pañuelos.

Cuando era joven había visitado Tijuana. El recuerdo que tenía de la ciudad era muy distinto a lo que veía alrededor. Ahora era completamente irreconocible. Había cambiado bastante. Mucho antes era llamada Ciudad Zaragoza.

Tijuana se había convertido en un lugar de diversión junto a la frontera, un lugar donde disfrutar de la vida nocturna el fin de semana. Se consolidó así como una ciudad importante debido al pujante comercio, el turismo o a las «maquilladoras», como denominaban a las plantas de montaje de compañías manufactureras a ambos lados de la frontera, las que utilizaban la mano de obra barata en México para el ensamblaje de sus productos. También debido al desarrollo urbanístico de la costa.

Anduvo sumergido en aquella marea humana. Había gente que salía y entraba de los numerosos restaurantes, locales de comida rápida en su mayoría. La música brotaba de las discotecas y bares que llenaban la calle.

Llegó a un local donde en la terraza un grupo de mariachis, con sus elegantes trajes charros y anchos sombreros, amenizaban la velada a los clientes.

Salió de la concurrida avenida, torciendo por la siguiente calle. Entonces vio el local llamado La Revolución, con sus luces de neón.

Varios vehículos estaban estacionados en la calzada. Al cruzar la calle, le llamó la atención uno de ellos, en cuyo interior parecía que algo se movía. Cuando pasó por delante se dio cuenta de que era una pareja acariciándose con entusiasmo, sin importarles ser vistos.

Entró en el local. Fue directo a la barra. El lugar estaba muy concurrido, incluso la atmósfera era asfixiante. Pidió una cerveza y un chupito de tequila.

La decoración parecía un plató de la película *Abierto hasta el amanecer*, de Robert Rodríguez. De un momento a otro, se podría esperar la estelar aparición de una voluptuosa Salma Hayek contoneándose al son de la música, con poca ropa y una serpiente pitón alrededor de su cuello.

Entonces, lo vio. Era él, Colin Harrelson sin duda, con el mismo aspecto que en sus fotos de perfil en redes sociales. Sintió el latido de su corazón y la impaciencia de querer interrogarlo a base de puñetazos. La sangre le surcaba por las venas como un demonio enfurecido.

Estaba en una mesa con un grupo de amigos estadounidenses. Daban la impresión de estar embriagados. Cantaban en voz alta, y varios de ellos tenían a chicas sentadas sobre sus piernas. Reían mientras Colin, de pie frente a ellos, imitaba a conocidos actores de cine con perfecta mímica y comicidad. Continuaron desternillándose de risa hasta que Colin les propuso ir a otro local cercano.

Salieron todos en grupo de La Revolución, llevándose consigo las bebidas. Por detrás, Roberto se abrió paso entre la multitud de la clientela y una vez en el exterior pensó que los había perdido. Pero el ruido de una botella de vidrio que se rompía le hizo mirar más allá.

Uno del grupo había lanzado la cerveza contra un callejón vacío, y se había parado a orinar frente a la pared.

Roberto los siguió, guardando las distancias. Al cruzar la calle, no se dio cuenta de que el semáforo estaba en verde. Los vehículos protestaron con estruendo, tocando sus bocinas y los conductores le gritaron recriminándole por su imprudencia.

Continuó detrás del grupo de amigos de Colin. En la siguiente esquina los vio soltando carcajadas, y uno de ellos sacudió su cerveza para rociar de espuma a los demás. Estaban disfrutando por todo lo alto de la noche.

La zona en la que se habían adentrado era poco frecuentada por turistas, y los extranjeros no solían aventurarse por ahí. Era una zona donde los trabajadores mexicanos, en solitario o con amigos, buscaban diversión y gastarse en mujeres y alcohol parte o todo lo ganado durante los días anteriores; peones de fábricas, obreros de construcción, mozos agrícolas de granjas y de campos de cultivo.

Los bares y locales de alrededor estaban abarrotados. En la calle, un grupo de hombres con aspecto indígena, apiñados en las aceras, observaron a Colin y a sus amigos con hostilidad mientras pasaban de largo.

Roberto caminaba por la acera contraria sin perderles de vista. Se cruzó con carritos iluminados que vendían tacos, con sus tortillas, vegetales y carne. Decidió cortar distancias y cruzó la acera.

Por delante vio que el grupo de Colin entraba en una discoteca llamada Machete, en honor al famoso actor de ascendencia mexicana Danny Trejo.

Colin y sus amigos pidieron cervezas Corona y tequila. Roberto entró, situándose en la penumbra, al lado de la entrada.

El lugar estaba lleno de humo. La música en español estaba a alto volumen. La gente hablaba en voz alta. Todo el ambiente parecía agresivo debido al alcohol.

Colin y sus amigos hablaban entre ellos a gritos, imitando a los mexicanos entre desternillantes carcajadas: «¡No chingue!». «¡Pinche viejo!». «Qué pedo, güey». «Ay, cabrones, que nomás lo están a uno chingue y chingue». «Híjole». Los demás clientes, aunque los oían, parecían no prestarles atención.

Cuando llegaron más bebidas a la mesa, Colin gritó en español:

—Pero ¡den gracias a la chamaca, señores! ¡Aplaudan, cabrones!

Todos rompieron en más carcajadas, que fueron desproporcionadas a la broma del profesor.

Al cabo de un rato, Roberto vio a Colin pedir algo a un amigo suyo. Le dio la impresión de que le estaba dando una bolsa con cannabis. Siguió al profesor con la mirada. Salió del local por una puerta destinada para uso de los empleados.

Colin entró al callejón trasero del local. Había bebido mucho. Necesitaba fumarse un porro con tranquilidad para poder ahuyentar el cansancio. Comenzó a liar uno.

Roberto salió a su encuentro. Había iluminación de las lámparas adheridas a la pared. Seis contenedores de basura estaban alineados en un lateral.

Un hombre vomitó el alcohol ingerido desde el otro lado del callejón, y tras varias arcadas, se marchó.

Roberto alzó la vista rápidamente para asegurarse de que no hubiera cámaras de seguridad. No las había. Se aproximó al profesor y le miró con una sonrisa forzada.

—¿Qué ocurre, «amigo»? —preguntó Colin, mezclando español e inglés al ver que la persona tenía rasgos hispanos.

—¿Es usted Colin Harrelson, profesor en la escuela Acting For Film School de Los Ángeles?

La pregunta le sorprendió, encendiéndose el porro que acababa de liar. Su rostro cuidado, casi afeminado, quedó expuesto al fuego del mechero y de la pobre luz del lugar. Colin esperó a dar la primera calada antes de mirar a la cara de aquel desconocido y responder. Su sonrisa socarrona bailaba en su boca. Supuso que sería un aspirante a actor que lo buscaba para suplicarle algún papel en alguna producción de Hollywood, o aunque solo fuera para cine independiente.

—Así es, amigo, ¿alguien te ha hablado de mí?

—Sí, una amiga llamada Jennifer Ortega.

Colin rio.

—Ah, ya me acuerdo —dijo socarronamente.

—Falleció.

Colin echó el humo al aire muy despacio y se encogió de hombros.

—Sí, eso escuché. Hoy en día los jóvenes lo quieren todo rápido.

—Tenía una compañera de origen indio llamada Katrina —repuso Roberto.

Poniéndose el porro en los labios, Colin hizo un gesto con ambas manos para indicar unos pechos abundantes. Luego se quitó el porro de los labios y, echando el humo despacio, sonrió con lascivia.

—Claro que me acuerdo. Menuda hembra esa india.

—Pues Jennifer era mi hija y Katrina su amiga —afirmó Roberto —, y yo le traigo un recado.

Roberto lo agarró de la camisa, y empujándolo hacia atrás, hizo que su espalda golpeara contra la pared, produciendo un sonido sordo de huesos, dejando caer el porro al suelo.

Colin quiso gritar, pero Roberto lo tenía tan sujeto por la solapa de la camisa que lo mantenía aprisionado con fuerza contra la pared.

—¿No entiendo? ¿Qué quieres de mí? —Se alarmó Colin.

—Quiero que me digas el nombre del distribuidor de fentanilo.

—Joder, tío. Yo no trato con narcotraficantes. Yo compro a un amigo.

—Y ese amigo, que sé que tiene una productora de cine, ¿a quién se la compra?

—Maldita sea, ¿eres de la DEA?

Roberto sacó la pistola y le puso el cañón contra la garganta.

—¿Prefieres que lo busque y le diga que tú me diste su nombre?

Colin se orinó encima. Roberto tuvo que separarse un poco para no mancharse.

—No, no… Steve Gilligan. Se la compra a él. Todos lo conocen como Gilligan. —Su voz sonaba extraña, débil—. En una ocasión, me hizo saber que él quería blanquear dinero negro financiando una película. Pero mi amigo le contestó que en su productora no podían hacerlo porque habían terceros involucrados como productores ejecutivos, empresas de castings, etcétera, y tenía que mostrar cuentas…

—Si me mientes…

—No, joder, no miento. Guilligan se la vende a mi amigo productor, y este a mí.

—Vas a tener una muerte lenta.

Roberto se separó de él, manteniendo el cañón pegado en su garganta y, extendiendo el brazo, le disparó en el cuello. Colin hizo un gesto extraño, sintió dolor en la garganta mientras se llevaba las manos al cuello.

Quiso gritar, pero de su garganta solo salió un tétrico gorgoteo. Le faltaba aire. No podía creer lo que estaba sucediendo, que se estuviera muriendo, que hubiera recibido un disparo. Más dolor. Las piernas ya no lo sostenían, alargó el brazo intentando agarrar la camisa de Roberto, pero este se la apartó de un manotazo y Colin cayó desplomado al suelo.

La sangre se expandió por el oscuro pavimento: el cuerpo tumbado bocarriba no se movió. Rápido, pero sin precipitación, Roberto se guardó la pistola y salió del callejón, perdiéndose en el bullicioso y abigarrado gentío que arropaba aquella zona de Tijuana.

Tras andar durante horas sin saber a dónde iba, se encontró con una pequeña capilla. A pesar de la hora avanzada de la noche, estaba abierta. Había un altar y cuatro bancos de madera, simples, alargados, sin ningún tipo de diseño.

Entró y se arrodilló.

Era un lugar pequeño, del tamaño de una habitación individual, profusamente iluminado por las velas en las repisas de las paredes y en compañía de numerosas estampas de santos; San Cristóbal con el niño a cuestas, San Sebastián asaetado, el Santo Niño de Atocha y la

Virgen de Guadalupe. De esta había más imágenes, viejas, manoseadas.

En el centro, una decena de velas gruesas quemaban sobre la repisa a modo de altar.

—Por favor, Dios mío. Dame fuerzas —murmuró con las manos entrelazadas a la altura del pecho.

Después de rezar un padrenuestro en español, salió al exterior y emprendió el camino de vuelta al hotel.

Su próximo objetivo era localizar al tal Steve Gilligan.

PARTE DOS

CALIFORNIA: EL ESTADO DORADO

10

David llegó a la *akhara*, una academia de lucha en un suburbio de Bombay, dirigida por el maestro e instructor Guru, como todos le llamaban respetuosamente, pero cuyo nombre real era Jagdish Bhola. Era un hombre de avanzada edad, con una abultada barriga y poderosos músculos.

Guru prohibía la presencia de visitantes mientras impartía clase a sus estudiantes. Además, evitaba cámaras fotográficas y móviles.

Las verdes palmeras que había daban sombra, aunque las paredes limítrofes impedían que la ligera brisa procedente de la costa les aliviara. Por ese motivo, todos los estudiantes, de diferentes edades y tipo físico, estaban empapados en sudor. Aún faltaba un mes para la temporada de lluvias y que el aire del mar confortara Bombay. Por ello, en aquellos días previos al monzón, a pesar de alguna esporádica lluvia, era imposible escapar del bochorno.

David Ribas era el único extranjero. Fue por órdenes explícitas de Hassena, la jefa del crimen organizado, que fue admitido.

Fue ella quien lo rescató tras el asalto al hotel Taj Mahal Palace de Bombay por terroristas. Como agente operativo, David se encontraba en la India haciendo una labor de investigación sobre la seguridad del hotel antes de la visita de los reyes de España.

David viajó a la India junto con su esposa, ya que después de su trabajo en el hotel, tenían programado el viaje de novios que no pudieron tener en su día. Ella quería visitar Japón, y desde allí emprender el viaje de regreso a Madrid. No pudo ser.

Entre los cientos de muertos se encontraba su esposa, embarazada de su primer hijo, a la que asesinaron de un tiro en la cabeza. Él cayó desvanecido tras ser herido de gravedad. Oficialmente le dieron por muerto en España.

Desde que se convirtió en un hombre renacido, fue entrenado para poder desenvolverse en la India y dedicar su nueva vida a dar caza a terroristas, criminales y asesinos, además de ejercer como esbirro de Hassena.

Solo fue durante el transcurso del tiempo que Guru cambió su opinión sobre él, y lo acogió como uno más. Creció entre ellos una amistad sincera, y se convirtió en su protegido.

El veterano maestro no le deseaba ningún mal e intentaba siempre darle lecciones en los aspectos físicos, pero sobre todo mentales, para envalentonar su espíritu de tal manera que aprendiera

a seguir avanzando sin importar el obstáculo, convirtiéndose en la encarnación misma del proverbio japonés: «Cáete siete veces, levántate ocho».

Gracias a Guru conoció las enseñanzas del taoísmo, el camino del desapego y de la búsqueda de la propia esencia. En su día, le dijo:

—No hay poder ni paz interior sin autoconocimiento, y no hay autoconocimiento sin una observación constante de las emociones y los pensamientos que nos invaden y nos zarandean cada día. Por esta razón, no quiero que te vayas a una montaña para encontrarte a ti mismo; el verdadero trabajo está en la relación con las personas que nos rodean.

En el *akhara*, el español había aprendido técnicas milenarias como el *khusti*, desarrolladas durante el imperio mogol al fusionar el persa *koshti pahlevani* con influencias de la modalidad de combate india *malla yuddha*.

También aprendió artes marciales modernas, como el *jeet kune do*, cuyo emblema en caracteres chinos decía: «No limitación como limitación», y «Teniendo el no camino como camino». Este arte de defensa personal fue desarrollado por Bruce Lee en los años sesenta del pasado siglo: una fusión de diferentes técnicas procedentes de otras artes marciales, como el estilo chino del *wing chun*, el boxeo occidental y derivados como el *kick boxing*, el *tang soo do* o kárate coreano, el judo japonés, la esgrima occidental, el *kali* filipino y otras disciplinas que analizó, revisó y aplicó a partir de sus estudios de fisiología del cuerpo humano.

Tras muchos años entrenando distintas técnicas de lucha, a sus cincuenta años, David poseía la complexión de un boxeador de peso medio y estaba en forma como un deportista de élite: los hombros musculosos, el vientre plano y los miembros fornidos. Además, su estado anímico había sufrido una tremenda transformación. Era una persona con una gran dureza mental.

Vestidos apenas con un calzón llamado *langot*, durante la sesión de ejercicios en la *akhara*, se tiraban al suelo y se revolcaban esparciendo arena y barro por todo su cuerpo. Levantaban hacia arriba y hacia abajo palos cilíndricos muy pesados de dos pies de largo, superando los límites de las técnicas de entrenamiento con pesas en un gimnasio contemporáneo, así como mancuernas hechas de piedra y de madera.

A Guru le gustaba contar historias largas, en ocasiones eran cuentos y leyendas. Siempre había una lección, perfectamente adaptada y precisa; a menudo no resultaban evidentes hasta el final. Y aunque sus enseñanzas en ocasiones parecían enrevesadas, siempre era un placer escucharle hablar por la energía y el positivismo que transmitía. Como en aquel día.

—Escúchame, David. La ciencia de las peleas en verdad es algo maravilloso. Pero mucho más interesante es su psicología. Un bocazas lo único que quiere es provocar una pelea, es una persona que le gusta golpear, pero no recibir golpes. Por el contrario, un luchador está feliz de recibir con tal de seguir golpeando. La mentalidad del que habla mucho es que le molesta que se enfrenten con él, y prospera debido a la debilidad de su oponente.

»Hay que aprender cómo se desarrolla el acto de enfrentar fuerza con fuerza y la psicología del primer golpe. Al primero yo lo llamo tener excelencia técnica, y al segundo, mera resistencia física. No lo subestimes. Es como el perro de Pavlov que comenzaba a salivar cuando su dueño tocaba la campana. De este modo, los luchadores pueden aprender a asociar la agresividad al inicio de la pelea, y con el dolor al golpear fuerte.

Mientras hablaba, Guru mantenía la vista clavada en su oyente.

—Tú eres español. Según tengo entendido, en España son famosos los espectáculos donde el torero se enfrenta a un toro, que son animales inteligentes y agresivos, sin duda, pero que aprenden de sus errores y del dolor. El toro entiende cómo se moverá su oponente, y si no es distraído por la capa, corneará sin reparos o cambiará de dirección, además que se volverá mucho más peligroso.

»Lo que quiero decirte, David, es que si un enfrentamiento dura mucho tiempo, incluso el toro más bravo puede volverse cauteloso y retirarse a un lugar de la arena en el que se sienta más seguro. Esto se debe a que el animal asocia al torero con el dolor, y por tanto desarrolla un instinto pavloviano que lo empuja a huir.

»Hay más cosas que se pueden aprender de las técnicas coordinadas y encadenadas del toreo con las artes marciales en general. Tanto el uno como el otro se desplaza, se gira, se cambia de dirección, se avanza, se retrocede, etcétera, con posiciones firmes que van variando constantemente: altas, estrechas, amplias o más bajas. Pero… se deben de regular las distancias, alturas y ritmos. Los desplazamientos tanto para el torero como para el luchador deben de ser precisos, coordinados y rítmicos, sin perder la compostura y la actitud. Como la posición de los pies, que deben de estar siempre bien asentados en el suelo en actitud firme y poderosa que cambie el comportamiento del oponente.

»Todo esto no es más que lo que se conoce como «memoria visual», el lenguaje no verbal. Es necesario perfeccionar la técnica gestual y poner alineadas y en armonía todas nuestras cadenas articulares para que a través de estas fluya la energía sin ningún tipo de obstáculos.

»Sin concentración no existe el momento. Hay que evitar la dispersión. Hay que estar concentrados en la fijación de pensamiento

en la práctica que nos ocupa. Si estamos en constante dispersión, para el torero puede significar perder la vida y para el practicante de artes marciales, perder una pelea o acabar KO. Por eso hay que concentrarse en el presente, vivir cada segundo, cada minuto de nuestra vida en ese preciso instante. No existe otro momento. El pasado se ha quedado atrás, y el futuro aún está por llegar, el momento es el aquí y ahora.

»El torero que no hace lo que debe en un determinado momento, pierde valor y verdad. En las artes marciales, también, ya que la técnica que no se hace en el momento adecuado no tiene valor ni sentido. Por eso es tan importante que tanto el torero como el luchador tengan un sistema nervioso fuerte y resistente, y un cerebro vigoroso. Pero ni el cuerpo debe dominar la mente, ni la mente debe dominar el cuerpo.

»Existen cinco elementos de unión entre el toreo y las artes marciales, que tienes que entender para desplazarte, deslizarte y fluir como la luz. Tierra: es sólida y poderosa, tanto para la expresión del luchador, como por ejemplo para el karateca con su kata, y la actitud del torero frente al toro. Aire: es la fluidez con la que ejecutas una llave o una kata, que se expresa de igual modo con el torero al hacer uso de la muleta. Agua: es la adaptabilidad, el ritmo, la armonía, la calma, la forma. Fuego: es la energía penetrante con la acción de la velocidad. Vacío: es el no-pensamiento, la espera suave, pero al mismo tiempo estar en estado de máxima alerta.

»Conclusión: eres superior a tu contrincante, pero todo se puede venir abajo en un solo instante si pierdes el dominio de ti mismo. Debes de tener presente la concentración. No puedes permitir que tu cerebro permanezca dañado. Los horrores de tu pasado no pueden apoderarse de tu presente. ¿Me entiendes?

David asintió. Él le había dicho aquellas mismas palabras en otras ocasiones, pero utilizando distintos símiles y ejemplos.

De vez en cuando, Guru invitaba a la *akhara* a luchadores de otras partes de la India para pelear con David y otros discípulos suyos. Gracias a esto, los estudiantes de la academia de lucha conocían la preparación y las técnicas de otros profesionales.

En esta ocasión, había traído a un hombre de descomunal altura y peso proveniente de Punjab, el corazón de la comunidad sij de la India, para pelear *khusti,* la milenaria disciplina de lucha libre. Vestido con su *langot,* el luchador hacía ejercicios de estiramientos previos a la pelea.

En el lado opuesto de la arena, David hacía lo mismo; giros de cuello, una serie de sentadillas y otros ejercicios para sentirse flexible. En una ocasión, se lastimó los ligamentos cruzados y un menisco. Tardó en recuperarse cinco meses. Desde entonces, se mostraba

precavido y tomaba más atención al calentamiento antes de un combate.

Alguien tocó una campana dando el aviso.

Ambos luchadores se saludaron con una leve inclinación de cabeza, a modo de respeto.

Comenzó la pelea.

David empezó a dar vueltas de izquierda a derecha. Su adversario le cogió la nuca con una mano, manteniendo el codo bajado y apretado contra su mandíbula y pecho. Presionó el cuello de David, tirándole a la derecha, a la izquierda, atrás y adelante; parecía un muñeco en manos de un adulto, manejándolo a su conveniencia. Hubo gente alrededor que soltó comentarios jocosos y otros rieron. Pero David hizo un movimiento, liberándose de la presión.

La prematura embestida del gigante delató su entrenamiento; ahora su respiración era más trabajosa debido a su sobresfuerzo. David ya sabía qué técnica era la más efectiva si quería vencer a su contrincante.

Le lanzó la mano derecha tras el cuello y, al mismo tiempo, tiró de su cabeza adelante y abajo. El hombre intentó evadirse, pero David se giró hacia un lateral con suma rapidez y le pasó su brazo por el cuello, poniéndole el antebrazo bajo la barbilla y agarrando esta con su mano izquierda.

En ese instante, David arqueó la espalda, manteniendo la cabeza de su adversario atrapada contra su pecho. El hombre era tan grande y pesado que por un instante pareció que no tenía la fuerza necesaria para alzarlo, pero se agachó un poco más, y como si estuviera haciendo una sentadilla con un gran peso sobre sus hombros, se lanzó hacia un lateral, propulsando al gigante por el aire hasta hacerlo caer en la arena.

La gente aplaudió. David se giró en el suelo, situándose debajo del pesado cuerpo del gigante, y le presionó la tráquea y la carótida con los bíceps mientras su oponente intentaba frenéticamente en vano cogerle por las caderas. Siguió forcejeando, pero David, con todos sus músculos tensados, le oprimía más el cuello.

El gigante, con toda la musculatura de su cuello hinchada, agitó los brazos tratando con desesperación de coger por algún sitio a David. A pesar de sus terribles forcejeos tuvo que desistir y, en un ademán de rendición, con la palma de su mano derecha golpeó con violencia de forma repetida en la arena.

Desde la distancia, alumno y maestro intercambiaron una mirada entre el júbilo de los demás luchadores del *akhara*, que vitoreaban a David.

Guru asintió, dando visibles muestras de orgullo.

11

Era ya de noche cuando David Ribas se internó en el tráfico conduciendo su moto Royal Enfield con su sonido agudo y vibrante característico. El congestionado tráfico de Bombay convertía a la ciudad en una especie de manicomio de contaminación y polución acústica las veinticuatro horas del día.

No sabía a dónde se dirigía. Lo único que importaba era que llegara a un lugar donde pudiera estar tranquilo durante un tiempo y entonces volvería a su actividad diaria. Necesitaba tomar un respiro aunque solo fuera por un par de horas.

Se dirigió hacia el oeste de Bandra y luego recorrió la carretera llena de curvas en dirección a la playa. Aparcó y cruzó los puestos de comida callejera de todo tipo, especialmente china, arábica y local. Se compró unos momos calientes y se los comió mientras caminaba por el paseo marítimo.

Fue hasta la arena. Había parejas de ancianos que regresaban a sus casas tras haber dado su paseo diario de la tarde. A su espalda, vendedores de helados ofrecían en voz alta su mercancía, empujando sus cajas metálicas con ruedas. A pocos metros unos jóvenes pagaban por subirse a unos caballos famélicos entre risas y gritos de temor. Muchos niños corrían de aquí para allá. Un grupo de chicas, cogidas de las manos, se mojaban los pies en la orilla del mar mientras se reían.

David se sentó sobre unas rocas, de cara al mar, que chocaba a un ritmo constante contra las plataformas de ladrillo y cemento. Sintió placer con la brisa alborotando su cabello. Por unos instantes encontró paz.

Una vez de vuelta en la carretera se paró ante un semáforo. Un coche se situó en el carril de al lado y una moto detrás; su conductor era físicamente grande y llevaba un casco con visera oscura para evitar mostrar su rostro.

Durante todo el tiempo de espera hasta que se encendió la luz verde, David estuvo en alerta. Sentía el peligro, aunque no pudiera ver la pistola que tenía el conductor del coche y que estaba a punto de levantar por la ventanilla para dispararle. También por parte del motorista que hacía amago de meterse la mano por la chaqueta para sacar un arma. Antes de que esto pudiera suceder el semáforo cambió de color y David enfiló a toda velocidad por la calzada.

Vivía en constante peligro desde que hacía años comenzó a

trabajar para Hassena. Durante ese tiempo se había ganado la enemistad de mucha gente poderosa, quienes habían jurado matarlo. Por este motivo, asesinos profesionales viajaban incluso desde el extranjero para cumplir la amenaza.

Estuvo conduciendo cerca de media hora hasta que presintió que había perdido a los sicarios. Entonces, se dirigió a su apartamento.

Al llegar arriba, la alarma que había instalado en la puerta, un pequeño trozo de papel, estaba en el suelo del pasillo, indicando que alguien había entrado.

Abrió la puerta con cuidado, encendió el interruptor y miró alrededor. No había nadie. Cerró la puerta a su espalda. Echó un vistazo al baño. Nada. No vio indicio de que alguien hubiese rebuscado en sus pocas pertenencias o hubiese escondido algo.

Se quedó un rato de pie analizando la situación. Entonces, encendió el ventilador de techo.

De una mochila sacó una pistola, la revisó con rápidos movimientos y la dejó cargada debajo de la almohada. Se dejó caer vestido sobre la cama.

Oía una estridente canción de una antigua película de Bollywood que sonaba del exterior. Y por el otro lado de la pared los vecinos tenían la televisión a alto volumen; emitían una serie de asesinatos, adulterios e intrigas.

No se molestó en cerrar la ventana, desde donde se extendía un océano de chabolas miserables en las que se hacinaban decenas de millares de personas.

Hacía mucho calor y ya estaba acostumbrado a dormir con ruido. David exhaló un ligero suspiro y cerró los ojos. Entonces los abrió de golpe. «¡Mierda!», se dijo.

Muy despacio se echó al suelo. Miró debajo de la cama: había un explosivo adherido al somier con cinta aislante.

David se encontraba a pocos centímetros de la eternidad.

12

La bomba no llevaba temporizador, lo que quería decir que contenía un detonador y un receptor que se activaba por control remoto. Debía de darse prisa para desactivarla. Alguien habría por los alrededores del edificio pendiente de activar el explosivo cuando lo creyese conveniente.

Cortó unos cables entre la carga explosiva y el detonador. Quitó el aparato de la cinta aislante y salió de debajo de la cama. Rompió más el artefacto golpeándolo contra el suelo. Se aproximó a la ventana y lanzó por los aires las partes destrozadas a un enorme contenedor lleno de basura situado junto a un ancho arroyo de aguas residuales que bordeaba la zona de chabolas.

Volvió a tumbarse en la cama. No tardó en sumirse en el sueño. Pero al cabo de dos horas sus ojos se abrieron del todo. Su instinto le advertía de un peligro inminente.

Permaneció inmóvil escrutando la oscuridad de su habitación, escuchando el ruido rítmico de su respiración.

Se dio cuenta de que la amenaza aún no estaba presente. Esperó, atento ante cualquier sonido extraño que le alarmara. El roce de un calzado sobre el suelo de cemento del pasillo al otro lado de la puerta principal se lo confirmó. Metió la mano por debajo de la almohada y agarró la pistola.

La puerta de su apartamento comenzó a abrirse muy despacio. Cortando la oscuridad como un cuchillo se proyectó una raya vertical de luz sobre la cama que llegaba del exterior. Una sombra entró y cerró de nuevo, lentamente, la puerta a su espalda.

Se oyeron varios estampidos amortiguados de disparos procedentes de una pistola con silenciador. El intruso había perforado la cama, pensando que David se encontraba dormido. Sin embargo, él, estirando la mano, encendió la luz. Antes de que el asesino, sorprendido, pudiera girarse y apretar el gatillo de nuevo, David, agazapado y en la postura clásica de un tirador, le disparó en la cabeza.

Se acercó a su víctima y examinó su aspecto. No era indio. Tenía aspecto caucásico. Por su corpulencia supo que era el conductor de la moto que antes había intentado matarle con ayuda de gente local, los del coche que se situaron a su lado en el semáforo.

Horas más tarde, por la mañana temprano, fue a reunirse con Hassena, la mujer temida y adorada por muchos habitantes de

Bombay.

Desde hacía más de una década David trabajaba para ella luchando en la India contra el tráfico humano y de órganos, las mafias extranjeras que operaban en el país, las bandas criminales rivales y el terrorismo nacional e internacional.

No hacía mucho él vivía en su propiedad, donde tenía un austero dormitorio en la planta superior. Pero buscando autonomía, había decidido irse a vivir a apartamentos de una sola habitación en barrios pobres de la ciudad, que iba cambiando cada cierto tiempo.

Hassena estaba sentada en su escritorio, leyendo la pantalla de un iPad con sus gafas bifocales. Vestía un *salwar kameez* con bordados y de color morado. Llevaba el cabello pulcramente peinado. Desde el tiempo que la conoció, jamás había logrado verla descansando o en actitud de reposo. Siempre estaba activa, enfocada en su trabajo y en ocasiones se preguntaba si dormía alguna vez.

Si no fuera porque dirigía un entramado multimillonario de contrabando y una red de extorsión, cualquiera diría que aquella era la imagen de una dirigente política de la talla de Sonia Gandhi.

En aquella mesa no solo había varias tazas llenas de bolígrafos, gomas elásticas, una grapadora, clips, chinchetas y muchos lápices, sino tres *smartphones* con un *software* especial a prueba de espionaje digno del mandatario de un país, y dos ordenadores portátiles Apple; todos aparatos electrónicos de última gama, no disponibles todavía en el mercado. Habían sido minuciosamente manipulados por los expertos en informática que tenía bajo sueldo, un enjambre de personas hackeando cuentas que sobrepasarían en conocimiento informático al mejor técnico de Silicon Valley.

Un criado sirvió dos tazas de té masala.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Hassena.

Él bebió un trago de té. Se sentía muy cansado. Era la cafeína y el azúcar con lo que lograba coger energías.

—Muy bien —respondió David.

—Pues la verdad es que tienes mal aspecto —comentó ella al cabo de un instante tras sorber su té—. Me han dicho que esta madrugada tuviste un invitado mal intencionado.

—Sí, así fue.

—Tengo que repetirte una vez más que no debes de pasar más de un mes en un mismo sitio. De lo contrario tu presencia se hará notar y hay gente que recibe mucho dinero por dar la información de tu paradero. Me ocuparé de buscarte otra habitación en un lugar más seguro, si esta vez no tienes inconveniente.

David se la quedó mirando.

—No, no lo tengo. Pero dime, ¿qué noticias tienes?

Hassena sacó una hoja y se la tendió.

—Este es el informe forense de Sameer. No murió de sobredosis como dice el parte médico oficial en su diagnóstico, sino por lo que sospechábamos, por el consumo de un sucedáneo de ese tipo de droga llamada fentanilo. El producto es simplemente veneno. A su lado, la cocaína parece un azucarillo. Además que es superadictivo y en dos o tres meses te destruye el cuerpo. Usarlo es como implantarte una bomba de tiempo. Pero tan solo bastó una inocente pastilla para matar al chico de golpe.

—Tengo que averiguar de dónde la traen.

—Tú conoces la cultura india y sus gentes. Dales un prototipo y lo copian mejor que nadie. Eso mismo han hecho con esa droga, aunque usando una calidad muy mala que empeora los síntomas de adicción y acelera la muerte repentina.

David presintió por el tono de su voz que ella tenía un plan establecido para acabar con el tráfico de drogas. Decidió anticiparse y preguntó:

—Hassena, ¿qué tienes para mí?

—Vas a viajar a Los Ángeles.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido.

—Sí. Me he reunido con los padres de Katrina Khan.

—¿La hija del dueño del grupo empresarial Khan Industries, que falleció hace unos días?

—Así es. Ellos han recibido una llamada del padre de una compañera de su hija, llamada Jennifer. Las dos eran muy amigas. Fallecieron ellas dos y un compañero al consumir una droga derivada del fentanilo. El padre de Jennifer —Leyó el nombre en la pantalla de su teléfono móvil—, se llama Roberto Ortega, es policía y les ha hecho saber que ha averiguado quién distribuye fentanilo y demás drogas en Los Ángeles. Les ha jurado que, en recuerdo de sus hijas, está decidido a acabar con esas personas de una vez por todas —Ella le miró fijamente y levantó las cejas para dar más énfasis a sus palabras—. Desde luego no lo hace como agente de policía, por eso pensé que tú encajarías a su lado.

—Nunca he viajado tan lejos. ¿Estás convencida de que hay una conexión?

—Sí que la hay. Desde Estados Unidos es de donde aprueban el envío de mercancía a la India. Acabando con ellos eliminaremos la línea de distribución a este país. Una vez hecho, aquí darás con la cabeza de la serpiente. Estoy convencida. Y si cortas la cabeza, destruirás por completo su organización.

—El cártel que opera en la India debe de tener comprada a la policía y a políticos regionales.

—Y puede operar desde distintos lugares del país. Por eso es necesario que viajes a California, te reúnas con esa persona y

averigües quién es el contacto en Estados Unidos con los indios. David, tu cólera es tan grande que más pronto que tarde serás incapaz de controlarla. Si se desborda quién sabe cuáles serán las consecuencias.

—¿Cuál va a ser mi cobertura? Un policía de origen hispano no creo que admita que yo sea indio o familiar de Katrina.

—Les he dicho que manden un mensaje a Roberto Ortega diciéndole que han contratado a un detective privado español. Y que desde Madrid viajará a reunirse con él para darle cobertura porque quieren estar seguros de que los narcos pagarán por la muerte de su hija.

Tras un instante, asintió con la cabeza y añadió:

—Si tengo que viajar a los Estados Unidos tendré que hablar con Sikandar Rao para poder utilizar uno de sus aviones privados. No puedo coger aviones comerciales haciendo escalas en distintos puntos del mundo. Las posibilidades de que las agencias de inteligencia extranjeras se enteren de mi presencia en sus países serían mayores.

Sikandar Rao era hijo de un millonario empresario descendiente de un maharajá bengalí. David le había salvado la vida en una ocasión y desde entonces Sikandar había quedado en deuda con él.

Era un gran empresario y un gran maestro del sutil arte de manejarse por los canales oficiales de la India para saltarse la burocracia y el papeleo. Es decir, sabía a qué político o funcionario sobornar, cuándo y cómo. Como experto en cultivar relaciones y mantener contentos a funcionarios recibía información privilegiada que favorecía a sus negocios.

—Ya me he adelantado yo. Te espera en sus oficinas del edificio Rao Tower.

—Entonces, no hay más tiempo que esperar.

Hassena lanzó una mirada a David. No lo había visto tan sediento de sangre desde hacía tiempo.

—Recuerda lo que te dije en su día. Si quieres que encaje tu vida en la India con tus ideas occidentales, olvídalo. Acabará siendo la causa de tu muerte o peor todavía, la de otros. Aquí hay que estar enganchado a una realidad distinta. De otro modo un occidental jamás podrá comprender la idiosincrasia del país. Para nosotros los indios la muerte significa un proceso que nos lleva de un plano de la realidad a otro. Sabemos y somos conscientes de la muerte, pero los occidentales no quieren verla ni asumir ese final. Comprendo lo mucho que te ha afectado la muerte de Sameer, pero lleva cierto cuidado, cierta precaución y sé precavido llegado el momento.

David sonrió y dijo con ironía:

—Por favor, Hassena. Intenta dejar a un lado tus emociones. Son demasiado peligrosas en un trabajo como el que haces.

—¿Acaso tu trabajo de destruir la red de narcotráfico se diferencia de otros?

—Sí, porque es personal.

Hassena guardó silencio mientras le mantenía la mirada. Asintió al fin, aprobando su forma de pensar.

—Entonces, aprovecha el momento. ¡A la mierda los riesgos! ¡Al diablo con todos! Sigue adelante. Quiero que acabes con esa maldita cosa y la saques de las calles de Bombay.

David se dirigió hacia la puerta. Se giró y dijo muy serio y seguro de sí mismo:

—Desde luego que lo haré.

13

Sikandar Rao vivía con opulencia y dinero interminable. Era el típico súpermillonario indio que lo había heredado todo de sus familiares y que desprendía un aire de prepotencia y engreimiento por todos los poros de su piel porque sabía lo afortunado que era por haber sido rico siempre. En ocasiones ni se molestaba ni a mirar a sus empleados a la cara cuando lo saludaban. Era alto, esbelto, de piel oscura. Tenía los ojos duros, la nariz afilada y el cabello negro abundante, fino, echado hacia atrás. Su rostro le daba cierto parecido a una joven estrella del cine indio de Bombay, Bollywood, como popularmente se lo conoce.

Se movía siempre con escolta armada debido a recientes intentos de secuestro. Aquel grupo de seguridad iba en coches de gama alta, guardando las distancias, cuando su jefe iba de un lugar a otro. Estaban atentos a cualquier eventual peligro.

Cuando David llegó al despacho de la octava planta del edificio Rao Tower, escoltado por el servicio de seguridad, Sikandar se levantó de su escritorio para saludarlo. Iba vestido con traje azul claro hecho a medida de Louis Vuitton.

Como sus antepasados maharajás, famosos por su extravagancia y frivolidad, él era excéntrico de principio a fin. En ocasiones portaba un turbante, vestido como si fuera a ser inmortalizado para un exclusivo catálogo de moda de lujo. Pero desde hacía poco le gustaba ir con el cabello recogido en una coleta.

—Hola, David —dijo, dándole un caluroso abrazo—. Encantado de volver a verte.

Tomaron asiento en sofás de cuero junto a la ventana. Al otro lado del cristal se divisaba el mar Arábico. Había unas vistas impresionantes.

David Ribas le había salvado la vida en un intento de asesinato durante un safari fotográfico en la Reserva de Tigres Similipal, en el estado de Orissa, al este del país. Los participantes eran miembros de un elitista club de Bombay, que habían viajado hasta el santuario animal con el fin de captar exclusivas imágenes de especies exóticas. Aquel momento fue aprovechado por terroristas para emboscar al millonario sij. David se enfrentó a ellos y consiguió salvar a Sikandar.

Más tarde se supo que los perpetradores pertenecían a un comando naxalita y habrían intentado llevar a cabo una matanza en el safari para llamar la atención de los medios de comunicación y

conseguir que se escucharan sus reivindicaciones. Desde entonces, Sikandar había quedado en deuda con el español.

—¿Qué tal te va todo? —preguntó David.

Sikandar extendió los brazos al aire.

—Comprando, vendiendo y ganando. Aunque tras la época de pandemia se ralentizaron las ventas, el último año subieron nuestras ganancias, y durante este esperamos que sigan creciendo hasta alcanzar nuestras expectativas de ventas. Oye, y todo ¡legítimo!

Ambos rieron.

—Ya lo sé, Sikandar.

—¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo? La última vez que supe de ti estabas peleándote con unos constructores.

Hacía poco, unos gánsteres se apoderaron de los terrenos de unos agricultores. Pagaron a funcionarios de la municipalidad para obtener documentos de propiedad con el fin de revenderlo a otra empresa, para la construcción de un hotel de una conocida cadena hotelera. David lo impidió, enfrentándose a ellos.

—Aquello se solucionó y el terreno volvió a sus verdaderos propietarios.

—Por lo que oí, no solo mandaste a los gánsteres a la alcantarilla de la que habían salido, sino que los enterraste en una carretera con cemento.

David se encogió de hombros.

—Habladurías.

—Por cierto, mi oferta de contratarte está aún sobre la mesa. Podrías ser un hombre muy rico en la India.

David sonrió.

—Gracias, pero no.

—Te admiro, pero no llego a comprender que sigas viviendo como un nómada, sin propiedad alguna, durmiendo en lugares diferentes, de forma precaria.

—Tengo todo cuanto necesito.

—¿Y qué pasará el día que Hassena *madame* ya no esté bajo tu protección? ¿Te lo has llegado a preguntar?

—Cuando llegue ese día, entonces pensaré qué opciones tengo.

Sikandar le señaló con el índice para remarcar sus palabras.

—Aquí tendrás seguridad económica y estabilidad. Cuento contigo. —Se recostó en el asiento, apoyando el codo en el reposabrazos y la barbilla en los nudillos—. Pero dime, ¿qué ha sucedido? Hassena *madame* me dijo que querías hablarme de algo importante.

David le contó los hechos sucedidos con Sameer y la venta y distribución de fentanilo en las calles de Bombay. También la conversación de Hassena mantenida con el padre de Katrina Khan

sobre la información de Roberto Ortega.

—¿Crees que hay un nexo entre los sucedido en la otra punta del mundo con el tráfico de drogas aquí en Bombay?

—Sí, porque la transportan de México a California, y quienes estén involucrados tienen que ver de algún modo u otro en el contrabando de fentanilo a la India. También cabe la posibilidad de que reciban aquí la materia prima y hagan uso de refinadoras clandestinas para fabricar la droga.

Sikandar alzó las cejas mostrando sorpresa.

—A mí me parece muy improbable.

David no reaccionó, solo siguió mirándolo.

—Solo podré saberlo viajando a Los Ángeles y reuniéndome con esa persona.

—Pero ¿te has puesto a pensar quién mató a ese chico aquí en Bombay?

David notó un tono de hostilidad contrario al que siempre había mostrado. Le daba la impresión de que se sentía inquieto.

—La droga, Sikandar. La gente que la vende y distribuye.

—Y ¿qué pretendes? ¿Ir como Gene Hackman en *French Connection*, matando a diestro y siniestro a todo el que veas sospechoso? Esto es más difícil de lograr de lo que tú, un extranjero, puedes imaginar. —Mirando hacia otra parte añadió con un tono resignado, como si quisiera evitar seguir hablando sobre el tema—: Por cierto, creo que hicieron un *remake* en Bollywood. Pero no estoy seguro.

—Llevo viviendo muchos años aquí y hablo tu idioma. Creo que considerarme un extranjero, como despectivamente me llamas…

—Un momento, David. No quería ofenderte.

—No lo has hecho, pero tu comentario ha sonado despectivo. Lo que me sorprende viniendo de ti. Además, te comportas como si este asunto te afectara de algún modo.

Sikandar sonrió incómodo al darse cuenta de que con su indiscreto comentario había ido demasiado lejos. Sabía que el español era una persona con un carácter a veces impredecible y duro.

—No es una observación racista. No lo interpretes de ese modo. Te pido disculpas. Lo que quería decir es que a nosotros los indios no nos gusta la improvisación. ¿Qué quiero decir con esto? Que la naturaleza en su estado más salvaje nos asusta, la rechazamos, nos da miedo. ¿Y qué hemos hecho desde hace siglos? Pues crear deidades y venerarlas todo este tiempo para reforzar ese miedo. La gente se siente más tranquila rezando a un elefante con aspecto de hombre o a un dios mono.

—Con el tiempo he aprendido que el concepto de justicia tiene muchas maneras de interpretarse.

—Porque esto es la India, David. Aquí nadie ha oído hablar de la justicia como en Occidente. Aquí es como en la naturaleza salvaje. Solo existe la vida y la muerte, nada de tal cosa como la justicia. —Se sacó el teléfono móvil del bolsillo y vio distraídamente la pantalla, aquel gesto no pasó desapercibido para David, que lo interpretó como si quisiera terminar la reunión: de nuevo un comportamiento impropio de él. Luego se guardó el móvil, lo miró a los ojos y levantando las cejas preguntó—: Dime, ¿qué puedo hacer por ti, David?

14

David Ribas se encontraba durmiendo agitadamente en el avión privado, un moderno Gulfstream propiedad de Sikandar Rao, soñando con sombras. Habían hecho escala en París, luego en Miami, y en esos momentos cruzaban los Estados Unidos de América.

El millonario sij se lo había prestado y además mostrado cualquier disposición a ayudarle. Tanto la tripulación, compuesta de un piloto y un ayudante de cabina, como el aparato, quedarían a la espera en el aeropuerto de llegada, pendientes de su regreso.

En el sueño veía a su esposa Cristina, sonriendo a su lado. Andaban por una playa del mediterráneo español. A continuación, se tumbaron en la arena. Él se quitó las gafas de sol y la contempló. La luz del sol moteaba el rostro de ella, que no dejaba de reír y de hablar, dando alternativamente volumen y relieve a sus facciones.

David rio a su vez y la observaba con cariño. Ella volvió a sonreír, mostrando sus dientes blancos y parejos, y le tendió una mano para que se levantara. Pero enseguida una sombra se apoderó de ella, como si de forma inesperada hubiera sucedido un eclipse. David hizo amago de levantarse al tiempo que alargaba su brazo para cogerle la mano, pero cuando consiguió enderezarse Cristina estaba a mucha distancia de él.

David gritó su nombre una y otra vez, pero un ruido que iba paulatinamente aumentando se apoderaba de sus palabras. Entonces, despertó sobresaltado, zarandeado por el ayudante de cabina.

—Disculpe, pero vamos a iniciar el aterrizaje. Ponga el asiento en posición vertical y mantenga el cinturón abrochado. Gracias.

Por la ventanilla se observaba la inmensa ciudad de Los Ángeles. Había comenzado a amanecer. Aún se veían multitudes de luces encendidas. El cielo estaba claro y limpio de nubes, presagiando un día soleado. Tras veinte horas de viaje, por fin aterrizaron.

Una vez que pasó inmigración y aduana con su nuevo pasaporte falso que le había facilitado Hassena, salió de la zona por unas opacas puertas corredizas en dirección hacia la salida, que se abrieron a la multitud que esperaba.

Escudriñó los rostros mientras caminaba despacio, preguntándose quién, entre esos ojos de mirada expectante era Roberto Ortega.

Entonces leyó un papel que anunciaba «Antonio Moreno», que sostenía un hombre de aspecto hispano. David levantó el brazo.

—Bienvenido, amigo —dijo Roberto dándole un fuerte apretón de

manos.

—Gracias. Usted debe ser el señor Ortega.

—Llámame, Rob. —Señaló hacia atrás—. ¿No te ha llegado el equipaje?

David abrió los brazos indicando la ropa que llevaba puesta.

—Esto es todo lo que llevo.

Roberto se encogió de hombros.

—Supongo que será en base a tu experiencia, amigo. Si necesitas ropa nueva siempre podemos parar en alguna tienda.

—Gracias, pero por el momento estoy bien.

Camino del *parking*, David encontró agradable el clima de California. El aire era cálido.

Una vez dentro del coche de Roberto, este dijo:

—Creo que, antes que nada, tomaremos un buen desayuno.

—Me parece bien —dijo David—. Bonito coche.

Roberto arrancó el motor.

—Gracias. Un Chevrolet Chevelle SS de 1970. Se lo compré a un *stuntman* de Hollywood, ya sabes, esos especialistas de acciones de riesgo. He sido siempre un enamorado de este diseño. Cuando vi el anuncio en una revista, no lo dudé un instante y llamé. El dueño me hizo una contraoferta y desde hace cuatro años es parte de mi vida.

La carretera era una cinta de cemento y alquitrán, marcada con interminables huellas de neumáticos. Manipulando distraídamente la radio, Roberto captó por casualidad la voz de The Righteous Brothers cantando *You've Lost That Lovin' Feelin'*.

David lo observó y vio que se estaba emocionando; las lágrimas surcaban de su rostro. En un momento dado, Roberto giró el volante y estacionó en la cuneta.

—Esta era una de las canciones favoritas de mi hija. —Se cubrió el rostro con ambas manos. Luego continuó—. No, no era anticuada. También le gustaba la música actual. Ella era mi vida… —Cerró el puño, lo alzó y miró con atención a David—. Te juro que acabaré con el maldito bastardo que está poniendo esa droga en las calles.

Tras aquel breve instante, se unieron de nuevo al tráfico de la carretera de carriles gris claros.

David no recordaba haber visto tantos modelos de coches en tan poco tiempo. Observó en ambos laterales de la calzada varios carteles enormes y llamativos entre palmeras anunciando películas de Hollywood y series de televisión.

—Bienvenido a Los Ángeles —le dijo Roberto mientras los compases de la canción continuaban sonando.

Al cabo de veinte minutos, Roberto estacionó en el *parking* de un In-N-Out Burger, y entraron en el restaurante.

David ojeó la carta, para dejarla enseguida en un lateral de la

mesa.

—Tomaré lo que tú te pidas.

—Estupendo.

Roberto llamó a la camarera y le indicó dos menús. Luego miró a los ojos de David. Su expresión era sombría.

—A mí me enseñaron que la ley es todo —dijo—. Que es el camino, la verdad, la luz para no caer en la anarquía. Pero hay situaciones en las que, si te encuentras desamparado, tienes que tomarte la justicia por tu mano. Está mal decirlo, sobre todo en boca de un policía, pero no existe otro remedio para acabar con esto. O los destruimos o son ellos los que nos destruyen.

David iba a hablar, pero el móvil de Roberto sonó, y contestó.

—Muy bien —dijo al aparato—. Sí, sé dónde es. Llevaré cuidado. Ahora puedes irte. Te debo una. Gracias. —Cuando colgó, se inclinó por encima de la mesa—. Me acaba de llamar una persona que me debía un favor. Un criminal de poca monta que pillamos robando comida en un supermercado mientras patrullábamos un compañero y yo. Robaba para dar de comer a su familia. Evité que el gerente pusiera la denuncia pagando yo la factura. Como era mecánico, le recomendé un puesto en el taller de un conocido mío. Al enterarse sobre la muerte de mi hija, me dijo que haría todo cuanto estuviera en su mano para ayudarme. Desde hace cuatro días y noches llevaba vigilando la casa de Steve Gilligan. Me acaba de confirmar que acaba de aparecer y lo ha visto entrar en su casa.

Con un rápido movimiento tocó la pantalla táctil de su teléfono y le mostró por encima de la mesa la imagen de un hombre de mandíbula cuadrada, cuello grueso y pelo rubio corto; algo de aquel rígido rostro indicaba que era una persona bien provista de músculos.

—Este es el que está trayendo esa mierda de droga a las calles —prosiguió—. Desde que tenía veinte años, estuvo en bandas callejeras. Luego se dedicó al tráfico de personas. En tres ocasiones estuvo detenido y lo encarcelaron. Pero fue puesto de patitas en la calle por falta de pruebas concluyentes. Aunque se sospecha que sobornaba a los jueces. Y ahora tiene su propia organización criminal que trafica con marihuana, cocaína, heroína y fentanilo.

—A mí se me ha quitado el apetito —dijo David con aspecto serio.

Roberto se levantó del asiento y pagó la cuenta, dejando sobre la mesa varios billetes.

—Entonces, ¿para qué esperar? ¡Vamos, amigo!

Al entrar en el vehículo fue cuando David se dio cuenta de que los estaban vigilando.

—Espera, Rob. ¿Ves ese coche rojo estacionado en la acera de enfrente? —preguntó señalando un Nissan Altima.

—Sí, ¿y?

—Te ha seguido al aeropuerto y ahora hasta aquí. Esto quiere decir que Gilligan te mantiene vigilado porque sabe que tu intención es ir a por él.

Sin pensárselo dos veces, Roberto abrió la puerta y saltó fuera. Sacó su pistola de la sobaquera y corrió hacia el coche. El conductor, al verlo llegar, aceleró, pero con tal mala fortuna que chocó contra otro coche que iba en sentido contrario.

—¡Alto! —gritó Roberto.

El conductor del Nissan retrocedió y rápidamente aceleró, dándose a la fuga. Roberto corrió por la calzada, vio una bicicleta de montaña y se subió en ella, pedaleando por una calle paralela e inclinándose sobre el manillar.

David tomó asiento frente al volante del Chevrolet, y arrancó.

Roberto quería cogerlos por sorpresa ante el semáforo de la avenida principal. Ahí vio el Nissan. Saltó de la bicicleta, tirándola a un lado. Pero al aproximarse vio bajarse el cristal oscuro de la ventanilla del conductor. Un cañón de arma de fuego apareció por ahí.

Roberto se tiró al suelo, poniéndose a cubierto detrás de un coche aparcado. Cuando se asomó, apuntando con su pistola, el Nissan circulaba a toda velocidad calle abajo.

David llegó, frenando a su altura.

—¿Estás bien?

Roberto se sacudió los pantalones y se guardó el arma. David se cambió de asiento.

—Será mejor que vayamos de inmediato a por Gilligan —dijo sentándose frente al volante—. Ya estará advertido de que estamos detrás de él y que no nos andamos con tonterías. —Mientras conducía, se giró hacia David—. Has tenido buen ojo. Yo no lo había notado.

David se encogió de hombros.

—La experiencia, amigo. La experiencia.

Roberto sonrió.

15

Bajaron por el sinuoso Mulholland Drive, y desde allí hasta la periferia de la ciudad por la autopista.

A Roberto no le resultó difícil encontrar la casa de Gilligan. Estaba sobre una colina con vistas al mar. No era una arquitectura típica tradicional, tenía un diseño exterior muy moderno. Las casas del vecindario estaban cerradas. No había tráfico en la carretera aparte de algún otro coche.

—Son viviendas costeras —comentó Roberto, mirando en derredor—. Los inquilinos vienen en pleno verano. Es un lugar donde por costumbre hacen barbacoas por las noches en la playa.

Aparcaron el coche a cierta distancia de la casa, dentro de un sendero rodeado de árboles, donde no podría ser visto desde la carretera.

—Necesitaría un arma si las cosas se ponen complicadas —dijo David.

Roberto abrió el maletero, sacó un chaleco antibalas y se lo ofreció a David. Él se puso otro.

—Ni hablar, Antonio. Si mataras a alguien, no podría cubrirte. Acabaría yo en la cárcel. Tú mantente cerca de mí. Al menos me has asegurado que tienes buen ojo. Deja esto para los profesionales.

Al entrar en la propiedad, no había ningún coche aparcado, pero sí marcas de neumáticos. Una ligera brisa, proveniente de la playa, sopló en sus rostros.

La puerta principal era blindada y las ventanas estaban cerradas con un mecanismo interior.

—Tendremos que ir por detrás.

Roberto señaló una puerta de madera con la pintura corroída.

—Este tipo de cerraduras no presentan problema alguno —susurró dando un golpe seco en el picaporte, abriéndose la puerta; tanto la madera como las bisagras y la cerradura estaban corroídas por la sal y el mal mantenimiento.

Accedieron a un sótano. Roberto sacó una pequeña linterna led y alumbró con su potente luz el interior. David le siguió. Había muchas latas de gasolina de cuarenta litros, unas vacías y otras llenas. Después de alumbrar a todos los objetos apilados en los laterales y asegurarse de que no había droga de ningún tipo, subieron por las escaleras.

Accedieron a un pasillo y de ahí al salón. La decoración era precaria, pero aunque la vivienda tenía un tipo de interiorismo

austero y frío, todo era moderno y muy caro. Roberto se guardó la linterna y silbó, admirando las vistas. A través de las cortinas abiertas se podía ver un camino de madera que cruzaba las dunas hacia la desierta playa.

—No creo que encontremos aquí pruebas que le incriminen —comentó David—. Parece una vivienda de descanso. Ni siquiera tiene cámaras de vigilancia.

Roberto sonrió, viendo el enorme televisor de pantalla plana que colgaba de la pared.

—No puedo evitar cierta sensación de envidia involuntaria. Cuando se es policía debes tener una fuerte disciplina mental para soportar tu precario salario. Solo tras el transcurso de los años lo puedes ver incrementado. Y estos tipejos desde los veinte años están conduciendo coches de gama alta y vistiendo ropa de marca.

Después pasaron a la cocina, equipada con toda clase de aparatos modernos. Solo la máquina de hacer café costaría el salario mensual de un policía de Los Ángeles. Había buenos vinos colocados en unas repisas. Sin embargo, no había fotografías por ningún lado ni nada parecido que pudiera decir algo sobre la vida privada del narcotraficante.

Subieron a la planta de arriba. El dormitorio principal era suntuoso. Había una habitación anexa que daba a la parte principal de la vivienda. La pared central era toda acristalada y estaba frente al mar. Al igual que en el resto de la casa no había nada personal en los estantes ni por ningún lado.

David abrió unos cajones empotrados. Hizo un gesto a Roberto, y tras echarle un vistazo, silbó.

—¡Madre mía! —exclamó mirando fajos y más fajos de billetes de cincuenta dólares precintados—. Debe de haber medio millón.

—Paga su tren de vida en efectivo.

—La forma clásica para evadir impuestos y no ser vigilado si lo hace con tarjetas.

En el enorme cuarto de baño encontraron varios frasquitos con somníferos y medicinas para calmar la ansiedad.

Roberto se disponía a hablar cuando David le hizo un gesto con la mano para que guardara silencio. Ambos escucharon muy quietos, a la espera de cualquier ruido, pero no oyeron nada.

En vista que el silencio se prolongaba, Roberto se encogió de hombros, mientras que David aún se esforzaba por captar algún ruido. De nuevo, Roberto entornó los ojos y se esmeró por prestar atención con el fin de que algo le pusiera en alerta. Entonces, se escucharon a tres personas hablar.

Roberto no esperó, guardando sigilo, fue hacia la ventana de la habitación anexa y vio aparcado el Nissan Altima y un Ford amarillo.

No los había oído llegar debido a las ventanas insonorizadas de aluminio del dormitorio. Se giró y asintió en silencio en dirección a David.

Los dos salieron de la habitación y se asomaron por las escaleras, pegados contra la pared junto a la puerta. Oyeron unos ruidos de pasos en el salón, al mismo tiempo que vieron tres sombras. Captaron frases entrecortadas de la conversación.

Uno de ellos tenía la piel morena y hablaba en inglés con acento asiático, quizá era indio o pakistaní. Tenía un aspecto apuesto, como un actor de cine de Bollywood. David llegó a ver su rostro, parecía el famoso Shahrukh Khan que había encarnado papeles protagónicos en muchas superproducciones indias. Al escucharlo con más atención, dedujo que era de la India.

El indio no dejaba de hablar sobre una mercancía que tenía en la lancha que estaba amarrada en el embarcadero y que convenía trasportarla cuanto antes a tierra.

Ahora Gilligan le ofrecía ganancias muy altas. Hasta un quince por ciento de la operación a cambio de que se ocupara de la logística. Su apetito por vender droga era legendario. Quería que el tráfico de estupefacientes, en especial el de fentanilo, dependiese exclusivamente de él.

«Mentir se le da muy bien», pensó Roberto. Se había pasado toda su vida de adulto engañando a la gente con gran pericia. Él sabía bien que embarcaciones de alta potencia podían recorrer cincuenta kilómetros en pocos minutos, tiempo suficiente para cargar en plena noche y regresar al otro lado de la frontera con México a toda velocidad para descargar.

El indio estaba junto a la ventana bebiendo a lentos sorbos una cerveza.

—Da gusto hacer negocios con profesionales —continuó; su voz era tensa, aguda, como si de un momento a otro estuviera a punto de perder los nervios—. Daré la orden de que te transfieran la cantidad acordada a tu cuenta en Delaware.

—Lo que quiero es que te encargues tú mismo del mercado del sudeste asiático. Es una operación muy delicada. Meternos en el mercado indio ha sido nuestro gran golpe de suerte. Estamos recibiendo cantidades de dinero ilimitadas.

—Pero…

—No hay pero que valga. Si te preocupa ese entrometido policía, más pronto que tarde daremos con él.

—Lo que te quiero decir es que nuestros contactos en la India comienzan a demandarnos más mercancía para ponerla en las calles, y estamos quedándonos sin droga. No podemos permitirnos el lujo de que nuestro negocio no nos salga bien.

David se dio cuenta de que la tercera persona que había con ellos permanecía al margen. Intentó hacer un gesto a Roberto, pero él, aferrando el revólver con las dos manos y sin perder de vista el salón, bajó las escaleras.

Cuando sopesó el ángulo apropiado, gritó:

—Quieto, Gilligan.

No pudo evitar recibir un golpe en la cabeza por la espalda. La pistola salió despedida por el suelo. Estaba arrodillado cuando de pronto una fuerza que se concentraba en una sombra cerca de él le apuñaló con saña en un costado por debajo del chaleco antibalas.

David corrió, vio el cuerpo caído de Roberto, cogió la pistola y se tiró al suelo como un tirador que se agazapa, sujetando el arma con ambas manos.

En la periferia misma de su campo visual, percibió un movimiento. Un hombre se abalanzó sobre él. David le disparó sin dar la impresión de haber movido siquiera el cañón de la pistola.

Gilligan le arrojó una estatua de mármol, pero David la esquivó y luego disparó. Comenzó a salirle sangre a la altura del corazón. El rostro se contrajo y sus ojos se abrieron cuan grandes eran, al tiempo que caía de espaldas contra la pared y al suelo.

David registró el salón, apuntando en todas direcciones. No estaba el hombre de aspecto indio. La puerta corrediza que daba a la playa quedó abierta. Corrió hacia el exterior. Escrutó el paisaje. Nada. Habría huido.

No esperó. Salió corriendo hacia la playa. Lo vio dirigiéndose al embarcadero, apoyado en unos sólidos postes que se hundían en las profundidades y que se extendía veinte metros en el agua. Continuó su persecución.

Cuando el hombre saltó al muelle, David se paró, alzó el brazo y disparó, impactándole en el pecho, se desplomó.

El hombre se arrastraba sobre la superficie de madera, lisa y curtida por la intemperie, se dejó caer al interior de la embarcación.

David llegó a su encuentro. Lo vio intentando sacar un arma del interior de un asiento cajonero.

—Quédate quieto.

—No —murmuró.

David le puso un pie sobre el brazo. El hombre pegó un sonoro grito, soltando la pistola que había agarrado.

—¿Eres indio? —le preguntó David en hindi.

El hombre se quedó sorprendido al escuchar su propio idioma.

—¿Quién eres tú? —preguntó mientras su rostro pétreo palidecía.

David hizo una mueca.

—La última persona que veras en vida y que te propone un entierro digno para lograr el *moksha* tras tu muerte. Solo tienes que

decirme quién es vuestro contacto en la India.

El hombre parecía estar perdiendo el conocimiento.

—Se llama Kaali… —murmuró.

—¿Kaali? ¿Dónde puedo encontrarlo? —El hombre permanecía con los ojos abiertos, observando a David, pero este sabía que ya estaba a punto de cruzar el umbral del más allá—. ¿Kaali? ¿Dónde?

—Thapattai —pronunció antes de morir.

Tras echar un vistazo a la cubierta principal, cuando se disponía a volver a popa, vio un bidón de gasolina. Lo vertió sobre los paquetes de droga envueltos con tela gruesa que estaban bajo un plástico.

Saltó al embarcadero. Apuntó con cuidado y disparó contra el motor de estribor. Luego a diestro y siniestro. La lancha estalló en llamas.

David se apresuró en socorrer a Roberto, cuyos ojos se le saltaban por la presión que sentía. Le quitó el chaleco antibalas e inspeccionó la herida, taponándosela con una toalla que encontró en un armario de la cocina.

—Te pondrás bien —dijo.

Del bolsillo de Roberto sacó su teléfono móvil y alertó al 911 de la situación.

—Mi nombre es Roberto Ortega —dijo al operador—. Soy agente de policía. Me han herido. Repito, soy policía y estoy herido.

A continuación, dio la dirección.

Roberto estaba al borde mismo de la inconsciencia.

—¿Es esto la muerte?

—¿El qué?

—Verme así, inmovilizado.

—Tú no te vas a morir.

—Pero si muero hay un sitio en el que quiero que me entierren —dijo con un jadeo entrecortado.

—Todas las historias tienen un final feliz, y la tuya lo tendrá. No morirás, confía en mí.

Roberto trató de moverse, pero soltó un gemido de dolor. Respiraba de forma inquieta. Oyó cómo se llenaban y vaciaban sus pulmones, el latir de su corazón.

—¡Dios, este no es el final que yo quiero! —exclamó empezando a sentir pánico.

—Guarda la calma. Estando conmigo, no te va a pasar nada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—La experiencia, amigo.

Roberto sonrió. Fue cerrando los ojos poco a poco.

David limpió sus huellas en la pistola y se la puso a Roberto en una mano.

Debió de perder el conocimiento, porque de pronto se vio siendo

transportado en una camilla a una ambulancia. El corazón le latía rápido y el aire le parecía caliente en sus pulmones. Había mucha actividad en torno a él, justo fuera de su campo visual. Enseguida se quedó dormido.

En el interior de la vivienda de Gilligan, lámparas de aluminio mate iluminaban a las víctimas mientras un equipo de Criminalística sacaba fotografías. En la playa, los guardacostas habían bloqueado toda la boca de esa ensenada. La narcolancha no tardó en ser pasto de las llamas, las que, avivadas por la brisa suave que soplaba, se propagaron a todo el embarcadero.

Pronto el lugar se convertiría en un circo mediático. Las noticias corrían deprisa, más aún cuando en un mismo lugar una red criminal era desmantelada, narcotraficantes eran abatidos y había un policía herido.

16

Roberto estaba tumbado sobre un colchón elevado en la cama del hospital. El costado derecho de su cuerpo estaba amoratado, allí donde no lo cubrían las vendas. Tenía el cabello negro revuelto y unas marcadas ojeras, además de la incipiente barba. A su lado, Stella Robbins le tenía una mano agarrada.

Ella le acarició el rostro.

—Tienes que dejar de ser víctima de tus altibajos emocionales. Nada más —le dijo.

—Me van a utilizar como felpudo para hablar del tiroteo.

—No, Rob. Tu cuerpo y tu mente en estos momentos están protestando. Estás demasiado tiempo tumbado sin moverte y te vienen esos malditos pensamientos negativos. Estás acostumbrado a estar activo y de pie. Cuando los médicos lo aprueben comenzaremos con la rehabilitación. Te pondrás bien pronto.

—¿Tú crees?

—Mira, Rob, tu hazaña ha emocionado a mucha gente del Departamento. Nos ha emocionado mucho. El capitán te ha alabado, en la alcaldía te quieren poner una medalla y el comisario está pensando en ascenderte. Muéstrate tranquilo, con ánimos, ¿de acuerdo?

Él sonrió.

—No sé si podré…

—Escúchame, cabezón —dijo poniéndose en jarras—. Te advertí de no intervenir. Pero tú y tu maldito orgullo hispano. Te expusiste mucho.

—Stella…

—Nada de Stella… Así pues hazme caso. Ten confianza en ti mismo. No te derrumbes en estos momentos.

Roberto alargó la mano y ella se la volvió a coger con cariño.

—Tú siempre tan dura —dijo sonriendo.

—Menos mal que pudiste eliminar a Gilligan y a sus hombres. —Roberto puso cara de sorpresa al escucharlo—. Eres valiente y un héroe. Los hombres que le acompañaban eran culpables de una serie de delitos muy importantes. Encontramos cincuenta kilos de droga quemada en la embarcación de Gilligan, amarrada cerca de su vivienda de la playa. Era una lancha de esas de alta potencia. La estaba pilotando un hombre de origen indio. Encontramos también su cadáver calcinado. Según las primeras investigaciones era un rico

exportador de telas para tapizados, nada menos. ¡Quién lo iba a decir! ¿Verdad?

—¿Hubo tiros?

—¿En el embarcadero? Qué va. Todo ha quedado en cenizas. Pero solo los tuyos en la casa. Tú hiciste todo el trabajo. Ya te puedes imaginar lo contento que están contigo. Has acabado, de momento, con el tráfico de fentanilo en la ciudad. —Sonrió—. Un ascenso, un aumento de paga y un permiso por enfermedad hasta dentro de dos meses. —Le guiñó un ojo y le pasó un dedo por detrás de la oreja—. Así pues, me vas a tener que soportar como tu enfermera privada.

Roberto trató de sonreír. No podía mencionar el nombre de la persona que le había ayudado, de lo contrario, lo arrestarían y someterían a juicio. La verdad es que le había sorprendido la audacia de ese tal Antonio Moreno. Sin duda, no era quien pretendió ser.

—Sí, sí. Me alegro —llegó a balbucear.

—Alguien tendrá que cuidar de ti —dijo ella—. Hasta ahora te has negado a cuidar de ti mismo, y esto no va a seguir así. Y sabes qué significa «permiso por enfermedad», ¿cierto? Que tienes que dejar enfriar tu sangre mexicana por un tiempo, olvidarte del trabajo. ¿Me oyes?

Roberto se sintió de pronto emocionalmente cercano a ella.

—¿Estarías dispuesta?

—¿Dispuesta? —preguntó con fingido sarcasmo—. ¿Qué? ¿Estás desvariando? *Ground Control to Major Tom. Ground Control to Major Tom. Take your protein pills and put your helmet on* —dijo recitando la letra de *Space Oddity* de David Bowie.

Él intentó no reírse.

—Por favor, no me hagas reír que me duelen las costillas —Gimió: respiró profundamente e intentó enderezarse, apoyando la cabeza sobre la almohada, sintiendo dolor en el costado—. ¡Aaah…! ¡Cómo duele!

Ella le dio un beso en la frente.

—Sí, estoy dispuesta a estar todo el tiempo que sea necesario a tu lado. Así pues, quiero verte recuperado pronto.

Él volvió a sonreír, pero el esfuerzo le produjo un gesto de dolor en el rostro.

Dos detectives del Departamento de Policía de Los Ángeles entraron y grabaron la declaración de Roberto. Respondió a preguntas directas y escuetas con una voz neutra, alegando que todo fue en defensa propia.

Roberto argumentó que el traficante le había llamado y le había pedido que se reunieran de manera extraoficial en su vivienda de la playa. Gilligan quería utilizarlo para ser detenido y saltándose los trámites judiciales, agilizar el proceso. De esta manera, tras sobornar

al fiscal del distrito, esperaba quedar libre de cargos y en la calle. Sin embargo, las cosas no sucedieron como esperaba, Roberto denunció sus delitos y Gilligan y sus hombres se abalanzaron sobre él.

—Aquel fue el momento en el que les arrebaté la pistola y se inició el tiroteo que acabó con el traficante y sus acólitos. Minutos después, herido por bala, supongo que el piloto de la narcolancha intentó huir, pero durante el proceso se debió de incendiar la embarcación, muriendo preso de las llamas junto con la droga que había a bordo. Esto yo no lo vi, son conjeturas mías, ya que estaba herido en la vivienda donde me encontró el servicio de emergencias.

Le informaron que en el teléfono móvil de Gilligan encontraron el contacto del fiscal del distrito y, tras la investigación policial, adujeron que los dos habían estado en comunicación en numerosas ocasiones.

El fiscal fue arrestado, pero como sus abogados alegaron que no había pruebas fehacientes para incriminarlo, fue puesto en libertad, aunque tuvo que dimitir de su cargo.

Cuando los agentes se fueron, Stella y Roberto se quedaron de nuevo solos en la habitación.

—Bueno, ya conoces el procedimiento —le dijo ella—. Durante los próximos días seguirán hablando contigo de lo ocurrido.

—Qué extraña es la vida. Nunca sabes cuándo va a llegar tu hora.

Stella le dio otro beso en la frente.

—Exacto, por eso debemos vivir cada minuto como si fuera el último y dar las gracias —afirmó—. Por cierto, ¿quién era el hombre que estuvo aquí? ¿Un amigo tuyo?

—¿Eh? ¿Quién?

—La enfermera me dijo que había alguien aquí contigo.

—Ah, sí —contestó intentando improvisar rápidamente una excusa creíble—. Un familiar. Tiene también un amigo ingresado aquí en el hospital. Habrá ido a tomar un café.

El médico entró con sus zapatos de suela de goma que chirriaban contra el suelo de linóleo.

—¿Qué tal se encuentra nuestro ilustre paciente? —preguntó mientras echaba una ojeada a las hojas donde estaba escrito el informe médico de Roberto. Luego revisó sus heridas.

—Con un poco de dolor —contestó él.

Se puso a escribir algo en una hoja del informe.

—La verdad es que ha tenido usted mucha suerte. Si no lo hubieran asistido enseguida habría fallecido. —Siguió escribiendo, muy concentrado en lo que hacía—. Tuvo suerte de poder llamar a tiempo a una ambulancia y de realizarse a sí mismo unos primeros auxilios.

Roberto estaba sorprendido de la audacia del tal Antonio, sin él,

estaría muerto.

—¿Cuándo me darán el alta?

El médico lo miró como un profesor regañando a su estudiante.

—No sea impaciente —le dijo con una sonrisa—. De momento, reposo. Pero como siga recuperándose tan bien, pronto, muy pronto.

El médico se marchó. El móvil de Stella sonó y ella, al mirar la pantalla, lo apagó.

—Tengo trabajo —dijo, dándole un cariñoso beso—. ¡*À bientôt*!

Roberto rio.

—¿Y eso qué significa?

—«Hasta pronto».

Cuando ella se fue, no tardó en aparecer David.

Roberto sonrió al verlo.

—Gracias por salvarme la vida. —Su voz era baja y suave, sus ojos centellearon.

—Te he visto con tu compañera muy acaramelado.

—¿Stella? Sí, es una maravilla.

—Pues deberías dar un paso adelante. Lo mejor que te podría pasar es casarte y tener hijos.

Roberto sollozó, pensando en su hija.

—Venga, hombre —le animó David sonriendo de oreja a oreja—. Tú tan duro. ¿No dicen que los niños son la auténtica fuente de juventud? Pues adelante, amigo. Tienes por delante una maravillosa vida que disfrutar, y qué mejor que estar acompañado por una persona que de verdad te quiere y te ama, como Stella.

—El lado trágico de todo este asunto es reconocer que la naturaleza humana es imperfecta y frágil.

—Una de las cosas que he aprendido es que la lucha no está en alcanzar la perfección sino en corregir nuestros errores —dijo David, señalándole con el índice—. Mantente en el lado correcto de la ley y no te tomes la justicia por tu mano.

—¿Y tú qué sabes de estar fuera de ley?

—Lo que aprendí a través de la experiencia.

Roberto lo observó con detenimiento y entendió que el español era en verdad una persona muy distinta a la que había pretendido ser.

—Por cierto, ¿cómo pudiste tú solo acabar con ellos?

—¿Yo? Qué va. —Le puso una mano en el hombro—. Eso lo dejé para los profesionales.

Los dos rieron a la vez.

Se dieron la mano.

—Suerte, amigo —dijo Roberto.

David asintió con la cabeza, se giró y se marchó de la habitación, desapareciendo por el pasillo del hospital.

Con el paso de los días, en el desierto del suroeste y cerca de la

frontera con el norte de México, la DEA notó un descenso significativo de las guerras territoriales entre traficantes, siempre empeñados en quitarse unos a los otros el mercado de drogas ilegales.

Gilligan había sido un hombre muy poderoso que dirigió su propia red independiente de tráfico de drogas. Su desaparición representó un alivio para el Departamento de Policía, por el momento.

PARTE TRES

LOS VIOLENTOS CÁRTELES DE LA DROGA

17

El moderno Gulfstream se vio obligado a describir círculos a medida que se acercaba al Aeropuerto Internacional de Coimbatore, al sur de la India, debido al despegue de un vuelo comercial. Después inició el descenso.

Durante el vuelo David había contactado con Hassena, poniéndola al tanto sobre la situación. Idearon un plan. Como era típico en organizaciones criminales, ella conocía a una persona que conocía a otra, y así fue como Kaali fue informado de que un miembro de un cártel colombiano viajaba a la India para conocerlo en persona.

El narcotraficante indio se encontraba sentado en el asiento de pasajeros de su Mercedes-Maybach azul oscuro metálico cuando recibió la llamada informándole de la visita del colombiano.

Viajaba desde Kerala, de regreso a Tamil Nadu, por carreteras llenas de curvas y rodeados de vegetación salvaje. La conexión telefónica venía y se iba. Kaali pidió a su conductor que disminuyera la velocidad; tanto zigzagueo le estaba mareando.

Terminaba la llamada, dando la aprobación de la visita, cuando por detrás apareció un Toyota Fortuner blanco tocando el claxon.

—¡*Fuck off*, *you fucking wanker*! (¡Que te jodan, maldito imbécil!) —gritó en inglés un extranjero con acento británico, asomándose por la ventanilla.

Kaali se giró hacia atrás y vio a un rubio con pelo largo rizado.

—¿Qué está diciendo? —preguntó a su chófer.

—Quieren que les dejemos pasar.

—Pues hazlo.

El chófer de Kaali disminuyó aún más la velocidad, apartándose hacia el arcén para dejarles paso. Pero el conductor del Toyota por orden del turista se situó a su altura.

Kaali bajó la ventanilla, sonriendo, pensando que le quería decir alguna adulación por su coche de lujo.

Sin embargo, al ver el peculiar aspecto del indio con cabello negro largo, oscuro de piel y con un abundante bigote, el extranjero y sus cuatro acompañantes en el vehículo se rieron a carcajadas.

—¡*Go back to the zoo, you fucking monkey!* (¡Regresa al zoo, maldito mono!) —gritó entre risas antes de ordenar al conductor que acelerara.

Kaali vio al Toyota adelantarles a gran velocidad y perderse por la carretera.

—¿Qué me ha dicho?

El chófer se lo tradujo al tamil.

Al cabo de unas horas, Kaali silbaba mientras caminaba alegremente con una botella de champán por el alfombrado pasillo de la sexta planta del hotel Taj Fisherman's Cove Resort & Spa, situado a las afueras de Chennai. Se paró frente a la puerta 342; como le habían dicho en recepción la habitación tenía unas vistas espectaculares al mar. A él qué más le daba. No estaba interesado por el paisaje.

Tocó el timbre.

Desde el otro lado de la puerta se escuchó a lo lejos la voz de un hombre con acento británico.

—*Just a second* —Entonces, preguntó más de cerca—. *Who´s this*?

—Champán —respondió Kaali, marcando el acento para que sonara más glamuroso al tiempo que tapaba su rostro con la botella por si acaso el huésped mirase por la mirilla para saber de quién se trataba.

La puerta se abrió. El rubio extranjero mostraba una sonrisa de oreja a oreja que se convirtió en sorpresa al ver quien era.

—*Fucking monkey*, ¿eh? —espetó Kaali sonriendo; avanzando dejó caer la botella al suelo y sacó una navaja, clavándosela entre las costillas.

El hombre se puso rígido en estado de *shock*. Puso los ojos como platos, incrédulo a lo que le había sucedido. Abrió la boca, pero solo un gemido salió de ella. Hizo un gesto de súplica.

Kaali le empujó contra la pared de la habitación, hundiéndole más la navaja: el esbelto cuerpo del rubio extranjero dio un respingo, sintiendo como si le hubieran extraído todo el aire fresco de la habitación y se estuviera ahogando.

Al escuchar los ruidos, los otros cuatro amigos británicos que le acompañaban y que compartían habitación anexa, aparecieron. Quedaron aterrorizados.

Kaali se apartó, dejando caer el cuerpo del rubio al suelo con la navaja clavada, y sacó de detrás de su cintura una pistola. Cerró la puerta de la habitación con una rápida patada de tacón.

Desde el exterior del pasillo se escucharon los disparos hasta que vació el cargador.

Kaali salió del ascensor al descender al vestíbulo. Cruzó la recepción e hizo un gesto con la cabeza a su chófer, armado con un rifle, que mantenía vigilados en el suelo a los miembros de seguridad del hotel y a varios empleados; todos con la cabeza agachada. Antes de irse detrás de su jefe se llevó consigo el disco duro de las grabaciones captadas por las cámaras de seguridad.

18

Antes de aterrizar, David vio el paisaje, tan soleado en aquel mediodía, lleno de palmeras y sin la manta de contaminación que perduraba en otras grandes urbes de la India como en Calcuta, en Nueva Delhi o en Bombay.

Esperó dentro del avión mientras la tripulación apagaba los motores. Pasaron cinco minutos durante los cuales él abrió un compartimento privado en la aeronave, escondió el pasaporte español que había utilizado para entrar a los Estados Unidos y cogió otro con su fotografía, pero de nacionalidad colombiana.

Ahora se llamaba Luis Fernando Calero Grisales. Luego volvió a tomar asiento y esperó. Vio a dos funcionarios subiendo por la escalerilla y entrando en la cabina.

—Bienvenidos —dijo uno de ellos—. Por favor, sus pasaportes.

Mientras, el otro registraba el avión, confirmando que solo había un pasajero extranjero y dos miembros de la tripulación de nacionalidad india. Una vez terminada las formalidades se marcharon.

En el momento en que el comandante y su asistente ya estaban ocupados realizando los chequeos de pequeños controles indispensables entre vuelo y vuelo, se acercó por la pista un coche Tata Nexon.

Al bajar por la escalerilla David respiró el aire limpio, aromático y carente de la habitual humedad opresiva de la que estaba acostumbrado en Bombay.

Tomó asiento en la parte trasera del Tata, y una vez acomodado el coche partió cruzando la pista en dirección al exterior. El conductor era de piel muy oscura, pelo largo y rizado, bigote espeso y negro, y vestía una camisa de mangas cortas con estampados florales.

—Tardaremos dos horas hasta llegar a Thapattai —informó, echándole una fugaz mirada por el espejo retrovisor central.

—Gracias.

Tras salir de las inmediaciones del aeropuerto y adentrarse en carreteras comarcales, el Tata avanzaba a gran velocidad. Luego se internaron en una zona forestal, serpenteando montañas boscosas y dando saltos por senderos de tierra.

David pensó que se excedía en la velocidad, considerando las condiciones del terreno. Iba a decirle algo al conductor cuando este habló:

—Nos siguen.

David giró el cuello, por un instante no vio a nadie, pero enseguida aparecieron dos Mahindra Bolero de color negro.

—¿Son hombres de Kaali, dándonos seguridad?

—No, no son de mi jefe. Ellos trabajan para Perumal.

—¿Quién?

—Perumal es el jefe del clan rival de Kaali. Se habrán enterado de su llegada y le querrán secuestrar. Trataré de perderlos.

Aquella información le resultó reveladora a David. No era un cártel el que operaba en aquella región del sur de la India, sino dos.

El Tata se lanzó hacia adelante, cruzando el camino sinuoso, rechinando los neumáticos.

—¿Tienes un arma? —preguntó David al notar que el todoterreno que les seguía acortaba distancias.

—Un momento.

El conductor, al tiempo que guiaba con destreza el volante, sacó un bulto cubierto por una tela manchada de aceite y grasa de debajo de su asiento y alargando el brazo hacia atrás se lo tendió.

David desenvolvió una pistola Glock y la revisó. Contaba con dos cargadores: insertó uno en el arma y el otro lo guardó en el bolsillo del pantalón.

Ahora estaban por una zona frondosa entre montañas densamente arboladas.

—No vamos a poder escapar de ellos —dijo David—. Será mejor que reduzcas la velocidad.

El conductor se echó una mano al costado, sacó una pistola y la mantuvo entre sus piernas.

—Esos nos harán pedazos. Igual hay tres hombres en cada vehículo. Mi deber es protegerlo.

—Tú no te preocupes por mí —dijo David, y señaló una curva—. Allí, para antes de doblar.

El conductor hizo lo que se le dijo.

David esperó a ver aproximarse el primer vehículo. Entonces, antes de que el conductor saliera y tomara posición, abrió su puerta, manteniéndola abierta del lado de afuera y, usándola como escudo, levantó la pistola y efectuó tres disparos.

El primer Mahindra Bolero rugió de forma errática, saliendo del camino, estrellándose contra el tronco de un árbol.

El segundo vehículo se acercaba.

—Cuando yo dispare, tú también. No antes. ¿Me oyes? —gritó David.

—Okey —contestó el conductor desde el otro lado del vehículo.

Desde el Mahindra sacaron por las ventanillas las ametralladoras. Los sicarios, con el cabello al viento, dispararon embriagados de poder y velocidad. Cuando las balas perforaban la carrocería del Tata, David

efectuó una serie de disparos hacia el hombre que estaba frente al volante, impactándole en la cabeza.

El Mahindra frenó de manera brusca, volcándose hacia el lado derecho. Un sicario salió volando por la ventanilla, mientras que el otro quedaba aplastado por la carrocería.

Al aproximarse corriendo, el conductor, con la pistola por delante, distinguió los agujeros de bala en la cabeza del sicario al frente del volante.

—Vaya puntería tiene usted.

David interceptó al otro sicario, al que había salido despedido del vehículo, quien se arrastraba para intentar huir por el bosque. Le puso el pie derecho sobre la mano.

—Quieto —ordenó arrodillándose junto a él—. ¿Quién te ha enviado?

El conductor se acercó.

El sicario se inclinó y cuando parecía que iba a hablar, el conductor apretó el gatillo de su pistola perforándole el cráneo. Un chorro de sangre salpicó a David.

—Es un hombre de Perumal —dijo con toda tranquilidad—. Además, no habla inglés.

David se levantó y apuntó a su cabeza.

—La próxima vez que vayas a disparar tan cerca de mí, te aseguro que seré yo quien te meta una bala entre ojo y ojo —amenazó.

El hombre se quedó asustado por tal determinación y se mostró impasible. No dijo ni una palabra, solo asintió vehementemente con la cabeza.

19

Cuando llegaron a Thapattai, el pueblo estaba decorado para las fiestas populares de la región.

La carretera de la entrada estaba bloqueada de gente.

—Tendremos que esperar para poder continuar. Hoy tendrá lugar *jallikattu*.

Estaban celebrando el festival de la cosecha de año nuevo, según el calendario tamil, con la popular corrida de toros llamada *jallikattu*. En esta, el toro es soltado ante un pasillo de miles de personas y los jóvenes deben agarrarse de la joroba del animal con el objetivo de domarlo durante unos quince metros para ganar un premio.

El conductor aparcó el magullado Tata donde pudo. Consiguieron sitio en las gradas. Hacía mucho calor. El ambiente rezumaba a frenesí de lucha y los jóvenes lanzaban polvos de colores como si fuera la fiesta de Holi.

Varios jóvenes, vestidos con camisetas amarillas y pantalones cortos de color negro, estaban en la arena. De repente, los organizadores saltaron y corrieron a agarrar a tres de ellos. Hubo un forcejeo y al final consiguieron sacarlos fuera de las vallas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó David—. ¿Qué han hecho?

—Para enfrentarse al toro deben tener velocidad y agilidad, y muchos ingieren alcohol para calmar los nervios. Y aquellos estaban muy bebidos, por eso se los han llevado.

El toro corrió, pasando a pocos centímetros de uno de los jóvenes.

—Durante esta celebración mucha gente ha muerto corneada o atrapada entre las patas del toro —le informó el conductor—. Otros cientos, incluidos espectadores, han sufrido mutilaciones o han salido heridos.

La multitud rugió y volvió a hacerlo con mayor ímpetu cuando el toro se precipitó de nuevo sobre otro de los jóvenes que se había separado de sus compañeros. Entonces, cuando el animal estaba cerca, uno de ellos se echó hacia un lado. Así, agarrando de la joroba al toro, lo tiró al suelo. En ese instante la gente se puso de pie aplaudiendo con excesivo entusiasmo.

Los organizadores ataron al toro y se lo llevaron de vuelta. De la grada se abalanzó la gente y subieron a hombros al joven que había logrado la hazaña.

—Vámonos al coche —dijo el conductor—. Ahora conseguiremos cruzar el pueblo. La siguiente corrida es dentro de una hora.

Mientras se abrían paso, la multitud vitoreaba y rugía.

El empleado de Kaali conducía con agilidad entre los huecos del tráfico. David observaba cómo cambiaba de marchas constantemente, ajustando la velocidad mientras serpenteaban entre motos, autorickshaws, bicicletas y coches, manteniendo menos de un centímetro de separación.

Cruzaron el pueblo y entraron en la propiedad de Kaali, una mansión con tejado de dos aguas, representativo de la arquitectura tradicional de la zona. Estéticamente la espectacular vivienda compaginaba elementos contemporáneos y tradicionales. Las puertas eran de madera maciza y había muchas columnas pintadas de colores pasteles.

Un hombre de seguridad cacheó al visitante extranjero, cogió su pasaporte del bolsillo y acompañó a David al jardín posterior, caminando por debajo de una enorme pérgola de hierro cortado al láser, seguido del conductor. El suelo alternaba loseta y césped, dibujando un patrón de figuras geométricas que se extendían por toda la parcela.

A diferencia con el terreno arenoso y polvoriento del exterior, ahí los rodeaba el color verde. Por el camino sotechado al jardín había una cascada y un diseño moderno con losetas de diferentes alturas contrastando con las plantas tropicales.

Al llegar, en una mesa de mimbre, estaba sentado el jefe del cártel, temido y admirado por los habitantes de Thapattai y alrededores.

Kaali no era feo, aunque tenía la cara chata y el color y rasgos de los autóctonos tamiles; un exuberante bigote que él mantenía con ungüentos y un recorte delicado. Su cabello negro era largo hasta los hombros. Tenía los ojos grandes y brillantes, que despertaban confianza, pero que ocultaban su cínico corazón: para la gente que le rodeaba a diario era muy fácil creer en lo que decía, aunque sospecharan que estuviera engañando, mintiendo o distorsionando la verdad para que coincidiera con sus propósitos.

Había una mujer atractiva a su lado, vestida con un brillante y elegante sari. El lugar estaba rodeado por guardaespaldas armados con fusiles.

El hombre de seguridad se adelantó y tendió el pasaporte a su jefe. Kaali le echó un vistazo por encima y asintió. Alzó los brazos al aire para llamar la atención de David y que este se aproximara.

—Aquí tenemos a nuestro futuro comprador gringo —Leyó en voz alta el nombre en el pasaporte—, don Luis Fernando Calero Grisales. ¿Lo he dicho correctamente?

—Así es —respondió él, dándole un apretón de manos—. Encantado. Pero soy colombiano, no gringo —mintió.

Le devolvió el documento y David volvió a guardárselo en el bolsillo.

—Ah, sí, sí, colombiano.

—Cariño, ¿quieres que sirva bebidas? —preguntó la mujer con sorprendente candor.

Él se giró hacia ella y la despidió muy serio, murmurando algo ininteligible en tamil. La joven se fue, contoneándose como un artículo en exhibición. Eso era lo que era. Mientras ella estaba a su alrededor, disfrutaba de la fortuna y comodidad en la que vivía, no era consciente de que todo aquello tendría un trágico fin más pronto que tarde.

Cuando su compañía dejara de ser importante para él, Kaali se ocuparía de que desapareciera de su vida. Por el momento, le daba el aura de su sexualidad. Pero cuando él se cansara de ella, sintiendo que ya podría prescindir de su presencia, la sustituiría por otra, y la joven acabaría asesinada y su cuerpo desaparecido. Sus días estaban contados.

El conductor se aproximó a su jefe y narró lo sucedido de camino desde el aeropuerto. La opinión de su rival Perumal empeoró al conocer la noticia.

— ¿Y por qué estaban en el aeropuerto?

—No sabía que me estaban siguiendo.

Se dirigió a David.

—Permíteme darte un consejo, don Luis Fernando. —Parecía mostrar especial satisfacción en pronunciar la palabra «don», como si esto significara estar asociado al glamur cinéfilo de la mafia—. En el momento en que no puedas controlar a tus empleados, sabrás que ha llegado la hora de ceder tu puesto.

Al decir esto cogió un cuchillo que había sobre la mesa para cortar fruta y, agarrándole del cabello con fuerza, se lo clavó al conductor en el ojo derecho. El hombre comenzó a chillar e intentó salir corriendo. Kaali hizo un gesto a uno de los hombres armados y este lo abatió.

—Y yo no estoy dispuesto a cederlo —prosiguió—. Siempre he luchado hasta la muerte por mantenerme. Nadie me va a quitar mi posición. Más que predilección, tengo una obsesión para que todo salga bien. Por favor, siéntate.

—Pero este hombre me ayudó a hacer frente a los hombres de Perumal —protestó David señalando el cuerpo que arrastraban dos hombres hacia fuera del jardín.

Kaali guardó silencio. Estaba esperando a que su invitado tomara asiento. David se sentó y un empleado le sirvió un zumo de frutas.

El jefe del cártel comenzó a alardear. Sin duda no era la primera vez que habría tenido un arranque tan violento.

—El error de esta persona fue que confió demasiado. No haberlo matado hubiera significado una pérdida de confianza entre mi gente, y mis negocios hubieran sufrido las consecuencias. No es la primera vez que los hombres de Perumal quieren hacerme daño. Pero son unos incompetentes. —Miró fijamente su reloj de oro. Luego, alzando la mirada, preguntó, expandiendo una risa burlona en su rostro—: Vosotros en Colombia consideráis la tauromaquia como el arte de la muerte, como los españoles, ¿verdad?

—Así es.

—Muerte y belleza. Hoy celebramos *jallikattu*. Nuestra fiesta del toro. Pero aquí no hay violencia. Bueno…, en su justa medida. Los jóvenes tienen una forma honorable de morir. Por eso la cantidad de gente que viene a ver el espectáculo.

—Sí, tuve ocasión de ver uno esta mañana. La verdad es que es impresionante el clamor de la gente.

—Dime, don Luis Fernando. ¿Cuál es la situación en tu país?

—En mi opinión, el Gobierno está muy débil. Sin el cultivo de la cocaína, Colombia se hundiría en una recesión.

Kaali aplaudió, soltando una gran carcajada

—Eso me gusta.

—Mientras haya producción y demanda, todo se mantendrá.

—Una buena noticia porque nosotros necesitamos la materia prima para manufacturar nuestra droga. No podemos permitirnos que nuestra fuente de suministros se corte. Antes recibía mercancía de cocaleros bolivianos, pero los colombianos me ofrecieron mejor producto. Una cocaína refinada de alta calidad. Vayamos al motivo de tu visita. ¿A qué has venido? No es normal que un colombiano nos visite. Trabajamos con intermediarios. ¿Qué quieres ofrecerme?

—La cabeza de Perumal.

—Tú estás loco, gringo. —El desprecio en su rostro era evidente —. Ni hablar. —Entonces, rompió en una carcajada. Sus hombres desde la distancia sonrieron como animales amaestrados ante el ataque de entusiasmo repentino del jefe—. ¿Por qué? ¿Qué te hizo?

David guardó silencio, manteniéndole la mirada.

—Con Perumal no se puede hablar —prosiguió Kaali, terminando de reírse—. No cede ni un ápice de su territorio. Yo creo que ha acabado consumido por su propio producto. —Alzó los brazos al aire —. Fíjate. Yo no tomo ninguna droga y no permito tener a mi alrededor a gente que la consuma. Para mí los drogadictos son personas tóxicas, débiles. Perumal hace bien en mantenerse encerrado en su zona. No habla con argumentos sólidos sino que rebuzna y da órdenes a gritos de ave de corral. No es un hombre como tú y yo.

—Digamos que no es por lo que me hizo sino por lo que puede ser capaz de hacerme —respondió David.

Kaali se encogió de hombros.

—No te entiendo, gringo.

—No soy gringo. Soy colombiano. Ya lo he dicho antes.

Aquella corrección no pareció agradarle a Kaali. No estaba acostumbrado a ser corregido.

—Bueno, a fin de cuentas, eres americano, americano del sur, por tanto, un gringo para mí.

David dio por perdido seguir discutiendo sobre este banal asunto y prosiguió, manteniendo un tono de firmeza en sus palabras pero a la vez dando a entender al narcotraficante que le guardaba un respeto.

—Lo que quiero decir es que él puede hacerte daño, y por tanto perjudicar nuestros intereses.

—De Perumal, me encargo yo, don Luis Fernando. No tienes ni idea de lo que tiene escondido ahí en la selva. ¿Qué pretendes? ¿Volar por los aires sus refinerías? No sabes lo que tiene. ¡Un megalaboratorio! Unos setenta reactores, algo más de cien condensadores, treinta y tantas centrifugadoras y abundante materia prima, morfina, heroína... Según la información que tengo, él tiene más de treinta y cinco mil kilos de metanfetamina terminada. Todo ello podría alcanzar un valor de setecientos millones de dólares. ¿Te crees capaz de acabar con su cártel tú solo? Tú eres un extranjero en un entorno hostil. Así pues, olvídalo.

David pensaba rápido, intentando encontrar un argumento plausible para poder convencerlo de acabar con Perumal y de este modo más tarde con él, desapareciendo para siempre los dos cárteles de la droga.

Llegó un camión con un remolque. Kaali hizo un gesto a David para que lo acompañara.

Tres ganaderos sacaron del remolque un toro. Hablaron con Kaali en tamil, entonces, él cogió unos polvos de colores que le ofrecía un empleado en una bandeja de plata y se los tiró por encima al animal, dándole su bendición.

Cuando volvían a meter de vuelta al toro en el remolque, Kaali se giró y señaló a David.

—Haremos una cosa. Si tanto te importa la muerte de Perumal, yo me aseguraré de que lo consigas. A cambio, tú harás una cosa, no por mí, sino por el pueblo de Thapattai.

—Si está en mis manos.

—No, estás equivocado —dijo sonriendo, enseñando los dientes, lo que le hizo parecer un niño a pesar de la solemnidad de su bigote —. Si tú sales con vida enfrentándote a Perumal, tendrás que saltar al ruedo y enfrentarte a uno de nuestros toros. Tu avión no saldrá del aeropuerto sin mi permiso. Así no podrás evitar devolverme el favor.

—Muy bien. Estoy de acuerdo.

Kaali le sonrió fríamente.
—Me gustas porque estás loco, gringo.

20

David pasó el resto del día descansando en una habitación lujosamente acondicionada. Aprovechó para darse un baño en la enorme bañera de mármol y durmió relativamente bien unas horas sobre un cómodo colchón con sábanas limpias de algodón.

Al día siguiente antes de amanecer, Kaali se atusaba el bigote mientras, explicándole con ayuda de un mapa, le daba detalles a David sobre la propiedad de Perumal: un lugar salvaje en el que incluso era difícil poder espiar qué hacían allí dentro.

—Tiene una fábrica más grande que la mía dentro de estas montañas. La policía incluso patrulla los alrededores para que nadie se acerque —le dijo.

En menos de dos horas, David ya había salido de Thapattai conduciendo un coche Hyundai Alcazar de la flota de vehículos de Kaali.

—Y no vayas armado —le advirtió también—. Perumal desconfiará de ti. No es normal ver a un extranjero con una pistola, a menos que sus intenciones no sean hospitalarias.

Lo primero que le anunció que estaba cerca de su objetivo fue la visión de un control policial en la carretera.

Kaali tenía razón acerca de la función que cumplía allí la policía local. Le dieron el alto.

—Perumal —fue lo único que dijo David por la ventana al agente que se acercó a la ventanilla, mostrando su pasaporte.

El oficial lo cogió y se echó a un lado; habló por el *walkie-talkie* mencionando el nombre del visitante y su aspecto.

Al cabo de unos segundos, le devolvió el documento y le permitió proseguir.

Minutos después cinco guardias en un todoterreno le bloquearon el paso. Llevaban las armas semiautomáticas preparadas. Ni eran policías ni soldados, pero tenían aspecto de haber sido bien entrenados.

Le dijeron dónde aparcar el vehículo. Dos de ellos lo escoltaron hacia la propiedad.

Continuaron caminando alrededor del perímetro cuando David vio cuatro enormes generadores ronroneando en un cobertizo con techo metálico. Entonces, se percató de la enorme fábrica y el almacén.

Toda la edificación estaba cubierta por el frondoso bosque, de

este modo, evitaban ser espiados por drones. El complejo desprendía un fuerte hedor dulzón de cocción, una mezcla de hidrocloruro y éter.

Mientras caminaba junto con los guardias, David distinguió muchos barriles de distinta clase, ya que tenían nombres en inglés: aparte de combustible para aviación había gasolina roja, acetona y mucho éter, esenciales para refinar la coca y convertirla en cocaína. Sin embargo, ellos lo utilizaban para otro propósito, la fabricación de drogas sintéticas, porque plantaciones de coca no había en la región.

Luego pasaron por una serie de construcciones que tenían duchas, lavadoras y bajo un techo de zinc una cantina para recibir a cincuenta personas. No obstante, como pudo calcular en aquellos momentos solo había unos quince trabajadores en toda la zona, el mismo número de personal de seguridad.

Llegaron al fondo del almacén donde había una serie de muebles y una oficina con las paredes acristaladas. En un lateral vio muchas cajas amontonadas. El nombre de la marca imprimida en esos embalajes le llamó la atención: «Industrias Rao».

Hicieron a David entrar en la habitación.

Tumbado en un sofá con los pies sobre una silla estaba Perumal, vestido con una camiseta apretada a sus enormes músculos y un *lungui* blanco alrededor de su cintura. Era un hombre muy fornido. De hecho, parecía un culturista.

En un cristal había pegado un póster de un metro de Murugan, también conocido como Tamil Kadavul, el dios de los tamiles. Debajo, sobre la mesa, había una imagen ornamentada de Sai Baba y una estatua de Ganesha al lado, en una especie de retorcida exhibición de veneraciones para adquirir fortuna y suerte.

Los dos guardias se detuvieron y bloquearon el paso de David. Se quedaron a la espera de recibir una orden. El traficante estaba hablando por videoconferencia. David entendió algunas palabras sueltas en idioma tamil. Había un cargamento de latas de tomate y otros productos envasados provenientes de México que llegaría pronto al puerto de Tuticorin.

Perumal cerró el portátil Apple MacBook Pro cuando terminó la conferencia e hizo un gesto a los guardias para que se acercaran.

—El tamaño de este lugar es espectacular —dijo David.

Perumal guardó silencio. Sacó un papel de fumar para hacer un porro y le ofreció a David quien lo rechazó con un gesto de las manos. Desde la puerta abierta del almacén se divisaba la enorme factoría de fentanilo adulterado. El narcotraficante actuaba como si estuviera de vacaciones en algún paraíso terrenal.

Más allá del exterior se había limpiado una parcela para dejar espacio a una pista de aterrizaje donde descansaba una avioneta.

Perumal alzó la mirada.

—Es de buena calidad —insistió, ofreciéndole fumar.

—No, gracias.

Entonces, él añadió al papel de fumar tabaco y luego cocaína. Enrolló la mezcla y, lamiendo los bordes pegó el papel. Sacó un mechero Zippo, encendió el porro e inhaló profundamente el humo. Echó la cabeza hacia atrás extendiendo los brazos por encima del sofá y con delectación exhaló el humo muy despacio.

—¿A qué has venido? —preguntó. Sus ojos se habían vuelto opacos y las pupilas se expandieron—. Ningún extranjero se ha atrevido a llegar tan lejos. Si quieres darme alguna información tenemos nuestros canales de comunicación. No hacía falta tu presencia.

David se percató de cómo disfrutaba comportándose como un villano de película. Modulaba su voz para asemejarse a la del actor Rajinikanth en sus viejas películas tamiles de los años setenta y ochenta más populares, siendo indulgente en la pantalla con la gente sin recursos que le rodeaba y amenazante con sus antagonistas.

El ambiente estaba cargado. A David se le enrojecieron los ojos. El humo impregnado de cocaína envolvía toda la estancia y él no pudo evitar inhalarlo.

Perumal no confiaba en nadie, como le había advertido Kaali. Para él todas las personas que orbitaban a su alrededor eran almas sin vida propia, dependientes de la cocaína y de sus beneficios. Eran personas movidas por la violencia, la lujuria, la drogadicción y la avaricia.

—Kaali me ha dicho que él recibe su mercancía por mar, factura contenedores llenos de comida enlatada —expuso David, lanzando un órdago.

—Y yo también. ¿Y?

David continuó con su envite, quería estar seguro de su último descubrimiento.

—Industrias Rao le manda la mercancía escondida en contenedores de tomate triturado y especias.

—Te crees muy listo. Lo has visto en aquellas cajas, ¿verdad? —contestó señalando hacia el almacén.

—No me hace falta haberlo visto. Sé que tu contacto y el de Kaali, se llama Sikandar Rao.

—¡Eh! Para ser un recién llegado extranjero, sabes mucho. Oye, ¿y qué te iba a decir? —Echó una larga bocanada de humo—. También me he enterado de que tienes buena puntería. Te cargaste a mis hombres. Solo querían darte la bienvenida.

—Si he venido hasta aquí es porque quiero decirte que me recogió la gente equivocada.

—Te han dado un coche y te han dicho dónde encontrarme.

—En efecto, porque le dije a Kaali que quería matarte.

Perumal guardó silencio y enseguida rompió a carcajadas.

—¿Y eso por qué?

—Porque es a Kaali a quien quiero matar. Tu cártel es mucho más beneficioso para nosotros.

—Pero fue a Kaali a quien contactaste para visitarle, no a mí. Yo me enteré por uno de sus hombres que era mi confidente. Es una lástima que ya no esté con nosotros. Me caía bien.

—En Colombia no eran conscientes de tu poder y capacidad. Creían que solo era el cártel de Kaali el único que operaba en el sur de la India. El mercado de Asia es nuestro objetivo. Queremos expandirnos. Por eso vine a reunirme con él y conocerlo. Pero me he dado cuenta de que mis jefes han estado equivocados.

—¿Y matando a Kaali nuestros negocios aumentarán? ¿No sabes que nosotros trabajamos con intermediarios?

—Desde Colombia podremos enviarte el doble de mercancía a través de Industrias Rao y ellos transportarla como hasta ahora en contenedores de comida enlatada.

La conversación fue interrumpida por la aparición de un hombre afeminado, maquillado y vestido con sari. En sus manos llevaba una bandeja sobre la que descansaba un vaso de agua. Este era el gesto de bienvenida típico de la India al recibir a visitantes. Los transexuales, o hijras, eran considerados un «tercer género» desde la época del mandato británico, no era nada nuevo en la vida contemporánea.

Los funcionarios británicos los creían personas adictas al sexo con hombres, y que no solo eran un peligro para la moral pública sino que además eran una amenaza para la autoridad política colonial. Pero en la actualidad había indios supersticiosos que empleaban a los hijras en labores domésticas o en sus empresas porque consideraban que les libraban del mal de ojo y les proveían de prosperidad y de buena fortuna en los negocios.

David cogió el vaso que se le ofrecía.

—¿Qué piensas de él, Chandi? —preguntó Perumal al hijra, señalando a David.

El extraño hombre se acercó al visitante extranjero, lo miró a los ojos y se giró hacia su jefe.

—Es peligroso.

—¿Cuánto?

—Trae muerte.

—Me dice que quiere ver muerto a Kaali.

El hijra agarró la mano de David y la estudió detenidamente unos breves pero intensos segundos. Luego se aproximó a Perumal y se sentó a horcajadas en su regazo.

—Ha visto la muerte —expuso Chandi, suspirando—. Es mejor

matarlo ahora que dejarlo más tiempo vivo. Solo traerá destrucción. —Su tono de voz era tan descaradamente sexual que cualquiera hubiera imaginado que estaba haciendo el amor allí mismo.

David tenía un deseo abrumador de golpearle, así como un aumento de ansiedad y tensión. Su cerebro funcionaba a toda velocidad tras haber inhalado suficiente humo.

La expresión de Perumal evidenciaba que no le estaba gustando el súbito giro de la conversación.

—¿Y qué sugieres que haga con él? —Su mirada buscaba los ojos de Chandi, que no dejaba de frotarse contra su cuerpo.

—Mátalo —sentenció, excitado—, y eliminaremos la mala suerte que se cierne sobre nosotros.

Perumal permaneció en silencio considerando su propuesta. La droga le engendraba ataques de histeria y paranoia. Se levantó de un salto, se quitó la camiseta y comenzó a hacer estiramientos mostrando su enorme musculatura.

—Te desafío a una pelea —dijo, encarando a David—. Si me ganas, uniremos fuerzas para atacar y matar a Kaali. Si pierdes, mueres. ¿Estás dispuesto a llegar tan lejos?

—Lo acepto.

Perumal anduvo unos metros dándole la espalda e inmediatamente se giró hacia él.

—Muy bien —sentenció—. Es tu muerte.

21

Un guardia puso una silla y Perumal tomó asiento mientras a pocos metros Chandi realizaba un círculo en la tierra con una barra de hierro.

Estaban en una zona descampada, rodeada de una frondosa vegetación. Un luchador de dos metros esperaba impaciente en la arena. David se giró hacia Perumal, que se estaba haciendo un nuevo porro mientras los guardias y trabajadores formaban un círculo, guardando las distancias.

—Te presento a Babloo, «la bestia humana». Está considerado como el hombre más fuerte de Tamil Nadu.

—¿No querías luchar contra mí? —preguntó David.

Perumal inhalaba humo de su cigarrillo cómodamente desde su silla.

—Enfrentarse a Perumal es como enfrentarse a Babloo —respondió en voz alta, y se echó a reír.

Chandi alzó la barra de hierro y la bajó cortando el aire.

—Adelante —anunció en tamil.

Babloo se puso en posición de combate y comenzó a moverse.

David fue dando vueltas con él, observando su técnica.

Para sus dimensiones, Babloo tenía las piernas ágiles y los pies ligeros, que movía con aterradora velocidad.

Necesitaba descubrir el secreto de la estrategia de su oponente. Por este motivo David se dejó golpear en una serie de ocasiones. Así fue conociendo enseguida su método de lucha, tanto los puntos fuertes como los débiles.

Se desplazaba de tal forma que hacía que resultara difícil comprender sus nuevos movimientos. Pero enseguida supo que Babloo peleaba por pura inercia. No tenía ninguna estrategia.

El gigante volvió a moverse rápido, inclinando su gran altura hacia David, buscando sus rodillas. Pero él lo detuvo y, acto seguido, su adversario pasó de nuevo a iniciar el ataque.

Era consciente de que la fatiga acabaría cansando a su rival, por eso David comenzó a moverse sin respiro.

Recordó las palabras de Guru en el *akhara*: «*Toma la iniciativa en lugar de esperar pasivamente el golpe de tu adversario*». En su momento, también le comentó que siempre era mejor sobrestimar al oponente de lucha que subestimarlo.

Sospechó que Babloo, aun atacando con más fuerza y

contratacando con más fervor, se iría fatigando porque además carecía de estamina.

David mantuvo una concentración férrea mientras apartaba con habilidad y pericia los enormes y pesados brazos de «la bestia humana». Dar unos pasos fuera del perímetro significaría la derrota.

Perumal empezaba a dar muestras de preocupación ante lo incierto del resultado del combate.

David le lanzaba una serie de ataques rápidos que iban *in crescendo*, destinados a debilitarlo poco a poco y despojarlo de sus defensas. Así, en el momento oportuno, decidiría atacar con una técnica final.

En un momento dado, anticipándose a un ataque, David supo que había llegado su oportunidad. Frustró tres agarres cuando con absoluta rapidez se precipitó bajo el vientre del gigante, que reconoció demasiado tarde la trampa. Entonces, con destreza, impulsándose del suelo como si estuviera haciendo una sentadilla con un enorme peso sobre su espalda, se propulsó hacia arriba al tiempo que levantaba el enorme cuerpo de dos metros y más de ciento treinta kilos, lanzándolo por los aires fuera del círculo de la arena. El gigante cayó al suelo con tal mala fortuna que su cabeza golpeó con una piedra, haciendo un sonido seco, quedándose inmóvil.

Perumal se levantó de un salto. Todos se quedaron sorprendidos y a la vez expectantes por lo que pudiera ocurrir. La amistad entre el narcotraficante y aquel gigante era ampliamente conocida por todos.

David vio la barra de hierro que Chandi sostenía en una mano. Este se percató de su mirada, pero antes de que pudiera reaccionar, David se la arrebató. Alzándola entonces en el aire, golpeó al hijra en la cabeza, rompiéndole el cráneo.

Perumal gritó pidiendo el arma a un guardia que se había situado al otro extremo para poder ver la pelea más de cerca. Sin embargo, David se abalanzó con rapidez sobre el narcotraficante y le asestó con el hierro en plena coronilla en un sordo y espeluznante crujido. El golpe hizo que se desplomara en el suelo, quedando muerto por el impacto. Inmediatamente tomó el mechero Zippo de su bolsillo y se lo llevó consigo.

Antes de que los guardias y demás empleados pudieran reaccionar, David había salido corriendo entre la maleza. Oyó gritos y disparos a su espalda.

Dio la vuelta al perímetro de la propiedad. Entró a escondidas en el almacén. Vio un enorme rollo de cuerda para cerrar sacos y empaquetar cajas. Cortó dos trozos. Introdujo la cuerda en un enorme barril de acetona de doscientos litros. Luego la envolvió alrededor de otro barril que contenía combustible, y en otro de éter. Abrió ambas tapaderas. Entonces, se fue alejando hasta que encendió con el

mechero de Perumal las dos cuerdas empapadas de acetona. Antes de salir se llevó un bidón de gasolina de diez litros.

En pocos segundos se produjo la primera de una cadena de explosiones. El sistema de emergencia empezó a ulular y bramar alrededor. Unos amplificadores instalados por toda la zona difundían la alarma de una forma ensordecedora.

David se guarnecía entre la confusión de los trabajadores y de los guardias de seguridad que corrían de un lugar a otro buscando refugio. El almacén fue pasto de las llamas. La mayoría optó por darse a la fuga.

Sabía que tenía escasos minutos para destruir el laboratorio de elaboración de drogas. Se subió a una máquina elevadora de palés y derribó la puerta metálica de acceso. El hedor químico era abrumador, pese a los ventiladores de techo y los extractores de humos.

Dos trabajadores que estaban llenando bolsas de plástico con droga sintética en forma de pastillas de colores salieron corriendo, asustados por lo que les pudiera pasar. Ninguno de ellos llevaba batas de hospital, gorros, calzado esterilizado, gafas de laboratorio ni máscaras de quirófano. Las condiciones de seguridad e higiene eran pésimas.

Apareció un guardia con un fusil en sus manos, pero antes de que lo pudiera levantar y disparar, David le lanzó el bidón que había traído consigo del almacén. El hombre cayó hacia atrás, chocando contra la mesa donde habían estado metiendo la droga, desperdigándose así cientos de pastillas por el suelo. David se abalanzó sobre él, quitándole el fusil y disparándole a la cara.

Comenzó a derramar el bidón de gasolina por encima de las mesas y las estanterías. Luego lanzó el bote vacío. Entonces, encendió el Zippo y lo dejó caer al suelo de cemento, produciendo el fuego que desencadenaría el súbito y devastador incendio.

Se llevó consigo el fusil. Al salir al exterior oyó gritos. Un grupo de soldados corrieron hacia él, disparando en derredor ráfagas de metralla. David les respondió y continuó su huida.

Dos guardias le interceptaron. Al primero le pateó la entrepierna y acto seguido le golpeó la cabeza con la culata del arma. Al segundo le golpeó en el estómago, cayendo doblado al suelo, jadeando en busca de aire.

David se internó en el bosque, corriendo en dirección hacia donde había dejado el vehículo. Al llegar, un hombre uniformado se le abalanzó, pero él se tiró al suelo hacia un lateral y apretó el gatillo del fusil. Cuando se levantó vio la expresión estupefacta de aquel sujeto: la sangre le salía de un agujero desde el centro de la frente.

Al aproximarse al coche recibió un golpe en la espalda, desprendiéndose del arma. Se giró y vio a Babloo, sangrando por la

cabeza y con un palo de madera.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó David, levantándose con rapidez—. ¿No has tenido suficiente?

Babloo pronunció rápidamente palabras ininteligibles en tamil. Lanzó lejos el palo y sacó un cuchillo, trazando en el aire un arco. David saltó hacia atrás, evitando la envestida.

El gigante le dirigió la hoja hacia el bajo vientre, movimiento que aprovechó David para asestarle un puñetazo en el costado. Sin dejarle tiempo a que reaccionara, reinvirtió la dirección del cuchillo y se lo clavó en las vísceras, llevando la hoja hacia arriba por el costado. Con la hoja clavada, lo empujó hacia atrás, cayendo todo su enorme cuerpo al suelo. David salió corriendo hacia el coche.

Arrancó, pisó el acelerador y recorrió el camino de vuelta a gran velocidad, atravesando el cordón de seguridad de la entrada con toda urgencia. Un guardia salió con su fusil disparando con la culata pegada al costado izquierdo. Las balas impactaron como granizo contra la carrocería del coche.

Un *jeep* salió hacia su encuentro, rechinando y derrapando en el camino de tierra. David redujo la velocidad y cuando lo tuvo cerca lo golpeó en un lateral. El vehículo giró hacia un lado pero fue impelido hacia arriba al salirse de la calzada y chocar contra unas piedras, volcándose la mole.

Por fin, David se fue alejando.

22

Al llegar a Thapattai, David fue llevado ante Kaali. El jefe del cártel estaba a la sombra en las gradas bajo una enorme lona. En la arena estaba todo dispuesto para soltar a un toro.

Una enorme masa de gente inundaba el perímetro subida a la precaria barrera de tablones de madera. También había grupos sobre carrocerías de vehículos, en árboles y sobre los tejados de las casas de alrededor.

Kaali llevaba puestas unas anchas gafas de sol negras y estaba acompañado de la joven, quien le masajeaba los hombros. Bebía *whisky* de un vaso ancho de cristal. Al ver a David, despidió a la chica con un ademán.

—Vete para la casa y espérame allí.

—Pero quiero ver el espectáculo.

—En otro momento.

Ella se fue a regañadientes, no sin antes mirar de arriba abajo al visitante extranjero, como si estuviera evaluándolo.

David se aproximó, al darle paso los hombres de seguridad que le acompañaban.

—El cártel de Perumal ya es historia.

Kaali soltó una carcajada al aire.

—Ahora debes de afrontar las consecuencias —dijo, y de un trago se terminó el *whisky* del vaso; un diligente empleado se lo recogió de las manos con una leve inclinación, como si estuviera obteniendo un objeto por parte de una santidad a la que había que mostrar veneración.

—¿A qué te refieres?

—La situación… Digamos…, que tiene matices.

—¿Qué matices?

—Morir en el ruedo, gringo.

—No es lo que hablamos. Si yo tumbo al toro y gano, salgo libre. Este era nuestro trato.

—Ya, ya… —le interrumpió, levantando una mano al aire—, pero si has acabado con mi rival, yo no quiero que acabes conmigo. Yo lo llamo matices psicológicos. Ahora mismo mi cártel es el más poderoso de la India.

—Tú me has ayudado a terminar con Perumal y yo te devuelvo el favor saltando al ruedo para satisfacer al público de *jallikattu*. Pero si no mantienes tu palabra, demuestras que no eres un hombre de honor.

—Ay, el honor. ¿A quién le importa? Lo primordial es saber lo que le conviene a uno.

—Entonces, la buena educación, el respeto…

Kaali alzó otra vez la mano y la movió en el aire como si estuviera espantando moscas.

—La educación en este país es espantosamente primitiva. Solo para la inmensa mayoría que no puede permitirse enviar a sus hijos a colegios privados. Pero en ciertos aspectos son mejores que los colegios en Occidente. Por cierto, nuestros colegas americanos están en crisis. Parece ser que han cortado de raíz las actividades de Steve Gilligan. ¿Lo conoces?

—No, no he oído hablar de él.

—No es eso lo que me han comunicado.

—Imposible. En Colombia no hemos oído hablar de él.

—¿Cómo puedes ser tan irrespetuoso conmigo en mi casa?

—Creo que me viene de manera natural.

Kaali soltó una sonora carcajada. Juntó las manos alrededor de su estómago, como un sacerdote impartiendo una lección de moral.

—Dicen que murió durante un tiroteo con la policía. Esa es la versión oficial. Aunque la realidad puede ser algo distinta. Sabiendo cómo has acabado con Perumal, pienso si tú has tenido algo que ver con el final de Steve Gilligan. ¿Sabes? De él compraba mucho, y no me gusta que nadie me dañe el negocio.

—Creo…

—¡Crees!

—Creo que no es correcto especular. Las especulaciones conducen a falsas conclusiones.

—Ah, ¿sí? —Hizo una pausa para que en vez de disipar la tensión, la aumentara—. Inquietante. Aunque la palabra correcta sería «desastre». Y a mí, ese tipo de palabras no me gustan. Me suenan a derrotismo. Y la derrota es para los débiles, no para los fuertes como yo.

—Buena estrategia ofensiva.

Kaali gruñó.

—¿Verdad que sí? Quien lo mató no se limitó a ponerle una pistola en la cabeza. Interrogó a un indio guyaratí que era nuestro representante en los Estados Unidos.

—De verdad, no sé de qué hablas.

—Tú no eres colombiano. Eres español. Te llamas David. Fuiste tú quien mató a Steve Gilligan y acabó con la distribución de fentanilo en California. Me has hecho daño, no mintiéndome, sino cortándome la cadena de suministro de la materia prima que necesitamos.

—¿Necesitamos? ¿Te refieres a ti y a tu socio, quien te ha pasado esa información? ¿Cómo se llama?

—Estás loco. Encima me pides explicaciones.

—Sikandar Rao, ¿verdad? Quien te manda la mercancía a puerto escondida en cajas de comida enlatada es Sikandar Rao a través de su empresa Industrias Rao, ¿es así?

Kaali puso cara seria al escuchar el nombre. Señaló con el índice a David.

—He ordenado a mis hombres que suelten al mejor toro. Le han hecho beber licor local, le han esparcido polvo picante en los ojos, orejas y boca, y le van a pinchar la cola y los testículos para enfurecerlo antes de salir. Es muy probable que el toro se salga con la suya, pero por si acaso, estarán mis hombres pendientes de ti. —Hizo un gesto y escoltaron a David al ruedo improvisado.

El público estaba enfebrecido. Iban a presenciar por primera vez a un hombre blanco entre la vida y la muerte cuando se enfrentara con el toro. La atención de David estaba puesta en las enormes puertas metálicas con refuerzos de hierro que quedaban al otro lado de la arena.

Las puertas crujieron al abrirse. Al principio hubo un estremecedor silencio. La gente esperaba con ansias ver a la bestia. Entonces, salió. Era inmenso y pesado. La multitud rugió de júbilo. El animal resopló con fuerza y golpeaba el suelo con las patas.

David permaneció quieto en el medio, sin moverse. Pero dio unos pasos hacia un lado y el toro, al verlo, cargó hacia él.

Recordó las palabras de Guru: «*Cuando somos sorprendidos, los hombros tienden a elevarse. Por lo tanto para que se produzca la efectividad en la ejecución de las técnicas tanto de artes marciales como de toreo, los hombros deben de estar relajados, bajos, bien equilibrados. Ten en tu cabeza: distancia-espacio-tiempo. El embroque es la unión del torero y el toro en el momento exacto de una acción técnica, en distancia y tiempo con la más absoluta exactitud*».

David engañó al toro alargando el brazo izquierdo, utilizándolo como muletilla, y evitando así la primera carga del animal.

—Olé, olé —gritaba Kaali lleno de satisfacción.

Era mucho más delgado y algo más pequeño que un toro de lidia español, aun así, era todo furia y músculo. A pesar de haber visto torear en España, solo ahora David comprendía lo enormes que eran.

La multitud coreaba.

El toro volvió a la carga. En aquellos ojos no brillaba ninguna otra posibilidad: o lo vencía o el animal lo empitonaba hasta la muerte.

Descartaba echar a correr de un lado a otro de la arena porque el animal era más veloz, y podía alcanzarle. Sin embargo, era consciente de que tenía que seguir los dictados de un matador. Como tal, guardarse de paciencia y mantener la sangre fría.

«*El torero que respeta los terrenos del toro siempre saldrá airoso de la*

situación, al igual que en las artes marciales. —Le dijo en su día Guru—. *Es ahí cuando entran las estrategias de las distancias frente a tu oponente que siempre te he enseñado y que debes de mantener con tus contrincantes. Combina cuatro elementos: Kokyu; ritmo de la respiración. Ritmo; existe ritmo en todas las cosas, incluso dentro del caos. Distancia; es el Maai, la llave del éxito. Mente; tienes que mantener la atención*».

El animal fue hacia David con la cabeza baja y los cuernos hacia su estómago.

Un movimiento en falso y el pitón desgarraría su abdomen. Por tanto, sus movimientos tenían que ser limitados, de lo contrario, el toro lo mataría.

David estuvo esquivando una y otra vez al toro, frustrando constantemente al animal, lo que seguiría haciendo hasta que este no viera amenaza en él.

Recordó de nuevo las atropelladas lecciones de Guru: «*Puedes adaptarte y superarlo, o consumirte y morir. Debes de mantenerte en un estado de cautela y atención. En el momento en el que el torero coge la muleta, lo primero que hace es medir la altura al toro, ya que cada uno puede ser de diferente morfología. Por esto debes de tener en cuenta: anchura-espacio-tiempo; una colocación inexacta por parte del torero acabará en ser arrollado por el toro. Lo mismo para el luchador, que debe de tener una colocación precisa y exacta, dominando los ángulos y la distancia con exactitud y precisión. Cuando el oponente ataque, debes de reaccionar rápidamente avanzando hacia él, metiéndote en su ángulo muerto y alcanzando sus puntos vitales*».

En aquellos momentos David estaba demasiado enfadado para morir. Optó por contratacar.

Cuando le pareció que el animal estaba lo bastante cerca, fue entonces cuando decidió que era el momento oportuno. David lo cogió por el lomo. El público gritó de pánico, sobre todo los que estaban más cerca.

El toro empujaba a David, intentando quitárselo de encima.

El alboroto de la gente continuó.

David había calculado muy justo, pero le mantuvo agarrada la joroba con fuerza al tiempo que le pateaba la parte trasera de una pata, desequilibrando al animal, que gruñó enfurecido. Levantó el pitón y a punto estuvo de clavárselo si no fuera porque consiguió tumbarlo en el suelo.

En ese instante, Kaali no gritó «olé». Pero el numeroso público saltó de alegría, silbaban y aplaudían con entusiasmo.

El animal, exhausto, se mantenía agachado sobre el polvo rojizo de la arena con las patas dobladas. David lo soltó, dando un brinco hacia atrás para evitar su embestida. Un grupo de ganaderos intervino y con cuerdas lo sujetaron para llevárselo de vuelta.

Parte del público saltó las vallas para aclamar al hombre que había vencido al toro. Pero el animal aún no había salido del ruedo. David intentaba abrirse paso entre la multitud, dirigiéndose fuera de la arena. Con el rabillo del ojo vio a un sicario de Kaali avanzar con algo en las manos.

El hombre corrió hacia David con una navaja por delante. Pero ni vio ni oyó al toro retumbar como el trueno, que se había soltado de las cuerdas, levantando polvo a su paso y enfilando en su dirección. La gente corrió despavorida hacia todas partes.

Fue demasiado tarde para que el hombre retrocediera. Por un instante, aterrado, vio los ojos inyectados en sangre del toro. Eso fue todo para él: el pitón le desgarró el abdomen y lo arrastró varios metros por la arena ante los gritos de espanto del público.

Enseguida varias personas accedieron al ruedo con cuerdas, intentando atar al animal, pero sin conseguir reducirlo. David aprovechó el alboroto para recoger la navaja del suelo, saltar la barrera y correr hacia el umbral por el que había sido empujado a la arena.

Kaali lo vio dirigirse hacia él y abrió la boca para gritar ayuda. El bullicio de la gente era tan fuerte que nadie pudo acudir en su auxilio. David se aproximó con la navaja en la mano y se la hundió entre las costillas, en un ligero ángulo ascendente en dirección al corazón. Las mandíbulas de Kaali crujieron mientras agarraba del cuello a David con toda la fuerza de sus brazos.

Los dos cayeron al suelo. Kaali, de rodillas, hizo amago de sacar una pistola, pero David se la arrancó de un manotazo. A pesar de esto, no aflojaba la presión sobre su cuello. Entonces, David le golpeó con el canto de una mano en el mentón y Kaali lo soltó, pero en un intento desesperado, le agarró la pierna derecha. Trabajosamente, David se desprendió de él, dejándole caer bocarriba sobre el suelo con la navaja clavada en el pecho.

Uno de los hombres armados corrió hacia su encuentro. David cogió la pistola del suelo y, girándose con violencia, lo golpeó en el rostro con el cañón del arma, desplomándose con la clavícula destrozada.

La barrera de madera se hundió al intentar los asistentes huir en masa y el toro comenzó a embestir violentamente a toda persona que se movía a su alrededor. La algarabía fue mayor cuando el público corrió a la desesperada produciéndose una estampida. Todos estaban tan impacientes por salir que durante el proceso se empujaban y se pisoteaban los unos a los otros.

Otro hombre de Kaali intentó levantar su fusil, pero David le golpeó el nervio de la parte interior del codo y al mismo tiempo le estampó el cañón de la pistola en la cabeza.

Rápidamente registró a Kaali. Llevaba en el cuello una cadena de oro, un reloj también de oro y varios anillos con piedras preciosas, sin duda, debido a sus creencias astrológicas. Tenía un teléfono móvil sujeto a la cintura. Lo cogió.

Mientras, el toro continuaba embestiendo a todo el que se le ponía por delante. La gente salía a la desbandada, chillando mientras corría.

David se abrió paso entre la marea humana y en una calle apartada observó la pantalla del móvil.

Miró el último número marcado. Los menús estaban en tamil, pero las funciones eran las habituales y pudo navegar por ellos sin problema. En la lista de llamadas había un número de teléfono que se repetía. Lo marcó. Al otro lado de la línea la persona contestó en inglés.

—Sí, dime. ¿Te lo has quitado de encima?

David reconoció la voz.

Era Sikandar Rao.

Colgó la llamada.

En aquél momento era preciso huir del lugar.

Vio a un hombre tirar su motocicleta para ir a refugiarse de la desenfrenada estampida dentro de una tienda de comestibles a pie de calle. David corrió, levantó la moto y enfiló a gran velocidad hacia la salida del pueblo.

En Bombay, a cientos de kilómetros de distancia de Thapattai, el rostro de Sikandar mostraba desconcierto, en seguida se transformó en preocupación. Tiró el móvil sobre la mesa de su escritorio.

PARTE CUATRO

LA VIUDA NEGRA

23

David no volvió al avión privado de Sikandar Rao, que supuestamente le tendría que estar esperando en el aeropuerto de Coimbatore. Regresó a Bombay en tren. Pero de haberlo hecho no hubiera encontrado allí la aeronave, porque la orden de su dueño fue la de regresar de inmediato sin el pasajero.

Al llegar a la ciudad, fue a asearse a su nuevo apartamento. La habitación aparte de ser espartana, estaba limpia. Más tarde compraría un cepillo de dientes, una pastilla de jabón para el cuerpo y otra para lavar la ropa, un cubo y dos toallas; una para la cara y otra para la ducha. Tenía agua corriente suministrada por grandes tanques de agua ubicados en la azotea y en el barrio no sucedían cortes de electricidad, al menos con frecuencia.

Cuando fue a ver a Hassena, ella se encontraba reunida con un matrimonio musulmán, con sus cuatro hijas y con su único hijo varón. Este último parecía ser el motivo del revuelo.

La gente acudía a verla para resolver disputas y altercados, desde conflictos entre hombres de negocios hasta problemas entre familias o vecinos. Ella siempre los escuchaba y tomaba una decisión rápida y justa. Todos evitaban los tribunales de justicia, a los que calificaban de corruptos, inútiles e interminables.

Llevaba puestas sus gafas, y sobre una silla giratoria de malla de alta tecnología escuchaba a la madre mientras observaba a todos sentados frente a su escritorio de madera sólida de sheesam.

El chico no tendría más de diez años. Llevaba una camiseta a tiras, un pantalón corto hasta las rodillas y sandalias. David se fijó en él, como muchos jóvenes de su edad que pasaban mucho tiempo por las calles tenía aspecto de espabilado.

Al contrario que el padre, que parecía intimidado por la presencia de la jefa del crimen organizado, era la madre quien tomaba la palabra sin cortarse un pelo.

—No nos hace caso —decía ella—. Le pego yo, le da golpes así su padre. —Le atizó un pescozón con la palma de la mano al crío, y él, encima, se rio. David tuvo que evitar reírse también—. Pero no aprende. ¡No quiere ir al colegio, Hassena *madame*! —En un acto de desesperación se tiró al suelo ante la sorpresa de todos y mayor vergüenza pública del marido que corrió a levantarla. Ella suplicó en voz alta—. ¡Métalo en la cárcel! Se lo pido por favor. A ver si así aprende. ¡Métalo en la cárcel! ¿Cómo vamos a casar a nuestras hijas

teniendo a nuestro hijo sin futuro?

Hassena le llamó con el dedo.

—Ven aquí.

El chico, con sus ojos negros relucientes y cabello peinado a raya, pero desordenado por los lados, se levantó y se acercó con timidez.

—Dime, ¿cómo te llamas?

—Kabir.

—Muy bien, Kabir —dijo Hassena y se giró hacia David, señalándolo—. Este es mi amigo y te va a dar un paseo. —Se acercó a David y le murmuró al oído—: Llévalo con el inspector Chitkara. —Entonces, se dirigió al joven con un tono cariñoso—. *Bachcha* (chico), ve con él. Mientras, yo tendré una conversación con tus padres y tus hermanas.

Él miró de arriba abajo a David, sorprendido por su aspecto; parecía un actor de cine de acción, guapo y atlético. Complacido movió la cabeza de lado a lado sin decir nada, gesto que en la India se interpretaba como estar de acuerdo.

David le compró un helado y después le dijo que tenía que saludar a un amigo.

Cerca del edificio de Hassena había una comisaría local. Era un edificio pequeño de dos plantas y tejados rojos. La entrada estaba cubierta por un pórtico de hojalata.

Al llegar se encontraron con la multitud habitual agolpada en el exterior, familiares de detenidos, buscadores de favores, abogados hablando con sus clientes y demás marcados en la desgracia.

Aquel ambiente parecía dar una imagen de pesadumbre y desconsuelo. Pero era así como la India funcionaba. Como en muchos otros aspectos, la burocracia y la administración eran un caos, pero dentro existía un orden con unas reglas que todos parecían seguir y no se planteaban cambiar. Todo aquello era tan intrínseco en el país como los prejuicios que unos y otros sentían por cuestiones de casta y religión.

David paseó al crío por la comisaría mientras se terminaba el helado. Entraron en el despacho del inspector Chitkara, que en aquellos instantes terminaba una llamada en su teléfono móvil. Tenía una cara redonda, una enorme barriga que colgaba sobre su cinturón, apenas visible, y unos antebrazos cubiertos de espeso vello negro.

Vio a David, conocido sicario de Hassena, y luego al chico, así comprendió lo que sucedía. No era la primera vez que le traían a un joven descarriado para enseñarle con exceso dramatismo cómo acababan los niños que no se portaban bien.

—Pero ¿a quién tenemos aquí?

—Kabir, inspector *saab* —respondió el joven, muy orgulloso de sí mismo, refiriéndose al oficial con respeto.

—Kabir —repitió el inspector, dando un golpe en la mesa que hizo saltar el teléfono móvil. Frunció el ceño. Se levantó de un salto de su asiento—. Bienvenido. Mira, ven conmigo.

David se quedó apoyado en el resquicio de la puerta con los brazos cruzados. Recordó a Sameer. En una ocasión había amedrentado al chico del mismo modo. Por entonces consiguió enderezar al joven. Algunas veces hacía sus travesuras, como los chicos de su edad, pero nunca se había metido en líos con la Policía. Sonrió. Qué contraste. Él, convertido en un sicario profesional de la jefa del crimen organizado de Bombay, dando lecciones a un chaval para no meterse en problemas con la justicia y corregir su vida para no caer en el crimen.

El inspector Chitkara puso sus dos manos sobre los hombros de Kabir y lo condujo por un pasillo; giró la cabeza hacia David y le guiñó un ojo.

Por su parte, el oficial de policía y su comisaría estaban implicados en corrupción hasta el tuétano. Especialmente él, que mantenía fajos de billetes en una caja fuerte Godrej escondida en su despacho. El presupuesto que manejaban por parte de los fondos del Gobierno era tan mísero que no alcanzaba para cambiar los roídos muebles y todos los depósitos de gasolina de los vehículos que tenían a su cargo. Todo el dinero en efectivo que recibían de sobornos cubría los gastos, además eran ganancias extras para el inspector, sus subalternos y algo más para los superiores, que de vez en cuando el inspector Chitkara se encargaba de repartir en un sobre, reuniéndose con ellos en la oscuridad de un restaurante o café. «Incentivos, lo llamaban. Esto era gracias a Hassena, de lo contrario, no habría policía de a pie que pudiera recibir un dinero extra que paliara su mísero salario mensual. Tenía a la comisaría comprada y ellos hacían todo lo que ella mandara.

—¿Sabes qué hacemos aquí, Kabir? —preguntó señalándole una celda. El chico estaba desconcertado. En el interior había dos borrachos y un hombre con aspecto de psicópata. Como no respondía, el oficial prosiguió—: Metemos a los malos. A la gente que se pasa mucho tiempo en las calles haciendo cosas que no están bien.

—Yo no soy malo.

—Entonces, ¿eres bueno con tus padres? ¿Vas al colegio? —le preguntó refunfuñando con tono inquisidor agachándose a la altura del crío—: Dime, ¿por qué mi amigo te ha traído aquí si no has sido malo?

Kabir bajó la mirada, estaba a punto de romper a llorar.

El prisionero de aspecto psicópata se acercó a la puerta enrejada.

—Deje que el chico se quede con nosotros. Yo lo cuidaré y él se lo pasará muy bien.

El inspector se enderezó, apartó con una mano a Kabir.

—Eh, tú. Desgraciado. Mejor te lo pongo. Voy a entrar yo que soy de tu tamaño.

El inspector Chitkara cogió un *lathi* —palo de bambú—, y entró en la celda. Comenzó a dar palos a diestro y siniestro de manera exagerada. Los tres prisioneros chillaban tanto que varios policías corrieron al lugar pensando que algo grave estaba sucediendo.

Kabir corrió al encuentro de David, llorando y temblando de miedo.

—Quiero volver con mis padres —dijo, abrazándole mientras escondía su rostro en un costado de su cuerpo.

El inspector Chitkara salió de la celda y alzó el pulgar al aire en dirección a David, que le contestó del mismo modo.

Una vez fuera, David puso un brazo por encima del hombro de Kabir, que continuaba sollozando.

—¿Te gusta ir al cine?

—Sí, *saab*.

David se metió una mano en el bolsillo, sacó varios billetes de cien rupias y se los ofreció.

—Gracias, *saab.*

—Guárdatelos en el bolsillo. Ahí tienes para ir con tus hermanas y con tus padres a ver una película, y comer palomitas. ¿Sabes? Tus padres te quieren mucho. Ellos esperan que seas un héroe para tus hermanas. Y la mejor forma de serlo es hacerles caso. Ve al colegio, estudia, porque el conocimiento te dará poder, más que el que tiene el inspector Chitkara.

El joven asintió con la cabeza gacha.

—Gracias, *saab*. —Se puso la mano en el corazón—. Lo haré. Lo prometo.

De vuelta en el edificio de Hassena, Kabir corrió a abrazar a su madre.

—Kabir, has podido ver donde acaban las personas malas —dijo Hassena—. Tu madre y tu padre quieren que seas bueno, vayas al colegio y tengas estudios. ¿Les harás caso?

—Sí, Hassena *madame* —murmuró el chico, sollozando—. Lo prometo.

—*Shabash* (muy bien) —dijo ella con una sonrisa.

Hassena le regaló a la madre una máquina de coser, a Kabir y a sus hermanas libros de lectura y de ejercicios en inglés, y al padre, que de profesión era peluquero, un equipo de peines, tijeras y una máquina eléctrica para cortar el cabello.

Una vez que Hassena y David se quedaron a solas, él le contó todo lo sucedido en Tamil Nadu y la implicación de Industrias Rao en la red de narcotráfico.

—Mira, David. ¿Tengo que explicártelo? —preguntó ella—. Si Sikandar está implicado en el tráfico de drogas…

Él alzó la mirada.

—Ya sé lo que tengo que hacer —dijo con voz firme, interrumpiéndola—. Que no te quepa duda.

—Muy bien, pues adelante. Haz los preparativos.

24

David llamó a Sikandar Rao desde un teléfono público solicitándole una reunión. Él le dijo que un coche iría a recogerlo al lugar donde se encontraba, un puesto callejero cochambroso de comida rápida que a la vez funcionaba como locutorio.

Se tomó un té masala mientras observaba el tráfico.

Estaba inquieto. Una aguda punzada lo enrabió. Su amigo Sikandar lo había traicionado, ¿cómo había sido capaz?

Luego tomó asiento en un taburete de plástico y abrió el manoseado periódico *Navbharat Times*. A un grupo de criminales la policía los había abatido después de darles el alto en Mira-Bhayandar, y estos, en vez de detenerse comenzaron a dispararles. En la foto se veía a varios curiosos observando las manchas de sangre en el suelo.

Hojeó otro periódico, el *Sakal*. Vio las fotos de los jugadores del equipo nacional de críquet celebrando una victoria. En otra página leyó la noticia de la muerte a puñaladas de varios civiles por parte de un lunático que creó el pánico al entrar en unos grandes almacenes con un cuchillo.

Dejó el periódico a un lado y se puso de pie, viendo el tráfico circular. Al lado había una tienda Bata que anunciaba en su escaparate, lleno de zapatos de todo tipo, su época de rebajas. La gente no paraba de entrar y salir del establecimiento con bolsas de la compra.

Veinte minutos más tarde de la llamada, un Mercedes Clase E con las ventanas tintadas de negro lo recogió. Aparte del conductor, había un hombre en el asiento de pasajeros y otro de copiloto.

Una vez dentro del confortable interior le taparon los ojos con un antifaz y le pusieron unos tapones de cera en los oídos. Nadie habló mientras serpenteaban por las entrañas de Bombay.

La única forma de saber a dónde le llevaban era la sensación de aceleración y el paso del tiempo. David Ribas conocía tan bien la ciudad como un residente de Bombay o incluso mejor. Sabía calcular direcciones y era prácticamente inútil evitar que supiera a dónde iba. Para él, lo único que importaba era concentrarse en dos importantes conceptos: la percepción y la memoria.

Conforme pasaban los minutos, ya supo que estaban dando vueltas por el centro urbano para confundirle y para estar seguros de que nadie les seguía.

En un momento dado, el Mercedes se detuvo de forma brusca y

sacaron a David del coche. Lo escoltaron dentro de un edificio, cogieron un ascensor y salieron en la octava planta.

David ya se había dado cuenta de que estaban accediendo al mismo lugar donde él ya había estado, pero desde otra entrada. Lo llevaron a un despacho, lo hicieron sentar y, por fin, le quitaron los tapones y el antifaz.

Frente a él estaba Sikandar Rao. Ambos estaban sentados en unos sofás tapizados de chenilla en colores pasteles. Entre ellos había una mesita de café de madera tallada.

Los dos se miraron en silencio hasta que David, dijo:

—Tengo un problema para ti.

—Ya me conoces, «Solución» es uno de mis apellidos, amigo. —Sikandar rio con su ocurrencia.

—Industrias Rao importa comida enlatada en la India, ¿verdad?

—Sé a dónde quieres llegar. Déjate de rodeos. Y quiero decirte que para hacer dinero tienes que gastar dinero. El dinero lo consigue todo…

David le interrumpió.

—Los dos grandes cárteles de la droga recibían del puerto de Tuticorin camiones cargados de conservas, donde se ocultaba droga para refinarla, adulterarla y hacer fentanilo.

Sikandar guardó silencio manteniéndole la mirada.

—¿Y?

Mientras hablaban, un grupo de personas entraban al edificio, desarmaban al grupo de seguridad y con alguno que se negaba a rendirse se enzarzaban en peleas con puños y palos.

—Desde México tú comenzaste a importar la materia prima para que Perumal y Kaali elaboraran drogas sintéticas como el fentanilo —continuó David—. En aduanas pagabas un considerable soborno a los funcionarios para alterar los documentos y sacar la mercancía del puerto.

Sikandar se rio nervioso.

—Venga, David —suspiró él con fingida compasión—. La muerte de un crío de la calle te ha hecho pasar de una misión relacionada con las drogas a una conspiración multinacional, ¿es eso? —Como David no decía nada, él continuó—: En la India debes de comprender que no hay una sola persona que esté a cargo del país. La burocracia, las compañías del mundo financiero… La India está gobernada no por el ente político, que son marionetas, sino por un conglomerado orgánico de entidades.

—Llevo mucho tiempo aquí para saber cómo funciona este país —dijo David—. No me des lecciones a estas alturas.

Sikandar frunció el ceño como si estuviera ofendido.

—Joder, David, ahora vienes aquí y hieres mis sentimientos,

acusándome de tráfico de drogas. —Sonrió irónicamente—. Eso lo tendrás que demostrar en los juzgados. Y ahí tienes la batalla perdida. Te aseguro que no lo lograrás por tu condición de extranjero y porque no tienes pruebas materiales en mi contra. No puedes hacer nada —murmuró con una sonrisa cálida y condescendiente por igual.

—No sé en qué mundo vives, pero tú no has pisado la calle desde hace mucho tiempo. Estás rodeado de tanta banalidad y lujo que no disciernes correctamente sobre la realidad.

Sikandar pensó un momento.

—¡Bah! —soltó él—. Mi motivación es el beneficio. Ni la política, ni la ideología, ni la religión. Solo el rendimiento de mis negocios.

—Me has defraudado —añadió David, claramente enojado—. Pensaba que eras mi amigo.

Sikandar arrugó la cara, concentrándose.

—¿Tu amigo? —Se encogió de hombros y lo reprendió—. Tú no tienes más amigos que a ti mismo. Estás solo en este mundo. En el fondo eres el último de los aventureros. Lo extraordinario es que hayas sobrevivido tanto tiempo.

Sonaba como si lo hubiese insultado.

—Es despreciable lo que haces —declaró David—. Esto es distinto, no son negocios.

Él se pasó una mano por la cara. Después, alzó la cabeza mirando el techo. Trataba de encontrar algún argumento, una salida de la situación en la que él se había metido.

—No soy más que un hombre de negocios, David —insistió Sikandar—. Déjalo estar, ¿vale? A veces se gana, a veces se pierde. Compréndelo. Es preciso mantener las fachadas para que parezcan legítimas. —Sonrió—. Buena frase, ¿verdad? No sé quién lo dijo pero si no lo hizo nadie me atribuyo las palabras.

—Has cavado tu tumba, Sikandar.

Él se levantó enfurecido. Su carácter prepotente y soberbio hizo que soltara la lengua.

—¡David! No sabes con quién estás hablando. Hago un chasquido con los dedos y puedo hacer que te metan preso en una mugrienta cárcel por el resto de tus días. Te conozco, sé de tus actividades con Hassena…

La puerta se abrió de par en par. Un grupo de hombres entró a la espera de recibir las órdenes.

David hizo un gesto con la cabeza en dirección al millonario sij, y lo agarraron por los brazos.

—Tu poder y red de influencias se han terminado.

—¡*Maderchods!* (hijos de puta) —gritó Sikandar, mientras se lo llevaban a rastras con celeridad.

25

Dos horas después, David y Sikandar se encontraban sentados frente a frente en una barca de pescadores.

Estaba oscureciendo. Otros dos hombres los acompañaban, uno de ellos navegaba la embarcación hacia el horizonte del mar Arábigo.

Sikandar cerró los ojos y las lágrimas empezaron a surcar por su rostro. David sintió el miedo que afloraba en él.

—¡David! Te lo pido por favor —imploró. Intentó moverse, pero no podía. Sus pies estaban inmovilizados dentro de una caja de madera con cemento y sus muñecas estaban atadas con bridas de plástico. Uno de los hombres encendió una lámpara—. Diez millones, David. Imagínate lo que podrías hacer con ese dinero. Llévame de vuelta a tierra. No lo hagas, por favor.

David era consciente de su estado psicológico. Por primera vez veía cómo el millonario hombre de negocios perdía su aplomo. El miedo actuaba en él como pura anticipación a lo que estaba a punto de ocurrirle. En cambio, el dolor físico hubiera sido cuantificable y real. Por eso el miedo que sufría era más potente que el dolor que le pudieran infligir.

—Convénceme de que no tienes nada que ver con la droga que hay hoy en día en las calles de Bombay y en el resto del país —dijo él, observándole fijamente.

Sikandar miró de izquierda a derecha, como si buscara las palabras. Cerró y abrió los ojos y negó con la cabeza.

—¿Qué? —preguntó David.

—Que para ti el fin justifica los medios, ¿verdad?

—Sí, en ocasiones es así.

—¿Su fin o solo el tuyo?

—Déjate de cuestiones filosóficas —respondió—. Lo importante es que no mueran más jóvenes a causa de tus negocios con la droga.

Sonrió nervioso, miró hacia otro lado y se quedó callado de nuevo. Luego dijo:

—Esto va a ser complicado para ti, ¿no crees?

—Sin duda, pero tú me has hecho perder cualquier sentimiento que pudiera tener hacia ti. Has traicionado nuestra amistad. No solo esto sino que has cruzado una línea roja.

—Seré sincero contigo.

David lo interrumpió, alzando las manos con las palmas hacia delante.

—Para, para, hombre. No me digas «seré sincero contigo», porque ahora mismo lo interpreto como «hasta el día de hoy no he dejado de engañarte». De verdad, Sikandar, ¿no podías haberte limitado a aumentar tus negocios legítimos? Pero tu codicia no tenía techo, ¿es eso?

—Eres muy directo, David. Siempre me has caído bien por tu franqueza. —Respiró hondo—. Pero las circunstancias cambian. Las personas acaban teniendo razones que antes no tenían. Sé que suena a excusa, pero tienes años y años, el tiempo pasa y quieres mantenerte en el éxito.

—No es éxito a lo que te refieres, es continuar financiando tu tren de vida. Querías perpetuar a toda costa tu mundo de lujo.

—¿Y si fuera así?

—Nada justifica destrozar la vida de los demás con drogas, y menos aún con la que pretendíais poner a gran escala por las calles, el fentanilo adulterado.

Hubo un silencio entre ellos interrumpido por el chapoteo de las aguas.

—Prométeme que mis abogados contactará con mi hija para que herede todas mis propiedades y mi dinero. Ellos saben qué hacer.

—¿Hiciste un testamento antes de que fuera a verte?

—Soy un hombre de negocios con éxito. Siempre he sido precavido.

—Necesito que me digas quién es la persona que distribuye la droga. Es importante que me digas el principal eslabón de la cadena. A Kaali y Perumal los conocí y no tenían aspecto de salir mucho de Tamil Nadu. Debe de haber alguien más en esta ecuación. Alguien con inteligencia y conocimiento suficiente para haber estado manejando a los dos a su conveniencia durante todo este tiempo.

Sikandar guardó silencio un instante. Entonces, rompió a llorar de una forma gutural, como de niño. David lo había oído en muchas otras ocasiones, algunas personas reaccionaban así antes de ser asesinadas o cuando estaban cerca de la muerte.

Él sabía que no podía hacer nada para ayudar a su antiguo amigo. No había nada que él pudiera hacer excepto acortar aquellos momentos de angustia, matándolo de inmediato. Pero necesitaba el nombre de esa persona clave.

Sikandar respiró hondo y suspiró, se apretó la cara con ambas manos, se dio unos toquecitos en el rostro, quizá tratando de recuperar algo de cordura, y dijo levantando la mirada:

—Se llama Bhumi Diwakar.

—¿Una mujer?

Palideció y asintió rápidamente.

—Sí. Cómo se ha convertido en un conducto para la distribución

de droga por todo el país, lo desconozco, es todo un misterio. Sus operaciones se han ido incrementando al mismo tiempo que ampliaba sus contactos con compradores locales.

—¿Los cárteles del sur eran sus proveedores?

—Sí, y ahora mismo estará informada del fin de Kaali y Perumal, porque ella invirtió en la maquinaria que ambos utilizaban. Teniendo en cuenta esa pérdida, sumada a la paralización de producción de heroína, fentanilo y demás drogas sintéticas… le habrás hecho perder millones de rupias.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—¿Qué garantía tengo que mis abogados contactarán con mi hija y ella herede mi fortuna?

David lo miró muy serio.

—Hablaré con Hassena y se hará. Tienes mi palabra. Pero parte de tu dinero se irá a centros de desintoxicación para ayudar a la gente afectada por tu culpa.

Sikandar cerró los ojos y asintió durante un largo rato, como si tratara de reconfortarse. Luego, dijo:

—Está en Vrindavan.

—¿Vrindavan en Uttar Pradesh?

—Así es.

—Buen lugar para esconderse.

—La gente quiere tener cosas —dijo Sikandar. No podía evitar aquel tono de voz que denotaba su nerviosismo por lo que le iba a pasar—. Cosas que en muchos casos no deberían tener, como demasiado poder, dominio sobre otra gente, demasiado dinero… ¿No te das cuenta, David? Es algo intrínseco en la naturaleza humana.

—No todos somos como tú o como esa Bhumi Diwakar. No intentes convencerme.

Sikandar levantó las muñecas atadas señalando hacia la costa.

—No tú, pero los millones de habitantes que viven en la pobreza. Esos, sí. —Guardó silencio un instante y prosiguió—: Maldita sea, David. Te puedo dar millones de dólares si me sacas de esta. Puedes ser un hombre muy rico.

—Te salvé la vida una vez. Ahora me arrepiento. Si no lo hubiera hecho mi amigo Sameer estaría vivo, y otras muchas personas que se están muriendo por los efectos de las drogas que con tu ayuda están en las calles estarían sanas y a salvo.

—Tú no lo entiendes, David.

—No entiendo, ¿el qué?

—Hoy en día vivimos tiempos convulsos. Es una época de revolución, en todos los sectores de la vida humana, en el tecnológico, en el audiovisual, en el económico… por tanto, son tiempos desesperados que exigen medidas desesperadas. Yo me he subido al

carro. Inicié el negocio de las drogas y me iba bien en ello. Pudiera haber sido otro, pero se me presentó en bandeja el maldito fentanilo.

—¿A costa de sufrimiento, dolor y muerte? Has destrozado la vida de personas, Sikandar. Jóvenes…, familias…

La embarcación detuvo el motor. Esto produjo mayor ansiedad a Sikandar, que empezó a llorar de una manera patéticamente infantil.

—David, por el amor de Dios —dijo a la vez que negaba con la cabeza—. Lo siento, te lo juro. Lo siento.

—Debiste pensarlo antes —respondió David. Hizo un gesto con la cabeza a los dos tripulantes y les gritó—: ¡*Chalo*! (vamos).

Lo agarraron con fuerza por los brazos.

La respiración de Sikandar se entrecortó y se aceleró.

Sus ojos se abrieron como platos y comenzó a gritar:

—No. No. No…

Lo arrojaron al mar por la borda.

26

El empresario Subhash Varma se encontraba reunido con Bhumi Diwakar en la majestuosa casa de ella en Vrindavan. Él se dedicaba a la construcción inmobiliaria. Todo su dinero negro amasado con el tráfico de drogas lo lavaba en la compra de terrenos para edificar, en apartamentos, en la construcción de centros comerciales y de oficinas para grandes corporaciones. A sus cuarenta y pocos años se le consideraba el rey midas de la ciudad de Pune.

Él iba vestido con americana azul oscura y con la camisa blanca por dentro de un pantalón verde caqui que a duras penas enclaustraba su pronunciada barriga. Ella vestía un precioso sari morado con ribetes dorados. A pesar de su edad madura era esbelta y especialmente atractiva. Tenía unos ojos negros y escrutadores y poseía una dominante serenidad que no dejaba indiferente a nadie.

Caminaban por el jardín semicircular que formaba el paseo frente a la vivienda, rodeados de setos recortados decorativamente y de maceteros con hermosas flores. Una ligera brisa permitía que la temperatura de la tarde resultara soportable. Les seguía por detrás un guardaespaldas, manteniéndose en alerta todo el tiempo.

Subhash había viajado en avión desde Pune con el propósito de informarle personalmente a ella sobre lo sucedido con los cárteles de Tamil Nadu. Mientras le escuchaba, Bhumi mostraba un aspecto sorprendentemente tranquilo, pensativo, como si tuviera que resolver un crucigrama. Lo que desconocía el empresario era que ella ya conocía la noticia.

—¿Y cuál es tu conclusión? —preguntó ella.

—Puede que sea el Gobierno que haya decidido acabar con el narcotráfico o que se hayan peleado entre ellos. Desde luego a mí me parece un ajuste de cuentas entre Kaali y Perumal, siempre han sido rivales. Aun así hay una cosa innegable.

—Que es…

—Que mientras sigamos creando dependencia de fentanilo, seguiremos teniendo demanda.

—Eso no es lo que me preocupa. Demanda siempre habrá. Lo más importante para mí es si lo sucedido acabará en Tamil Nadu o de algún modo me salpicará.

—No lo creo.

—Debo de proteger mis intereses y tomar mis precauciones. De momento tendré que conseguir nuevos proveedores, invertir en

refinarías, infraestructuras, contratar a gente nueva.

Subhash sacudió la cabeza despacio.

—Pues habrá que retirarse por una temporada. Mientras yo espero a tener noticias tuyas me dedicaré a mi nuevo proyecto, la producción de películas junto con un grupo audiovisual. Al fin y al cabo producir en Bollywood no es precisamente hacer cirugía cardiaca. Si fuera tan fácil todos los productores tendrían un *blockbuster*.

Los ojos de Bhumi se enfrentaron a los de él con absoluta hostilidad.

—Eres una persona de soluciones sencillas, querido Subhash —dijo ella con una gran sonrisa, por primera vez en la conversación—. Antes tienes que pagarme por la mercancía que te envié y que aún no has vendido.

—Mira… Si quieres que te sea sincero, debido a los últimos trágicos sucesos acontecidos, nuestra relación tiene que estar completamente cortada. Y ya que no va haber mercancía a corto plazo, como compensación, yo me quedaré con lo que tengo actualmente y con todo lo que obtenga al venderla en Maharastra. En un futuro…

Ella levantó la mano, interrumpiéndole.

—Esta reunión ha terminado —dijo muy seria. Hizo un gesto con la cabeza al guardaespaldas—. Él te acompañará al aeropuerto. Buenas tardes.

Subhash intentó decir algo para enmendar lo dicho. Se había dejado llevar. Empezaba a darse cuenta de que ella, si quisiera, podía ponerlo entre la espada y la pared. Necesitaba llevarse bien con ella ya que dependía de su mercancía para ponerla en las calles, vender y generar dinero para invertir en sus otros negocios. Pero Bhumi desapareció enseguida con un andar ágil en el interior de la vivienda.

Se encogió de hombros. «Quizá en otro momento. Cuando las aguas vuelvan a su cauce», pensó. Suspiró y se marchó escoltado hacia la salida.

Minutos después, Subhash, sentado en el asiento de pasajeros de un Audi Q7, hacía una llamada con su teléfono móvil. Informó a su interlocutor de la hora de su llegada al aeropuerto de Pune y de lo fea y horrible que consideraba a la ciudad de Vrindavan, de la que deseaba salir lo más pronto posible. Colgó la llamada.

Al poco rato, el conductor tomó un camino que se desviaba de la carretera.

—Oye, esta no es la ruta hacia el aeropuerto.

El conductor miró por el retrovisor.

—Es un atajo. No quisiera que llegara usted tarde.

El camino empeoró, lleno de baches. A ambos lados se veía

descampado. Estaba anocheciendo y los últimos rayos del sol creaban sombras siniestras con los oscuros matorrales silvestres. El conductor encendió las luces largas.

Subhash se alarmó.

—Quiero que vuelvas a la carretera principal.

—Espere que ya salimos de esta zona.

—No, no quiero.

El conductor detuvo el coche. Se giró hacia atrás apuntando a Subhash con una pistola. Los ojos del empresario chispeaban de puro miedo.

—Salga.

Subhash abrió la puerta y salió lo más rápido posible. Se puso a correr, pero se tropezó enseguida. Su respiración era pesada y fatigosa. Echó mano al bolsillo del pantalón y sacó el móvil. No pudo llegar a encenderlo. El conductor vació el cargador sobre él. Manchas oscuras de sangre empaparon su camisa blanca de algodón.

27

Antes de salir de Bombay, David le hizo saber a Hassena el nombre de la persona que buscaban, Bhumi Diwakar. Lo desconocía, pero pronto lo supo. Realizó una llamada. De una tercera persona fue de quien consiguió el nombre de otra en Vrindavan, y de esta, la información.

Hassena contó a David que de forma deliberada Bhumi Diwakar había arruinado a varios hombres de negocios y amasado durante el proceso una enorme fortuna. Hubo quien la sedujo con diamantes, mucho dinero y enormes cantidades de oro. Decían de ella que había sido una mujer devoradora de hombres hasta la más absoluta perdición de sus víctimas, cual mantis religiosa.

Desde hacía unos años se había instalado en Vrindavan porque había abrazado el celibato y se había vuelto fervientemente religiosa, no por limpiar su alma o en busca de redención sino por superstición, con el fin de ampliar sus negocios con la bendición de Krishna. Donaba dinero a los templos y seguía a diario los ritos religiosos hindúes, comenzando al amanecer con el ofrecimiento de agua al Dios, junto con el mantra devocional *Durga Chalisa*.

—Según me han informado la meta de esa mujer en la vida es el enriquecimiento a toda costa y destrozar la vida de millones de personas, en especial la de los jóvenes —continuó Hassena—. Odia a la juventud. Es una persona que vive amargada y con el resentimiento de no haber podido formar una familia y vivir una vida feliz, como una persona normal. Se casó en una ocasión con un industrial del metal, del cual enviudó. Conforme pasaron los años fue amasando dinero con el tráfico de drogas: no había dinero suficiente para retener a aquel monstruo en el que se convirtió Bhumi Diwakar. El fentanilo adulterado en las calles ha sido la última droga con la que ha estado ganando cuantiosas cantidades. No me extraña que sea conocida como «la viuda negra», por el largo reguero de sangre que ha dejado a su paso.

—Tendrá gente armada, supongo.

—El contacto con el que he hablado me ha explicado que vive apartada de la sociedad. Se mueve cuando ha oscurecido. Intenta no llamar la atención y va a pie a todas partes. Por lo visto tiene tres o cuatro personas que cuidan de su seguridad. Te contactará esta persona con la que he hablado. Es un joyero. Se llama Pawan Mahadevan. Cuando consigas alojamiento llámame desde un teléfono

fijo para informarme del nombre del hostal y yo a su vez hacérselo saber a Pawan para que se ponga en contacto contigo.

—Pero ¿ella dónde vive?

—No te adelantes. Espera la información del joyero. Sé paciente y aguarda el momento propicio para atacar. Estudia la ciudad, a sus gentes, desenvuélvete por las calles. Bajo ningún concepto vayas directamente a su residencia porque ella jugará a su favor. Sé más prudente y abórdala cuando ella esté fuera. Pawan te dirá cuándo.

David recorrió en tren los mil cuatrocientos kilómetros que separaban Bombay de Delhi. Tras veintidós horas de viaje, llegó a la capital, donde cogió otro tren para la ciudad de Vrindavan, en el distrito de Mathurá, situado en el estado de Uttar Pradesh.

Una vez recorrido ciento sesenta kilómetros por fin llegó a la ciudad de Vrindavan, considerada un centro espiritual, rebosante de *ashrams*, albergues y templos hindúes dedicados al dios Krishna. Sin embargo, también la población era conocida por dar cobijo a miles de viudas procedentes de toda la India.

Aunque había mujeres que viajaban por su propia iniciativa para quedarse a vivir en los *ashrams*, otros familiares acompañaban a la viuda para dejarla en una esquina de la calle, expulsándola así del hogar familiar, donde ya no la consideraban como parte de ellos al ser lastrada para siempre por la desgracia tras haber fallecido su marido.

Normalmente, actúaba así su familia política; la única que le quedaba desde el momento en que pasó a vivir en la casa luego de contraer matrimonio, donde en los casos más extremos era considerada poco más que una propiedad.

Ella podía ser de avanzada edad, como la mayoría, pero también muy joven, casadas siendo adolescentes con hombres más mayores, que al fallecer las dejaban solas y desprotegidas, sin propiedades ni derechos, y con toda una vida por delante para no aspirar a nada más que a morir.

Porque quien muere en Vrindavan no es tan privilegiado como quien muere en la ciudad todavía más sagrada de Benarés, pero habrá avanzado mucho en su intento de llegar al *moksha*, a la liberación de las ataduras del karma, la liberación espiritual.

David visitó uno de esos albergues, donde pidió una habitación para un par de semanas. Pagó en metálico con antelación, alegando que estaba de paso: era un escritor de viajes, y si le saliera un tema a tratar en otra ciudad cercana se tendría que ir de improviso. Mostró un carné de conducir internacional, como prueba de identidad, con nombre portugués. El recepcionista sacó una fotocopia del documento y se lo devolvió. Dado que había realizado el pago por dos semanas completas, no puso objeción alguna.

El gerente que dirigía el negocio le invitó a un té cuando supo a

qué se debía su estancia. Le dijo que en una ocasión la BBC lo entrevistó para un documental. No dudó en darle una breve explicación de la situación social y cultural.

—La cruel práctica del rito del satí, que las obligaba a inmolarse en la pira funeraria de su marido, fue proscrita bajo la dominación británica en 1829. Aunque en la práctica, el castigo por haberle sobrevivido se considera en ocasiones aún peor que la propia muerte.

»Ya que en la vida contemporánea una mujer viuda es mártir, paria, repudiada, incordio, presa, exiliada, condenada al ostracismo y estigmatizada de por vida como ave de mal agüero, viva físicamente, pero muerta socialmente. ¿Hay excepciones individuales? Por supuesto, por eso se llaman «excepciones».

»Muchas viudas visten con saris blancos y se rapan la cabeza como forma de anunciar el fin de su atractivo femenino, pero otras no. Sin embargo, la mayoría se dedica a entonar cánticos de forma ininterrumpida durante horas en los templos, y así se ganan un plato insulso de comida en pequeñas raciones, un té caliente, y de este modo, un motivo para seguir viviendo. Suelen tener un techo en centros de acogida y en otros privados financiados por ONGs, pero en el peor de los casos, duermen a la intemperie junto a los perros.

Le dio un mapa y le señaló el número de centros sagrados y lugares de interés. Al salir a la calle David llamó a Hassena desde un locutorio local y le hizo saber el nombre del lugar donde se hospedaba.

Durante el resto del día y del siguiente estuvo recorriendo la ciudad. Visitó templos donde entonaban «*Hare Krishna, Hare Krishna, Krishna Krishna, Hare Hare…*». Anduvo por todas las calles y comercios, y entabló conversaciones con tenderos y vendedores de té a pie de calle.

Al tercer día, por la mañana, le llamó la atención una multitud arremolinada a la entrada de uno de los muchos templos de la ciudad. Preguntó a una señora a qué se debía el espectáculo. Le respondió que un conocido *sadhu* visitaba Vrindavan y los fieles devotos esperaban recibir su bendición. Solo unos pocos afortunados conseguirían acercarse a aquel hombre y compartir con él sus súplicas, ruegos y gratitud.

Después decidió visitar los alrededores de la ciudad. Era la hora punta. El tráfico era muy denso. En la parada del autobús se quedó de pie, leyendo un periódico en hindi. Cuando llegó el desvencijado vehículo dejó que la gente subiera por delante de él.

El revisor, un joven enjuto, terminó por dejar entrar a los pasajeros que se daban empujones y a otros les dijo que cogieran el siguiente autobús. Tocó un timbre. El conductor reinició la marcha.

David detectó a un hombre que se estaba haciendo un hueco

entre la gente para llegar a la parte trasera, donde él se había situado. Notó que esa persona había hecho contacto visual con él en dos ocasiones, ahora era la tercera. Le había estado siguiendo desde que dejó el albergue. Pasó junto a David.

Era un hombre vestido con pantalón de pinzas y chaqueta. Tenía el cabello teñido de negro cobrizo.

Acercó su rostro al de David.

—Te llamas David, ¿verdad? —preguntó. Su aliento olía a tabaco.

—¿Quién lo pregunta?

—Me llamo Pawan Mahadevan, soy el dueño de la joyería Mahadevan. Me ha contactado Hassena *madame*. Ella me dijo dónde te alojas, pero me advirtió contactarte solo en un lugar público lleno de gente. Te he estado siguiendo.

—Sí, lo sé.

—Estás buscando a Bhumi Diwakar, ¿verdad?

—Si no lo estuviera no estarías entablando conversación conmigo. Dime qué sabes.

—Ella irá esta tarde al centro comercial Oximax. Suele hacerlo el primer viernes de cada mes para comprar joyas. Es muy supersticiosa. También como una forma de quitarse dinero en efectivo, ya sabes…

David asintió con la cabeza. Hubo un chirrido de frenos que causó que muchos pasajeros se inclinaran hacia adelante. Las puertas se abrieron y el hombre se bajó en la parada.

28

David supo que era ella aunque no hubiera visto su foto.

La acompañaban cuatro guardaespaldas vestidos con pantalones vaqueros y camisetas. Uno de ellos comprobó la seguridad del vestíbulo del centro comercial escudriñando por todas partes. Después de su rápida evaluación hizo un gesto a sus compañeros y estos escoltaron a Bhumi Diwakar hacia la zona de los ascensores.

La observó desde su rincón. Algo en su presencia relajada transmitía una sensación de poder. Parecía de esa clase de personas que no necesitan alzar la voz al dirigirse a sus subordinados y que llamaban la atención con solo una mirada.

Todo en ella parecía natural. Su forma de caminar era tan decidida y segura, su cabello, la curva de su figura bajo su ropa, su rostro, su tez aceitunada. Era alta, de metro ochenta aproximadamente. Sus pechos, cadera y piernas estaban enfundados en un sari de color negro con bordados dorados. Aunque era una persona de cierta edad, aún sabía ser cautivadora. De joven sin duda había sido arrebatadora.

Dos hombres quedaron en la planta principal, discutiendo algo entre ellos, mientras que otros dos la acompañaron hacia uno de los ascensores. David vio que subían a la segunda planta, donde estaban las joyerías y artículos caros.

Al cabo de un rato, Bhumi salió del ascensor junto con sus guardaespaldas, cada uno sostenía una bolsa de tela. Salieron los cinco al exterior con el paso acelerado. Había oscurecido. El sari negro era demasiado elegante para aquel lugar, pero se movía con naturalidad. La gente no le prestaba atención.

Después de vivir en la India tantos años, David sabía cómo comportarse para parecer uno de sus millones de habitantes. Aquello le otorgaba una importante ventaja, como en aquel momento.

Su forma de seguirla era impecable, caminando unas veces más deprisa que otras o deteniéndose en determinado sitio un instante para evitar ser visto.

Pero en un momento dado, cruzaron por una calle estrecha en donde la mayoría de la gente iba en una dirección, excepto él y sus perseguidos. David se enfrentó a un dilema, si uno de los hombres se girase hacia atrás, le vería de inmediato como la única persona detrás de ellos, lo cual despertaría las alarmas. Y si él se rezagaba, ellos le ganarían distancia, desapareciendo en la siguiente calle entre el

barullo de gente.

Decidió pegarse más a las paredes y no rezagarse. Los aparatos de aire acondicionado de las ventanas zumbaban en la penumbra que los rodeaba.

Los vio girar a la derecha en la siguiente calle. Era un laberinto de callejones y rincones oscuros. Si le ganaban distancia, podría perderlos. Así pues, aceleró el paso, girando muy rápido por la misma esquina en la que ellos habían doblado hacía un instante.

Cruzaron una galería de comercios a pie de calle. Todos estaban atestados de gente que reían, discutían, conversaban y disfrutaban del ambiente y del despreocupado ajetreo.

El ruido del tráfico retumbaba en la zona. Los olores a podredumbre, incienso y velas quemadas flotaban en el aire. Pero gradualmente el paisaje urbano que le rodeaba se fue transformando en una zona residencial apartada del gentío.

Hasta entonces la muchedumbre humana le había concedido una oportunidad para permanecer oculto, pero ahora ya no era el caso.

En un intento de prevenir que le vieran se ocultó en las sombras. Pero aquella maniobra sorprendió a uno de los cuatro hombres, quien hizo un gesto a los demás. Uno de ellos caminó al lado de Bhumi y le susurró algo. Ella le dio una orden.

Mientras Bhumi aceleró el paso y se marchó junto con dos de sus hombres, los otros dos se quedaron rezagados. Conforme se acercaba David, los dos hombres le observaban con detenimiento. Sus ojos se endurecieron. Uno murmuró algo a su compañero, poniéndole en alerta.

Quizá para cualquier otra persona aquello no tendría significado alguno, pero no para David: a juzgar por la mirada, él vio a dos cazadores apuntando a su víctima.

—Eh, tú —gritó el que había provocado que su compañero se inquietara—. A ti te he visto en el centro comercial.

David lo vio venir. Sintió un subidón de adrenalina. Rápidamente alzó la vista por encima de ellos y vio a Bhumi entrando en un edificio de arquitectura antigua con sus dos guardaespaldas.

Las miradas se engarzaron y por unos instantes aquel hombre parecía pensar: «Sí, he visto a esta persona antes».

Su mano derecha se extendió hacia debajo del faldón de su camiseta. «Hacia un arma, sin duda», pensó David, que dando un paso hacia él, le apartó de un golpe la mano para evitar que sacara lo que llevaba escondido. Al mismo tiempo, alzó su otro brazo, dándole un puñetazo en la mandíbula.

El hombre perdió el equilibrio y antes de caer contra la pared recibió otro puñetazo en la nariz. El otro hombre corrió hacia él con una navaja en su mano izquierda.

David se echó hacia atrás esquivando con un hábil movimiento la hoja que cortó el aire. Al hacerlo, dio un paso hacia un lado y, a continuación, le propinó un fuerte golpe lateral en el plexo solar. No le dejó tomar iniciativa e inmediatamente, posicionándose detrás de su atacante, le apretó el antebrazo sobre su nuca y presionó con ambos brazos, se arqueó y mantuvo el brazo rodeando su cuello con fuerza.

Por un momento pareció que iba a resistirse, pero enseguida el cuello se rompió y todo el cuerpo sufrió un espasmo. La navaja cayó repiqueteando al suelo. David dejó al hombre muerto, tendido en la oscuridad, junto a la pared. Recogió la navaja y manteniéndola agarrada por la empuñadura se adentró en las sombras, escudriñando el peligro.

No había nadie más.

Entonces, caminó hacia la residencia de Bhumi Diwakar.

29

Conforme se aproximaba al edificio con la navaja por delante, los ojos de David se movieron de un lugar a otro, buscando en recónditas esquinas de la oscuridad lugares donde pensaba que alguien podría aparecer de repente para atacarle.

La puerta estaba abierta. Entró en la vivienda.

El interior del edificio era espacioso y lujoso, decorado con mimo, inundado de un resplandor blanco de neón en una mezcla de modernidad con diseños típicos indios. Había una colección de pinturas enmarcadas que ofrecían imágenes de la mitología hindú. Sofás y sillones tapizados con telas de chenilla roja, cojines estampados con motivos florales. Había aire acondicionado centralizado. Las ventanas estaban cerradas, y las cortinas, rojas y blancas con bordados, echadas.

David permaneció en alerta.

Desde un lateral uno de los guardaespaldas se abalanzó sobre él.

En vez de retroceder y esquivarlo, David avanzó con el pie izquierdo, al mismo tiempo que cruzaba el brazo izquierdo sobre su cuerpo como defensa. La mano derecha la echó hacia atrás y realizando un movimiento circular con el brazo, las caderas pivotando y con la navaja en la mano, viró con fuerza y se la clavó en un costado y luego en el cuello. El hombre cayó primero de rodillas al suelo y enseguida quedó tumbado, desangrándose.

El otro guardaespaldas sacó su pistola, pero David se la arrebató y le rompió el codo con un repentino tirón. Le apuntó en la cabeza y disparó, metiéndole una bala en un ojo. El otro tipo, con la navaja en el cuello, intentó recomponerse, aunque sus facultades motoras estaban dañadas. No consiguió ponerse de pie como pretendía, recibió dos tiros: uno en el estómago, otro en la cabeza.

David revisó el arma, una Glock 21. Se puso de nuevo en alerta.

—Hola —dijo de pronto Bhumi Diwakar, apareciendo tras una gruesa cortina roja que parecía ser utilizada como división de otra habitación anexa. Se había cambiado de ropa. Su sari ahora era de color rojo escarlata—. ¿Es a mí a quien buscas?

David se giró y la apuntó con la pistola. No la había oído entrar, ya que el suelo alfombrado terminó ahogando sus pasos. Ella sonrió, aunque su sonrisa no duró mucho en sus labios.

El tono de su voz era profundo, parecía venir de ultratumba; era el más espeluznante que él había oído en la vida. Si no estuviera

seguro de que aquella persona era una mujer de carne y hueso, pensaría que era una figura mitológica la que acaba de hablar, encarnada en ese cuerpo.

—Tus días se han acabado, lo mismo que tu red de narcotráfico.

—¿Has tenido algo que ver con el asesinato de Perumal y Kaali en Tamil Nadu?

Él asintió.

—Y que no se te olvide Sikandar Rao.

Ella pareció sorprendida.

—¿Está muerto?

—Digamos que no se encuentra entre nosotros.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí? ¿Alguna agencia extranjera te ha enviado? —Como David no contestaba, prosiguió—: Hace tiempo que aprendí que es peligroso trabajar con extranjeros. A veces es complicado saber con quién te las estás viendo. Es como hacer negocios con la droga en un país democrático. Demasiados oficiales y empleados públicos a los que hay que sobornar porque hay que evitar la entrometida opinión pública, las leyes. Por eso no queda otra que la inevitable búsqueda de hacer las cosas extraoficialmente.

Cogió un paquete de cigarrillos de la mesa.

—Sí, ya veo qué quieres decir.

Ella encendió uno con una cerilla y se tomó el tiempo de aspirar y exhalar dos largas bocanadas antes de abrir los labios para hablar.

—¿El qué?

—Quieres justificar cómo has amasado tu imperio de droga.

—Quiero que bajes el arma. —Miró los cuerpos de sus hombres tendidos en el suelo—. No creo que te presente peligro, habiéndome privado de mi seguridad personal.

David bajó el arma.

—Hasta hoy te has enriquecido con la muerte de los demás. Pero es hoy cuando te toca a ti morir por el bien de la gente inocente, de jóvenes a los que estás convirtiendo en drogadictos.

Ella siguió fumando con parsimonia. Comenzó a caminar muy lentamente por la estancia. Sus movimientos eran elegantes y su mirada, provocadora. Parecía estar seduciendo a David, pero él lo interpretaba como un modo de hacerle perder la concentración.

—Nací en Bihar. Mi familia era muy pobre. Éramos *ganwars*, personas iletradas. Mi madre, mi padre y cuatro hermanas. El que fuéramos todas chicas era un castigo para mi padre. Quizá sabes que en la India el tener hijas está mal visto, como que los dioses te han dado mala suerte por algo que tus antepasados debieron de hacer. Todo se debe a la dote, porque el padre la tiene que ofrecer al novio y donarle una cantidad de dinero aparte de pagar los gastos de la boda.

—Por favor, no tengo tiempo para sermones acerca de lo injusta

que es la vida en este país.

Ella hizo como si no le hubiera escuchado. Prosiguió.

—En realidad éramos de Bangladesh aunque como todos los migrantes ilegales hablábamos el bengalí y decíamos que nuestro origen era de Bengala. Por tanto, aunque se sospechara, nadie podría demostrar que no éramos genuinos ciudadanos indios. Este país tiene una sociedad llena de prejuicios que aún prevalecen con la misma intensidad, con la tacañería de clases sociales, avaricia, pretensiones, etcétera, desde tiempos ancestrales. No voy a seguir indagando en esto.

»Nuestra casa, si es que así se podría llamar, era una choza menos alta que la estatura de una persona. Tenía los muros de cartón, madera y tela. El techo no era más que una planta metálica y un plástico para prevenir que el agua de la lluvia nos mojara. Había ratas y perros por doquier. Vivíamos como animales. Contrario a lo que se piensa las ratas dedican tiempo al aseo, como los gatos. Es la promiscuidad a la que están obligadas lo que propicia todo tipo de enfermedades e infecciones.

»Mis hermanas y yo nos sentábamos a jugar, andrajosas y harapientas, en la entrada, entre la suciedad y la mugre que se apilaba alrededor. Incluso apartábamos a las ratas parturientas y les dábamos comida que encontrábamos por los suelos. Mi hermana pequeña murió. A día de hoy pienso que fueron mis padres quienes la envenenaron. Temblaba, forcejeaba, gritaba como una loca debido a unas terribles convulsiones y una fiebre muy alta. Falleció tras una serie de espasmos. Creo que le pusieron en la comida veneno para ratas. Una niña menos de la que ocuparse.

Mientras continuaba hablando, se terminó el cigarrillo y volvió a encender otro. David la escuchaba, observando con atención su piel como chocolate refinado, resplandeciente, en contraste con el color de su sari, y aunque debía de tener unos sesenta años, su pelo largo de color negro cobrizo caía sobre un rostro sin arrugas.

»Poco después, mi padre, que trabajaba recogiendo cartones, plásticos y metales para luego venderlos, enfermó. Sus piernas se hincharon y ya no pudo trabajar. Bebía el alcohol barato que podía y fumaba hasta las colillas que encontraba en el suelo. Así que un día me di cuenta que una de mis hermanas desapareció. No volvió. Al poco tiempo se fueron las demás. Sucedía durante la noche. Se las llevaban mientras dormíamos. Yo fui la última. Mi madre me decía que habían ido a visitar a mi abuela. Eso me dio una alegría porque pensé que había un mundo mejor más allá del lugar donde vivíamos. «Ojalá pudiera ir con mi abuela», pensaba.

»El día llegó. Fue una mañana calurosa. Mi madre me dijo que me fuera con una señora que había venido a recogerme. Me llevó en

autobús y luego hicimos un largo viaje en tren. En mi inocencia pensé que pronto vería a mi abuela y volvería a reunirme con mis hermanas. No fue así.

»No mucho después supe que estábamos en Delhi y que mis padres me habían vendido a una familia. Lo mismo habían hecho con mis hermanas. Me pusieron a trabajar de criada, limpiando suelos, ropa, los aseos. No me permitían tocar la comida, ya que decían que yo era de otra clase. Ni tan siquiera poner un pie dentro de la cocina. Para esas otras tareas tenían otras empleadas.

»Pasó un tiempo y me vendieron a una señora que hacía de agente para ofrecer mano de obra para limpiar casas y oficinas. Así estuve trabajando cuatro años. Parte de mi salario se iba en la habitación que compartía con otras chicas. Cuando vieron que ya era mayor me casaron con un hombre que trabajaba de chófer para otra familia.

David notó que ella todavía le estaba sondeando, lo cual entrañaba un peligro. ¿Tenía un arma escondida? ¿Estaba ganando tiempo por alguna razón?

»Este hombre era de Uttarakhand. Se llamaba Rajgopal. Todos lo llamaban Raj, lo que le confería un orgullo personal y social. Pronto supe que transportaba droga desde Srinagar, Nepal y otros lugares a Delhi. Como el negocio era lucrativo, dejó de trabajar como chófer en Delhi. Vivíamos en un apartamento de dos habitaciones en la zona de Vikaspuri, y no nos iba mal. Se juntaba con gánsteres locales, bebía, fumaba, pero a mí siempre me trató bien. Nunca me pegó. Yo era una esposa que le satisfacía todas sus necesidades. Aunque tuve tres abortos y me dijeron que ya no podía tener hijos, él me quiso igual. Volviendo de Nainital Raj murió abatido por la policía durante una redada en una carretera de montaña.

—Y tú tomaste las riendas del negocio —le interrumpió David.

—No, no tan pronto. Un socio suyo, viendo la oportunidad de que yo había enviudado, comenzó a tener una relación conmigo. No tardó mucho en proponerme que me dedicara a la prostitución. Él me presentaría a hombres con dinero, dispuestos a pagarme por estar con ellos. Lo maté con un cuchillo de cocina y lo enterré de madrugada en un descampado.

»Cuando empezó la gente a preguntar por él, yo les dije que se había marchado a reunirse con el líder de la banda rival. Como no apareció, todos creyeron que lo habían matado y hecho desaparecer. Yo tomé posesión de todas sus pertenencias. Como ya sabía cómo funcionaba el tráfico de hachís, *brown sugar* y otras drogas, poco a poco me fui introduciendo en el negocio, creando vínculos, ampliándolo y construyendo mi red de colaboradores. Más tarde me casé con un hombre de negocios muy rico. Enviudé de nuevo pronto y

me instalé en esta casa.

—Todo lo que me cuentas es muy dramático. La realidad supera la ficción, sobre todo en la India. Ya tengo experiencia. Por cierto, ¿has acabado?

—No, no he acabado. Lo que vengo a decirte es que no voy a dejar que todo lo que he conseguido se me escurra de las manos por un desconocido *chutiya gora* (estúpido extranjero) como tú.

—¿Has visto alguna vez a un joven muerto por los efectos de las drogas que pones en las calles?

—Entonces, se trata de eso ¿verdad? De mis negocios.

—Sí, como te he dicho antes se trata de evitar que más jóvenes mueran y sus familias queden destrozadas mientras tú te haces millonaria —dijo David con la voz queda.

—¿Y qué vas a hacer para impedirlo?

—Matarte, porque no existe para ti redención posible.

Ella le echó una mirada desafiante.

—Eres una persona con suerte.

—¿Qué significa eso?

—Que eres un privilegiado por creer en lo que haces.

Se produjo una larga pausa. Entonces, él notó que Bhumi se metía la mano dentro de sus vestiduras. David se echó hacia un lado y disparó, hiriéndola en un costado. Ella desapareció tras la cortina roja.

David corrió en su persecución. Entró en un pasillo lleno de espejos. ¿Dónde estaba? ¿Qué finalidad tenía esa surrealista decoración? Por un momento pensó que el agotamiento y la falta de sueño le estaban debilitando y esos espejos estuvieran ejerciendo en él un efecto como la kriptonita.

Recordó a Guru y sus ejercicios de respiración. Respiró y soltó el aire despacio, dejando que la ansiedad fluyera. Estiró los hombros para atrás y levantó la pistola. Disparó a un espejo y se dio cuenta de que tenía forma de puerta. Caminó con rapidez por el interior, entrando en una habitación muy distinta y más normal que las anteriores.

Escuchó un portazo en algún lugar lejano. Se asomó por la ventana. La vio salir por un escondite del edificio al jardín interior de la vivienda y dirigirse hacia la calle por una puerta trasera. Encontrar el pasadizo por donde se había escurrido le llevaría mucho tiempo. Decidió salir por donde había entrado.

Las calles estaban a oscuras. Fue zigzagueando por callejones estrechos hasta que se dio cuenta de que había llegado a las inmediaciones del *ghat*, las escaleras de piedra que llegaban a orillas del río Yamuna.

Conforme se aproximaba escuchaba muy cerca los cánticos en sánscrito provenientes de altavoces a alto volumen. Estaban

celebrando a esa hora nocturna la extravagante ceremonia del fuego de Aarti, la adoración de las aguas sagradas del río Yamuna.

El sonido de las campanas, los tambores y la canción devocional *Om Jai Jagdish Hare* creaban una atmósfera mágica y siniestra.

Bhumi se dirigía hacia allá en un intento desesperado por esconderse entre la masa de gente.

30

David llegó corriendo al *ghat*. Los devotos hindúes movían al aire lámparas de fuego. En el cielo se veían bengalas y los fuegos artificiales teñían el río de color carmín, donde había cientos de lámparas flotantes sobre el agua en movimiento.

El Aarti estaba organizado y además realizado por *pandits* (sacerdotes hindúes) y residentes del *ashram* de las viudas. Las ráfagas de luz iban y venían creando enormes sombras alrededor. La gente repetía las *bhajans* (canciones devocionales) a voz en grito con tonos inquietantes mientras la música sonaba por los altavoces.

El movimiento de las lámparas sostenidas en el aire por las manos de los *pandits* se sincronizaba estrechamente con los cantos rítmicos de los himnos y el sonido metálico de los platillos.

Bhumi, con el costado ensangrentado, estaba apoyada sobre un parapeto de piedra. Vio a David acercarse cuando la luz iluminó por unos segundos su figura. Antes de que él la alcanzara se subió sobre el parapeto con el fin de llegar a las escaleras para poder escapar entre la multitud reunida abajo, pero se tropezó cayendo al vacío desde una altura de diez metros.

David bajó corriendo las escaleras con el arma pegada al cuerpo. Ella intentó levantar la pistola, pero tenía problemas de motricidad. El brazo derecho lo tenía destrozado. Aun así consiguió disparar al azar con ademanes temblorosos y exagerados, una, dos, tres veces, pero las balas se perdían en el aire.

Alrededor la gente huía, corriendo y gritando palabras incomprensibles. Más tarde los testigos solo recordarían detalles genéricos.

Nadie prestaba atención a David.

Bhumi se arrastraba en dirección al río. Sus pulmones eran incapaces de aspirar el aire que se esforzaba por inhalar a grandes bocanadas por la boca, desmesuradamente abierta.

David llegó a su lado y vio que le miraba desde el suelo con la universal expresión de «No, por favor. No me mates». Tenía el rostro lleno de miedo y dolor. Le disparó en el pecho. Ella puso los ojos como platos. David se acercó más y volvió a dispararle, esta vez en la garganta. La boca de Bhumi se abrió en exceso, en un último rictus. Él volvió a dispararle en la frente dejándola rendida ante la muerte.

Observó el cuerpo sin vida de la mujer que hasta entonces había liderado el tráfico de droga en distintas ciudades de la India y estaba

introduciendo el fentanilo adulterado. Parecía relajada como con frecuencia les sucede a los cadáveres antes del *rigor mortis*.

Alrededor reinaba el caos. La gente, asustada, corría de un lugar a otro entre el pánico, profiriendo gritos y chillidos para evitar ser víctimas de una estampida, algo tan corriente en lugares de peregrinaje y devoción, donde se concentraba un número desproporcionado de personas.

Ajeno a la situación, David se sentó de cuclillas junto al cuerpo sin vida de Bhumi. Pensó en todas las muertes que había provocado.

Un repentino pensamiento le sobresaltó. En Occidente la mayor parte de la gente, a menos que fueras un trabajador social, enfermero, parte de una funeraria o empleado de una residencia de ancianos que anuncia por teléfono a los familiares del fallecimiento de su familiar, se pasa toda la vida sin ver a una persona en el momento de abandonar la suya.

Pero ahí estaba él, un asesino profesional en el sur de Asia, en la India, en un rincón del país llamado Vrindavan, en las escalinatas de un *ghat*, y con el río sagrado Yamuna a sus pies, quitando vidas, viendo cómo la piel se vuelve al instante amarilla y cerosa y los párpados se cierran sin resistencia cuando les pasas la mano por encima.

La mayoría de la gente en su país de origen no conocía el olor de las entrañas, de la sangre, el miedo. Pero David sabía que aunque pudiera lavarse y quitarse ese hedor de la piel bajo la ducha, nunca podría eliminarlo de su memoria.

Se preguntó qué estaría haciendo Sameer si estuviera con vida. Pero ¿qué sería de decenas o de miles de jóvenes como él si la droga se hubiera cruzado por sus caminos y David no lo hubiera evitado?

Por aquella mujer Sameer no estaba vivo. Le había privado de formar una familia en un futuro próximo con una hermosa mujer india. Quizá David se habría emocionado a causa de una tremenda alegría al abrazar contra su pecho al hijo de Sameer.

Se maldijo por tener aquellos pensamientos. Él mismo no pudo ver a su hijo nacido después de que su esposa fuera asesinada estando embarazada. Aquello era una herida que aún laceraba en su corazón.

Subió las escaleras de piedra en medio de la oscuridad mientras seguía sonando a alto volumen *Om Jai Jagdish Hare* desde algún altavoz cercano. Una vez arriba consiguió abrirse paso entre la masa de gente que se movía por la calle.

Mientras caminaba desmontó la pistola. Giró una esquina y se acercó a un lavabo público abierto que apestaba a orina y tiró las piezas al fondo del desagüe de una alcantarilla descubierta. La mugre y la espesa agua contaminada acabarían por diluir cualquier rastro de ADN.

EPÍLOGO

Con ayuda del joyero Pawan Mahadevan, Hassena ordenó que sustrajeran de casa de Bhumi Diwakar todas las joyas, dinero en metálico y artículos de valor. Todo se vendió. Se donó lo obtenido a diversas *ashrams*, contribuyendo a la construcción de comedores en muchas de ellas y mejorando las instalaciones.

De Vrindavan, David Ribas viajó en tren de vuelta a Delhi y, una vez allí, cogió otro a Bombay.

Al llegar a su destino se subió en un tren de cercanías que circulaba a gran velocidad con pasajeros colgando de manera imprudente de las puertas. Se bajó en la estación de Churchgate, donde el ruido y el zumbido sonoro de la masa de gente le hizo sentir vivo.

Fuera de la estación de tren el estruendo de los cláxones vibraba en el aire. Los habitantes de Bombay se quejaban con frecuencia del tráfico de la ciudad, que parecía aumentar cada año, pero David disfrutaba del bullicio de la gente, de los millones de personas en continuo movimiento.

Pasó un autobús, David corrió y consiguió entrar de un brinco. Había un grupo de jóvenes estudiantes vestidos de uniforme hablando entre ellos, unos comentaban una reciente película de acción que se había estrenado y otro grupo hablaba de un partido de críquet. Él los observó desde su rincón. Eran demasiado jóvenes para saber todavía que los formularios para aplicar a universidades los distribuían con cuentagotas y solo a quienes sus padres pudieran financiarles, también que muchas plazas se compraban y vendían. Todavía eran muy jóvenes, pero al menos disfrutaban de su inocencia y no eran víctimas de las drogas. Al menos, no de momento.

David se inclinó fuera del autobús, desplazando su peso contra la barra en la que se apoyaba, saltó al asfalto y esquivando los coches llegó a la acera.

Estuvo caminando por las calles de Bombay sin destino concreto hasta que se hizo de noche. En un momento dado escuchó el repique de una campana. Levantó la cabeza. Miró a izquierda y derecha sin tener idea de cómo había llegado allí.

A un lado de la calle había un edificio de apartamentos y en el otro un templo hindú desde donde le llegaba el ruido, un retumbante sonido de campana. No le gustaban los lugares sagrados o de oración, sin embargo, llevado por la curiosidad y el cansancio, decidió entrar.

Se quitó los zapatos en la entrada. El lugar estaba iluminado por luces de tubo. Los fieles estaban sentados en el suelo liso. Había muchas mujeres en *salwar kameez* y hombres en pantalones y *lunguis*. David encontró un lugar en un lateral y se sentó con los pies metidos debajo en posición de loto. El ambiente olía a un embriagador incienso.

El *pandit* hindú recitaba en sánscrito y los fieles salmodiaban tras él, alzándose las voces de las mujeres sobre las demás. Tras la *puja* (oración), todos se levantaron y recibieron del sacerdote el *prasad* (cantidad pequeña de comida bendecida por los dioses que se da a los devotos en los templos).

Cuando llegó su turno, David alzó la mano derecha en forma de cuenco, recibiendo un pequeño dulce redondo de color amarillo muy azucarado, que se lo llevó a la boca.

Conforme salía dejó unas monedas en la caja de donativos. Una vez en la calle se sintió más relajado, y la vida era menos agria.

Se fue directo a su apartamento. Al llegar encendió el ventilador de techo y se dejó caer sobre el colchón. Con las manos cruzadas detrás de la cabeza miró al techo.

Desde alguna ventana del vecindario, se oía un televisor a alto volumen y, desde abajo, en la calle, bocinazos de vehículos. El ruido era incómodo, pero no insoportable. David Ribas se había enfrentado a cosas peores y no creía que tuviera que esperar demasiado para caer rendido en el sueño.

Se dio cuenta de lo estúpida que era la idea de pensar en volver a una vida normal. Como un aterrador tiburón en medio de oscuras corrientes, acechaba en su conciencia lo que él era, lo que sería para siempre, un profesional diestro en el arte de la muerte.

Se forzó a sí mismo a enfocarse en el presente, porque el tiempo era algo que había aprendido a controlar. Pero, en verdad, era consciente de que no tenía otra opción.

Ahora era capaz de dormir, pensando en lo extraña que era la vida, en lo preciosa que era.

«Quizá», pensó.

El sueño se deslizó pesadamente sobre sus hombros cubriéndolo como una manta.

Y el mundo se oscureció.

FIN

Te agradeceré que publiques una valoración y opinión honesta en la tienda de Amazon donde adquiriste esta novela.
Para mí es de suma importancia, ya que me ayudará a compartir con más lectores lo que percibiste al leer ASESINATO EN HOLLYWOOD BOULEVARD.

David Ribas regresa en la vigésima primera novela de la serie: JUSTICIA PARA UN MUERTO. Obtenla pinchando **AQUÍ**



NOTA DEL AUTOR

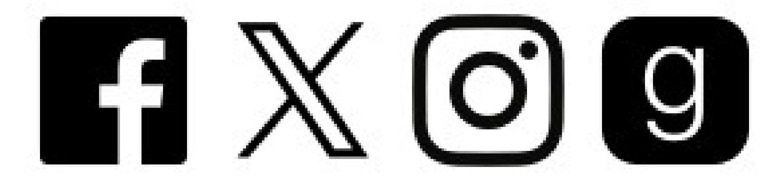
En esta novela, como en el resto de la serie protagonizada por David Ribas, he intentado priorizar la consecución de una atmósfera y la creación de unos personajes con cuerpo y alma.

Al fin y al cabo, para que mis historias sean lo más emocionantes posible, he usado los recursos propios de un novelista.

Lugares, organizaciones de inteligencia, personajes o tramas son licencias artísticas, ficción, fruto de la imaginación.

Confío en que los lectores disfruten de la lectura tanto como yo lo he hecho escribiendo.

Alfredo



AGRADECIMIENTOS

Gracias a *senpai* Pedro Suárez Nieto, y a José de Fátima Baeza, octavo Dan de kárate, por darme a conocer la similitud que existe entre el arte del toreo y el arte del kárate.

No me hubiera sido posible encontrar la motivación, los medios o el tiempo para escribir esta historia sin el apoyo de los lectores de la serie David Ribas. *Asesinato en Hollywood Boulevard* es la vigésima entrega. Espero poder seguir ofreciendo más novelas interesantes en adelante.

Mi mejor recompensa como escritor es que tú, estimado lector, hayas disfrutado de la lectura de esta novela.

Gracias, querido lector, por compartir conmigo este vínculo tan especial.

Gracias por hacer posible una nueva andadura de David Ribas.

Alfredo

ÍNDICE

Table of Contents

Agradecimientos
Índice